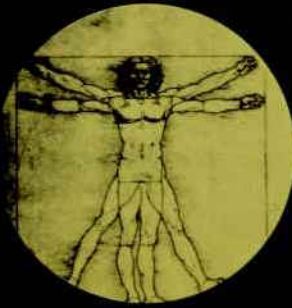
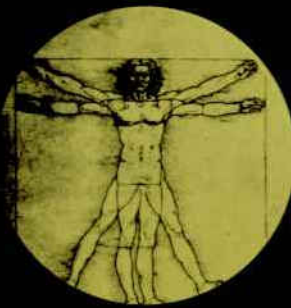
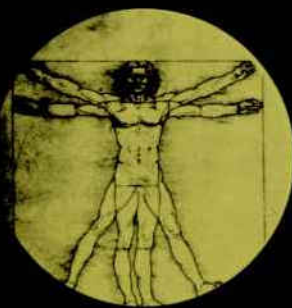
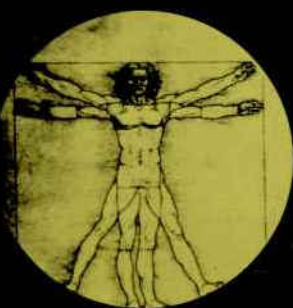
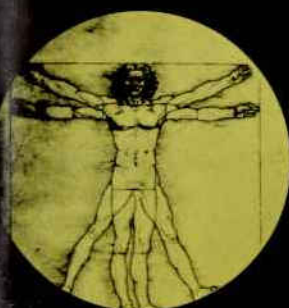




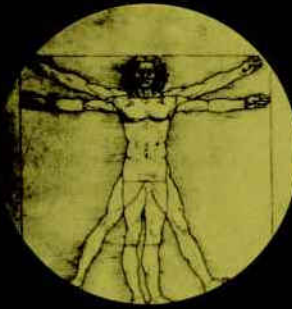
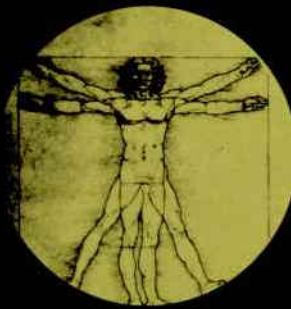
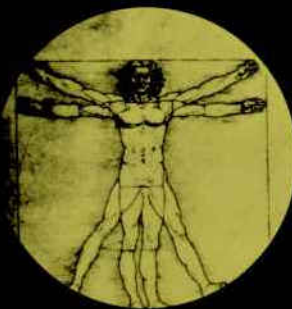
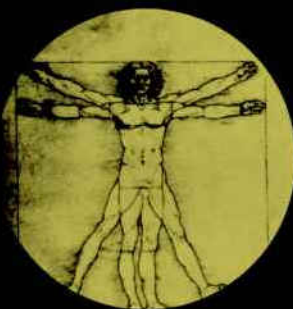
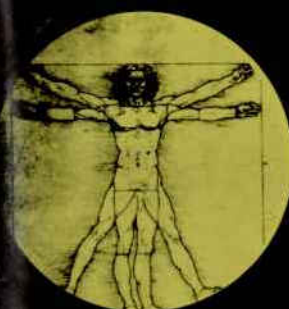
El Correo

Una ventana abierta al mundo

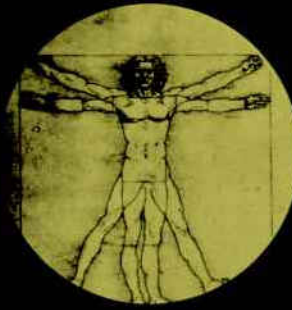
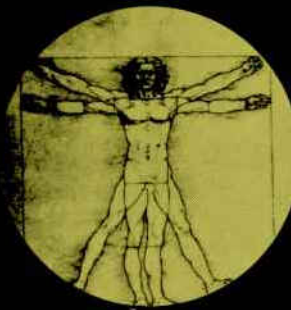
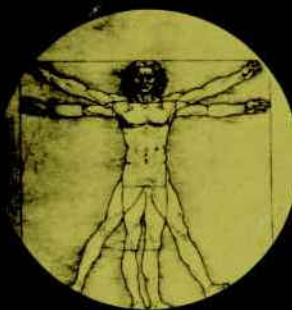
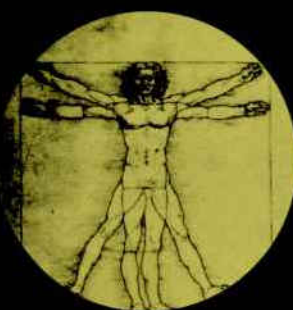
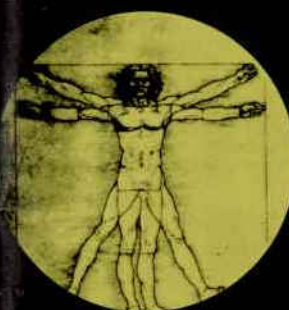
Agosto-septiembre 1971 (año XXIV) - España: 40 pesetas - México: 6 pesos



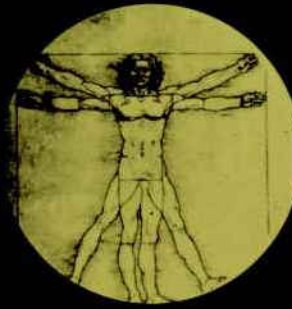
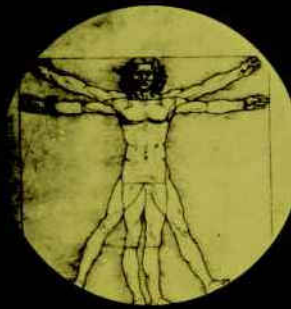
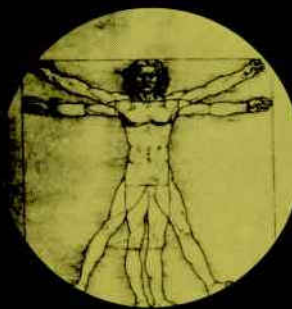
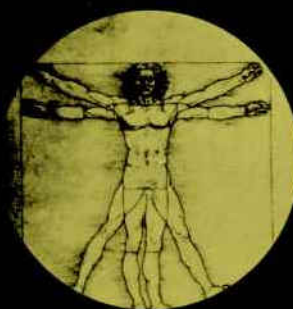
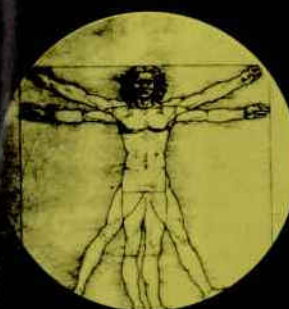
25 AÑOS



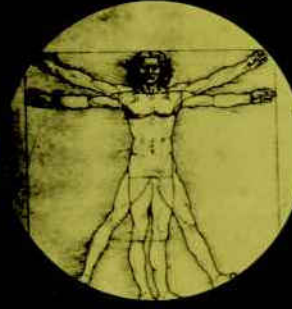
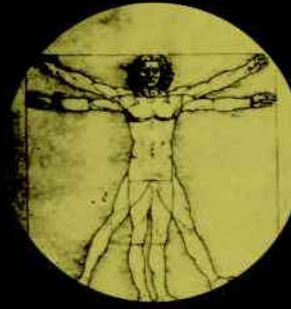
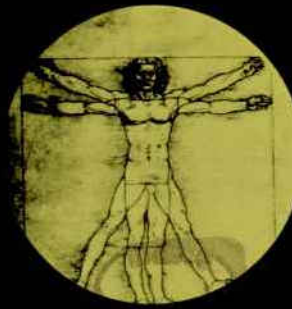
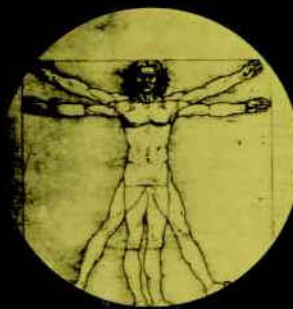
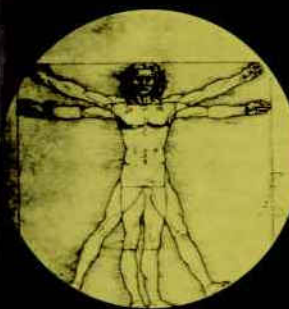
DE UNESCO



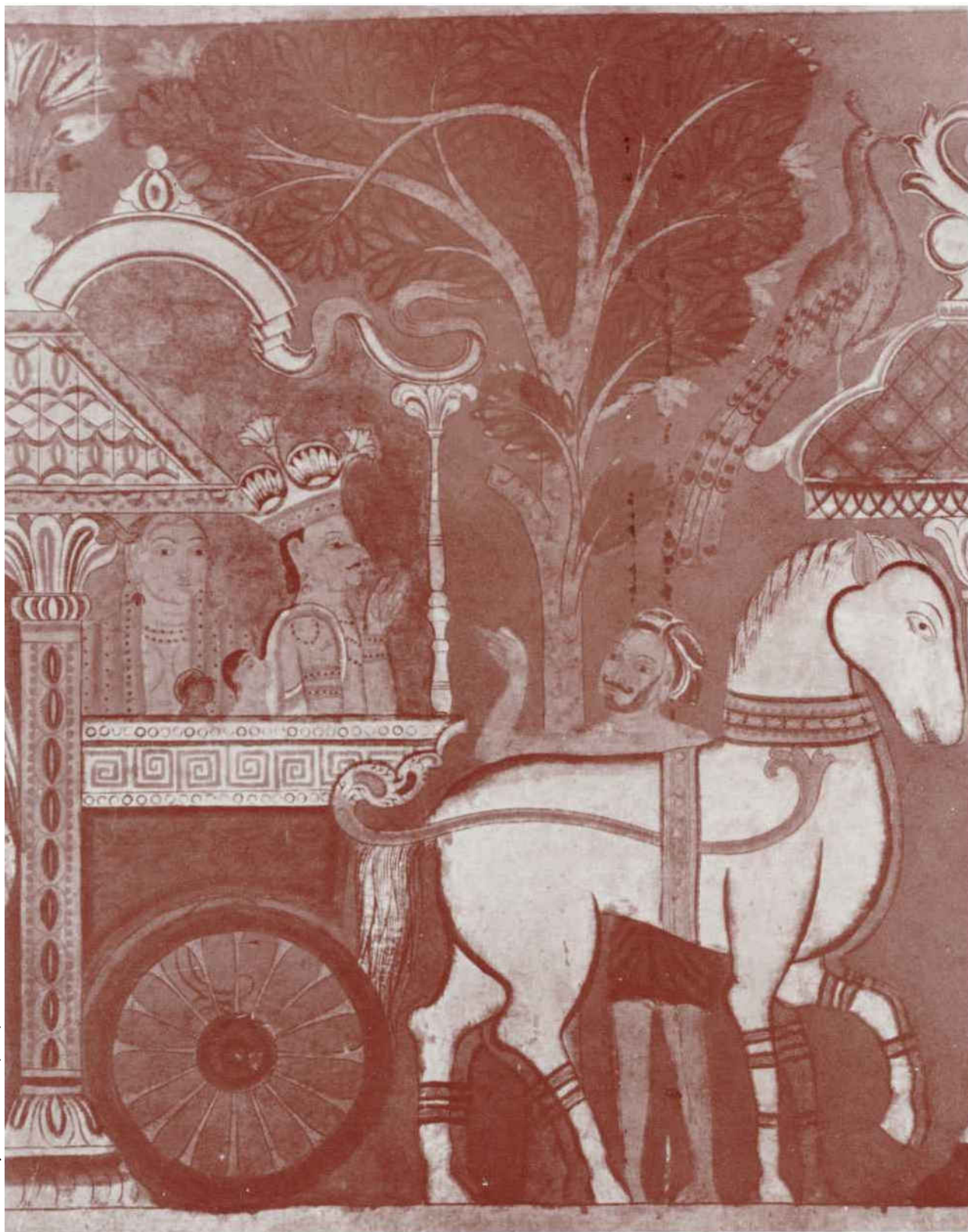
VISTOS



POR UN JOVEN



DE 25 AÑOS



Última encarnación de Buda

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

58

Ceilán

Los artistas budistas no han cesado jamás de contarnos, por medio de la pintura y de la piedra, las *Jatakas*, es decir, los relatos de las diversas vidas de Buda antes de que alcanzara la Iluminación. Esta pintura del siglo XIX, que forma parte de una serie de frescos del templo troglodítico de Mulgirigala, al sur de Ceilán, describe un episodio de la *Vessantara Jataka*, última encarnación del futuro Buda en la persona del rey que abandona sus bienes terrenales y se marcha a la selva con su esposa y sus hijos para llevar allí una vida de ascetismo. La reproducción está tomada de *Ceilán: pinturas en templos y santuarios*, uno de los 23 álbumes de la «Colección Unesco de Arte Mundial», que presentan innumerables obras de arte poco conocidas o inaccesibles. Otras creaciones raras del arte mundial figuran en los 38 volúmenes publicados con los auspicios de la Unesco en ediciones de bolsillo («Colección Bolsilibros de Arte») y pueden encontrarse también en la serie de «Diapositivas Unesco de obras de arte», de las que existen 48 juegos.

AGOSTO-SEPTIEMBRE 1971
AÑO XXIV

PUBLICADO EN 13 EDICIONES

Española	Norteamericana
Inglesa	Italiana
Francesa	Hindi
Rusa	Tamul
Alemana	Hebrea
Arabe	Persa
Japonesa	

Publicación mensual de la **UNESCO**
(Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución

Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7^e.

Tarifa de suscripción anual : 12 francos.
Bienal : 22 francos.

Número suelto : 1,20 francos; España : 20 pesetas; México : 3 pesos.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De **EL CORREO DE LA UNESCO**", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, estas serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

★

Redacción y Administración

Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7^e

Director y Jefe de Redacción

Sandy Koffler

Subjefe de Redacción

René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción

Olga Rödel

Redactores Principales

Español : Francisco Fernández-Santos

Francés : Jane Albert Hesse

Inglés : Ronald Fenton

Ruso : Georgi Stetsenko

Alemán : Hans Rieben (Berna)

Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)

Japonés : Hitoshi Taniguchi (Tokio)

Italiano : Maria Remiddi (Roma)

Hindi : Kartar Singh Duggal (Delhi)

Tamul : N.D. Sundaravadelu (Madrós)

Hebreo : Alexander Peli (Jerusalén)

Persa : Fereydon Ardalan (Teherán)

Redactores

Español : Jorge Enrique Adoum

Inglés : Howard Brabyn

Francés : Nino Frank

Documentación : Zoé Allix

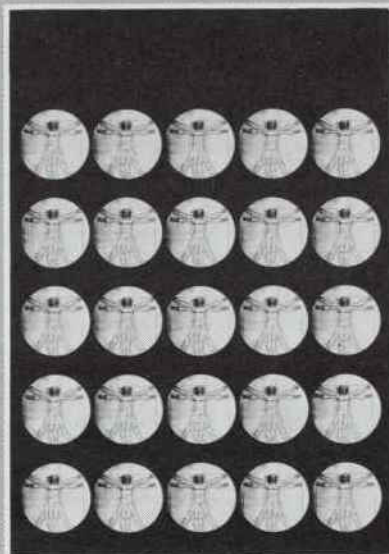
Composición gráfica

Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

Página

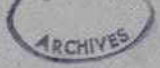
4	JUVENTUD DEL MUNDO JUVENTUD DE LA UNESCO <i>por René Maheu</i>
6	25 AÑOS DE UNESCO VISTOS POR UN JOVEN DE 25 AÑOS <i>por Ehsan Naraghi</i>
9	AMBITOS DEL ESPIRITU <i>por Wayne McEwing</i>
	I. LOS BALUARTE DE LA PAZ
16	II. EL DESPERTAR DEL ESPIRITU (Alfabetización)
21	III. CRECIMIENTO DEL ESPIRITU (Educación)
26	IV. ARDOR E IMPETU DEL ESPIRITU (Juventud)
31	V. EL ESPIRITU QUE INQUIERE (Ciencia)
38	VI. ¿EXTINCION DEL ESPIRITU? (Ecología)
44	VII. EL ESPIRITU CREADOR (Cultura)
48	VIII. PRESERVACION DEL ESPIRITU (Patrimonio artístico)
54	IX. COMPARTIR EL ESPIRITU (Comunicación)
57	X. EL ESPIRITU MEDITA (Principios e ideales)
43	EN LA MENTE DE LOS HOMBRES Un volumen conmemorativo del 25º aniversario de la Unesco
60	NUBIA Una victoria de la solidaridad internacional <i>por Abdel Moneim El Sawi</i>
64	DATOS Y CIFRAS
65	LOS LECTORES NOS ESCRIBEN
2	TESOROS DEL ARTE MUNDIAL Ultima encarnación de Buda (Ceilán)



Nuestra portada

El 4 de noviembre de 1971 celebra la Unesco su vigésimoquinto aniversario. Los 25 medallones de nuestra portada reproducen la imagen que del hombre universal nos dejó Leonardo de Vinci. A su vez, la fotografía de la contraportada simboliza el esfuerzo constante de los hombres de todos los continentes por elevar su vida gracias a la cultura, la educación y la ciencia.

Portada © diseñada para "El Correo de la Unesco" por la agencia Mafis (Maimé Arnodin, Fayolle, International Associés), Paris. Director artístico Roman Ciesiewicz. Foto de la contraportada © Tibor Löwi - Fiap, Bucarest.



JUVENTUD JUVENTUD

por René Maheu

Director General de la Unesco

EL 4 de noviembre de 1971 la Unesco cumplirá veinticinco años.

A quienes la han servido a lo largo de este cuarto de siglo, dándole lo mejor de sí mismos y recibiendo de ella cien veces más gracias a la superación constante de la propia individualidad que entraña la adhesión a lo universal humano, este aniversario brinda un rico material de recuerdos y de reflexiones sobre el pasado.

Pero es del porvenir de lo que quiero hablar. Del porvenir que es la verdadera perspectiva de la Unesco, cuya misión consiste en preparar el advenimiento de un nuevo espíritu y cuya fuerza brota justamente de la esperanza de que es portadora. De ahí que piense ahora en quienes no habían nacido aún en la época de su fundación, en quienes son el porvenir del mundo y representan más de la mitad de su población.

Está, pues, más que justificado que se encargara a uno de ellos la tarea de escribir, y aun de juzgar, según su propio criterio la historia de estos primeros veinticinco años de la Organización, que es nuestra historia y en la cual él no ha participado. Porque esa historia la hemos vivido, sobre todo, puesta nuestra mira en los miembros de su generación: desde la espantosa guerra universal en la que poco faltó para que todos zozobráramos hasta este día en que hemos de presentar nuestra empresa, aun tan imperfecta, al juicio de la posteridad. De esos jóvenes del mundo depende que tal empresa sea continuada. Y aunque en algunos puntos se confundan respecto de nuestros actos o de nuestras intenciones, es natural que tratemos de averiguar de ellos mismos si los resultados responden a su expectativa.

Durante el período que acaba de transcurrir, la Unesco ha tenido que hacer frente a situaciones y tareas que sus fundadores no habían previsto, tales como la guerra fría del decenio de 1950 a 1960 y la ayuda al desarrollo de la década siguiente. Al hacerlo, la Organización demostró poseer una capacidad de adaptación y de invención que atestigua su vitalidad, al mismo tiempo que una notable intuición de la actualidad y de sus secuelas.

Estas cualidades le serán particularmente necesarias durante los próximos años, en los que, pienso, va a iniciarse una nueva época. Al afirmar esto, no me refiero a aconteci-

DEL MUNDO DE LA UNESCO

mientos de indole política —es decir, a cambios en las relaciones entre los Estados— aunque ya se perfilan en el horizonte algunos de suma importancia. Pienso en los cambios más profundos que se están produciendo en las concepciones y en el comportamiento de los hombres y que ponen en tela de juicio el sentido de la existencia y el orden de la sociedad.

En general, y sobre todo entre las generaciones jóvenes, se estima con creciente frecuencia que la calidad de la vida de la persona humana constituye la única justificación real de los esfuerzos que el poderío y la prosperidad de la comunidad exigen. Y está claro que la calidad de la vida, que se persigue incluso por los caminos de la evasión o de la rebeldía, impone para muchos una revisión de los valores hoy entronizados. El desarrollo se reduce cada vez menos al crecimiento puro y simple. Y en nuestros días no es raro oír formular la pregunta: Crecimiento ¿para qué?

POR ello podemos estar seguros de que la educación, la ciencia, la cultura y la información, que son las disciplinas de formación, de investigación y de expresión del espíritu mediante las cuales el hombre puede explicarse su condición y fijarle unos objetivos, van a figurar durante el próximo cuarto de siglo entre las preocupaciones cardinales de los gobiernos y de los pueblos. Tal ocurre ya con la educación. En efecto, con formas y en grados distintos, la llamada crisis de la educación, que realmente consiste en la necesidad de renovarla, es manifiesta en el mundo entero. Y, para algunos, esa «crisis» no es a su vez sino el preámbulo de una inmensa revolución cultural en gestación.

Ante tan poderosos cambios, cuyas orientaciones resultan inciertas todavía, es a la juventud del mundo a quien conviene confiar la juventud de la Unesco. Los destinos de una y otra son mutuamente solidarios.

25 años de Unesco vistos por un joven de 25 años

por Ehsan Naraghi

EL 4 de noviembre de 1971, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura celebrará su vigésimoquinto aniversario. Con tal motivo, *El Correo* dedica este número especial a la obra de aquélla —con sus logros, sus fracasos y sus problemas— vista con «los ojos de la juventud».

Esta vívida imagen de la Unesco, en la que el menos especializado de los organismos de las Naciones Unidas se nos aparece en una nueva perspectiva, es el resultado de varios meses de observaciones y sondeos realizados por su autor, el joven estudiante canadiense Wayne McEwing, en la Sede parisiense de la Unesco y en los círculos cercanos a ella.

Todas las puertas se le abrieron a fin de que pudiera analizar la Unesco en sus múltiples aspectos, evaluarla con la objetividad de quien no pertenece a la Organización y consignar sus observaciones con la sinceridad crítica propia de la juventud.

La historia de cómo llegó Wayne McEwing a escribir

acerca de la Unesco constituye una prueba del profundo interés de los jóvenes de todo el mundo por las cuestiones internacionales y de la preocupación de aquélla por los problemas y los puntos de vista de la juventud, al mismo tiempo que revela cómo han evolucionado en un cuarto de siglo las ideas de la Organización con respecto al mundo de los jóvenes.

Puede decirse que, de manera general, hasta 1968 la Unesco hacía hincapié en las actividades juveniles deportivas y de esparcimiento. En 1968 empezó a considerarse que los problemas de la juventud se relacionaban íntimamente con la sociedad entera. Ahora se ha dado un paso adelante al reconocer que los problemas de la sociedad en general conciernen directamente a la juventud.

En 1969 la Unesco organizó el primero de una serie de cursos trimestrales de verano para estudiantes de todo el mundo, cursos que desde entonces son anuales. Su finalidad es asociar a los jóvenes a la obra de la Unesco y, al mismo tiempo, hacer que la Organización se beneficie de su visión peculiar, de su nuevo enfoque de los problemas, creando así una corriente recíproca de ideas.

Cada estudiante escoge una esfera de actividad que se relaciona directamente con su especialidad. Un normalista, por ejemplo, asiste a los trabajos que el Sector de Educación realiza para elaborar un proyecto de alfabetización funcional con destino a América del Sur; en el Sector de Ciencias, un futuro geólogo estudia los nuevos métodos para evaluar las posibilidades de que se produzcan terremotos.

Una vez transcurrido el trimestre, los estudiantes que en número aproximado de veinte asisten a cada

EHSAN NARAGHI es Director de la División de Colaboración con la Juventud de la Unesco, habiendo sido anteriormente profesor de sociología y director de estudios e investigaciones sociales de la Universidad de Teherán (Irán). Como sociólogo, ha participado durante largos años en los trabajos de diversas asociaciones científicas internacionales. En 1965 llevó a cabo, a petición de las Naciones Unidas, el primer estudio en escala mundial sobre el éxodo de científicos y técnicos. Ha escrito numerosos trabajos sobre problemas sociológicos de los países en vías de desarrollo y desde 1970 dicta cursos en la Universidad de Vincennes, en París, sobre el tema de la juventud, la educación y la sociedad en el Tercer Mundo. Su último libro, *Universidad, juventud y sociedad*, aparecerá próximamente en Teherán. En su número de abril de 1969, «El Correo de la Unesco» publicó ya un artículo del Sr. Naraghi sobre los problemas de la juventud («Una juventud tridimensional»).



Foto © Richard Frieman, París

curso hacen una valoración de lo que han aprendido y comunican sus observaciones y críticas acerca de los métodos de trabajo de la Unesco.

Wayne McEwing asistió al primero de esos cursos, repartiendo su tiempo entre la Oficina de Información Pública y la División de Enseñanza Superior. Al cabo de los tres meses sabía a qué atenerse en cuanto al valor de la obra que realiza la Unesco. Pero, asimismo, estaba convencido de la necesidad de explicar gráficamente en qué consiste esa labor, con el fin de interesar más vivamente en ella a los jóvenes, especialmente a los de los países desarrollados, menos informados acerca de la Unesco y de sus logros que sus coetáneos de los países en vías de desarrollo.

Tras volver a su patria, Wayne McEwing envió una carta al Director General de la Unesco, señor René Maheu, en la que expresaba sus puntos de vista. Se le invitó entonces a volver a París y se le dio entera libertad para que contara la historia de la Unesco a su manera.

Con tal fin escuchó las opiniones de los representantes de los Estados Miembros, interrogó a los expertos que volvían de sus misiones en diversos países y observó el trabajo del personal de la Secretaría.

Cualquiera que sea su filosofía de la vida, su visión del mundo y de la sociedad actual, los jóvenes de todas las latitudes persiguen fervientemente el logro de los ideales que la Unesco defiende. Por su parte, la Unesco anhela entablar un diálogo permanente con los jóvenes de todo el mundo y proporcionarles una tribuna desde la cual puedan exponer sus inquietudes y sus problemas.

La Unesco no ignora que, para los jóvenes, la cooperación internacional, cualquiera que sea su aparente importancia, no contribuye de manera apreciable a la eliminación de las diferencias entre ricos y pobres, tanto en el interior de cada país como entre países desarrollados y países en vías de desarrollo. El peligro de que ese foso se ensanche incita a la juventud a criticar una sociedad cuyo progreso se evalúa con demasiada frecuencia en términos de cantidad y no de renovación y transformación social.

Pero, más allá de esa crítica de la cooperación internacional, son muchos los jóvenes que ponen en duda el valor de las actuales opciones políticas, económicas, sociales y culturales. A su juicio, no se podrá poner remedio a los males del mundo actual si se mantiene una actitud de impotencia y de silencio frente a la carrera de armamentos, la represión contra grupos humanos o individuos o la devastación y el despilfarro de los recursos naturales.

Todas esas inquietudes y aspiraciones sólo podrán convertirse en acción cuando los miembros de la comunidad internacional se comprometan a emprender una nueva fase de cooperación entre los pueblos. La energía creadora que la juventud puede aportar a esa cooperación es una promesa para el porvenir.

Esperamos que la publicación de esta serie de artículos con motivo del vigésimoquinto aniversario de la Unesco contribuya a suscitar entre nuestros lectores, jóvenes o no, una amplia discusión en torno a la contribución de aquélla al desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura en el mundo, así como sobre las preocupaciones de la juventud respecto de la cooperación internacional y de la paz entre las naciones de la tierra.



**< Las guerras nacen
en la mente de los
hombres, y es en la
mente de los hombres
donde deben erigirse
los baluartes de la
paz. >**

Constitución
de la Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura.

Foto © John D. Schiff, Galerie Rose Fried

**Primavera, óleo del pintor
y poeta francés
Francis Picabia (1938)**

AMBITOS DEL ESPIRITU

1. Los baluartes de la paz

por Wayne McEwing

CUENTAN que, hace muchos años, dos hombres araban un campo. Los tiempos eran duros y la tierra pedregosa.

Uno de los dos labradores avanzaba por su surco con la mirada sombría y los labios contraídos en un rictus amargo. Pensaba en su vida sin esperanza y en el cansancio y el dolor que le invadían el cuerpo. Estaba convencido de que su caballo era demasiado lento y de que su vecino conseguiría un trigo más vigoroso que el suyo.

El otro labrador trabajaba con ritmo y con soltura, pensando sólo en que el arado fuera derecho. Y se paraba de cuando en cuando para que la yegua descansara.

Según fue apretando el calor e instalándose el sol en el cenit, creció la desazón del primer labrador que azotaba a su jamelgo con las riendas mientras se le cubrían los ojos de sudor y se le hinchaban las venas de las manos, crispadas sobre la esteva.

Le obsesionaba la idea de que su vecino araba despacio solamente para reirse de él, y la ira le atenazaba el corazón. Con el caballo de su vecino, él podría trabajar con mucha mayor facilidad y provecho.

Por fin, loco de furia, dejó caer el arado, agarró la piedra más grande que pudo encontrar y se lanzó como una exhalación hacia donde estaba el otro.

Al día siguiente nuestro segundo labrador araba de nuevo su campo, pero esta vez avanzaban delante de él los dos caballos. Y, sin embargo, caminaba todavía más despacio que de costumbre, entristecido por el extraño suceso de la víspera. Había visto cómo se le abalanzaba su compañero y cómo, antes de que él pudiera hacer el menor gesto, aquel hombre caía muerto a sus pies. Y el buen labrador pasó el resto de sus días sin lograr comprender la razón de tan extraña conducta y la causa de tanto furor.

La moraleja resulta quizá evidente, pero no es ni mucho menos sencilla. La ira y la paz de espíritu son, una y otra, cualidades muy íntimas: ambas nacen en las más hondas y oscuras regiones de nuestra conciencia.

No basta con decir simplemente que los dos hombres tenían una actitud mental contrapuesta. Hay algo más en todo ello. La diferencia entre ambos tiene raíces más profundas: se trata de una cuestión cualitativa, de valor. El hombre que vive en armonía con su mundo es siempre mejor, «más humano».

Por extensión, el único país verdaderamente humano es el que está integrado por personas dotadas de esa misma paz interior. En otros tiempos se pensaba que, para que los hombres y las naciones vivan en orden y concierto, basta con fijar unas normas de conducta. Hoy día los problemas planteados son más graves, su envergadura mucho mayor, y empezamos ya a percatarnos de que ese tipo de

paz impuesta e indecisa resulta demasiado inestable y peligrosa.

¿Por dónde habremos de empezar para promover la paz ideal en los individuos y en los pueblos, en este mundo nuestro desgarrado por egoismos y discordias?

Esta fue precisamente la dificultad con la que hubieron de enfrentarse quienes decidieron crear el sistema de las Naciones Unidas, a la terminación de la segunda guerra mundial. Excelente idea era congregar a los gobiernos de la tierra para que zanjaran sus diferencias, excelente idea era reunir alimentos y medicinas para los millones y millones de seres hambrientos y depauperados de todo el mundo. Pero no bastaba con tales iniciativas. Limitarse a ellas hubiera sido como proporcionar a la víctima de un accidente una fuerte dosis de anestésico y una copiosa comida sin intentar curar sus heridas.

Aquellos hombres comprendieron que para promover la auténtica paz y fomentar la generosidad de espíritu tenían que dirigirse al entendimiento de los hombres. La idea básica de que partían es que, cuando vemos cómo actúa la mente de nuestros semejantes, cuando nos enteramos de lo que comen, de los actos que realizan y de las cosas que han aprendido sobre el mundo que les rodea, cuando comprendemos hasta qué punto son hijos de su ambiente familiar y cultural y advertimos el modo que tienen de considerar a los demás, descubrimos que nos resulta prácticamente imposible llegar a odiarlos. El entendimiento humano no puede repudiar lo que intenta comprender.

Procedía, pues, sondear y examinar esferas tales como los conocimientos científicos, los antecedentes educativos y el patrimonio cultural. Y no hace falta ser un lince para comprender que en todas estas esferas hay hombres en el mundo que habitan en planetas distintos y muy alejados entre sí. Algunos



WAYNE McEWING es un joven canadiense que ha estudiado lengua y literatura inglesa en la University of Western Ontario. Ha seguido asimismo cursos postuniversitarios en el Exeter College de Oxford y en la Universidad de Harvard (EUA).



Foto © Institut Géographique National, París

LA SEDE DE LA UNESCO VISTA DESDE UN HELICOPTERO

10

Esta fotografía aérea de una parte de la «Rive Gauche» de París (sector de la ciudad situado en la orilla izquierda del Sena) ha sido tomada desde un helicóptero. En el ángulo inferior izquierdo puede verse claramente la Casa Central de la Unesco y, sobre todo, el edificio principal de la Secretaría, con sus tres alas. Los edificios de la Unesco se levantan en la Place de Fontenoy, al extremo de un eje formado por varios lugares célebres de París: el Pont d'Iéna (en el ángulo superior derecho de la foto) que conduce a la Torre Eiffel (difícil de localizar en la fotografía ya que ésta se tomó casi en la vertical de la famosa torre), los jardines del Champ de Mars y la Escuela Militar.



La Casa Central de la Unesco, que se construyó sobre el solar de una antiguo cuartel de caballería, fue inaugurada en 1958. Su arquitectura decididamente moderna resulta hoy familiar dentro del paisaje urbano para los habitantes de París. La superficie acanalada que se ve en el extremo izquierdo de la Casa de la Unesco es el techo del edificio principal de conferencias. Frente al mismo pueden verse seis rectángulos: se trata de seis bloques subterráneos de oficinas y de salas de conferencias que dan a seis patios con jardines y fuentes. Recientemente se construyó a poca distancia de la Casa Central otro edificio de la Unesco, que no se ve en la foto.

de ellos viven literalmente en la edad de piedra, y a pesar de que la sociedad actual podría alimentarlos y quitarles de las manos sus hachas (dándoles a cambio, con frecuencia, armas de fuego), no ha empezado todavía a introducirlos en el siglo XX.

Así, en función de estas ideas, nace a la vida la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —Unesco—, la cual asume la tarea de sondear y desarrollar la mente humana, siempre con miras a la paz y a la comprensión mutua, pero también a menudo para ofrecer a los hombres la simple posibilidad de firmar con su puño y letra, de sembrar un campo o de manejar un tractor.

Hay que reconocer que las Naciones Unidas demostraron su capacidad de idealismo al fundar la Unesco. La simple pretensión de realizar la conciencia de todo el mundo produce vértigo, y a nadie se le oculta que todo progreso en este sentido ha de ser lento y difícil. Quienes trabajan en la sede de la Unesco, en París, lo saben mejor que nadie. Pocos son, en el plano psicológico, los cometidos que pueden resultar más desalentadores que éste de intentar llevar a la práctica una concepción basada en un ideal.

Para examinar con mirada crítica una organización y comprender verdaderamente cómo actúa, convendrá que dilucidemos primero quiénes la dirigen y —dicho más brutalmente— de dónde viene el dinero que la alimenta.

En la Unesco las decisiones las toma una Conferencia General formada por representantes de los 125 Estados Miembros. Cada una de las delegaciones que asisten a las reuniones de la Conferencia (que se celebra cada dos años) tiene un voto, a pesar de que la contribución financiera de los distintos países varía extraordinariamente de acuerdo con sus posibilidades económicas. Los funcionarios de la Unesco que trabajan en los distintos departamentos de su Casa Central de París preparan una serie detallada de proyectos que, a su juicio, conviene iniciar o proseguir en beneficio de los Estados Miembros y los presentan a la Conferencia con la esperanza de que la mayoría de sus miembros decidan aceptar las ideas que se les proponen.

Siempre resulta difícil tener un jefe, pero cuando los jefes son 125 —cada uno con sus propios criterios e intereses—, la vida puede resultar increíblemente complicada. Por ello, lo menos que cabe decir al respecto es que para desempeñar el cargo de Director General de la Unesco (el «DG» como se le llama deferentemente en la Casa Central), hay que desplegar un tacto excepcional.

Ahora bien, según va pasando el tiempo se advierte cada vez más claramente que, de hecho, esos 125 Estados pueden llegar a ponerse de acuerdo y, aunque los obstáculos que a ello se oponen parecen a menudo

descomunales, pueden asimismo concertarse para llevar a cabo un trabajo en común.

A lo largo de sus veinticinco años de existencia, se ha producido un cambio muy notable en la composición de la Organización. Al principio pertenecían a ella veinte países, miembros prácticamente todos ellos de ese bloque cultural que llamamos «civilización occidental». El ambiente general era más o menos el de uno de esos clubes de intelectuales tan en boga después de la última guerra. Pero el ritmo de la vida se ha acelerado considerablemente desde entonces y han surgido, sobre todo en África, decenas y decenas de nuevos Estados cuya aparición ha modificado esta tónica inicial.

En los ascensores de la Secretaría, y de modo muy especial en las salas de conferencia, se advierte con claridad que no se trata de un edificio corriente en una ciudad concreta de un país determinado, sino de un edificio alzado sobre la faz de la tierra. Impresiona inmediatamente la diversidad de atuendos, la mezcla de idiomas —muchos de ellos insólitos— y, también, la apasionante tarea de la traducción simultánea a las cinco lenguas oficiales de la Organización: español, francés, inglés, ruso y árabe.

Pero, en lo que atañe a la labor de la Unesco, no se trata ya simplemente de intercambiar pareceres. Ahora la palabra clave es ésta: «desarrollo». La Organización ha trabajado activamente en pro de la educación, la ciencia, la cultura y la información: por cada funcionario de la Secretaría de París hay dos que trabajan en proyectos de la Unesco «sobre el terreno» (o «fuera de la Sede», según la denominación oficial).

Esta expresión ha llegado a abarcar una gama de actividades asombrosamente grande. Puede tratarse del asesoramiento que presta en Irak un experto con miras a la creación de una universidad, del apuntalamiento de las ruinas de un antiguo templo de Indonesia o de un proyecto de biología marina que se lleva a cabo en un centro mexicano.

Y vuelve a plantearse la cuestión del dinero. ¿Quién paga todos esos proyectos de la Unesco? Si los funcionarios de la Organización tuvieran que limitarse a su presupuesto de unos 90 millones de dólares, podrían hacer sugerencias, realizar ciertos estudios al servicio de los Estados Miembros y organizar conferencias, pero serían virtualmente incapaces de poner en práctica los proyectos.

El resultado es que la Unesco se ha convertido en un administrador del dinero ajeno. Por ejemplo, de los importantes fondos que las Naciones Unidas dedican al desarrollo en todo el mundo, se destina a la Unesco, bajo la mirada vigilante de aquella organización, una proporción muy estimable, que le permite emprender proyectos en las esferas de su competencia.

Hay además organizaciones y países

HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Una de las realizaciones más notables de la Unesco en sus 25 años de existencia es la publicación de la *Historia de la Humanidad* en seis volúmenes. Se trata de un gran empeño innovador en la medida en que su propósito es concebir la historia del mundo con un criterio internacional. Esta obra, que ha redactado la Comisión Internacional para una Historia del Desarrollo Cultural y Científico de la Humanidad, con los auspicios de la Unesco, abarca un período que va desde los tiempos prehistóricos hasta el siglo XX. Más de 1.000 historiadores, filósofos y estudiosos de 62 países han trabajado durante 18 meses en la redacción de esta historia del mundo en seis volúmenes, con sus 7.000 páginas, 855 de las cuales corresponden, en la edición francesa, a ilustraciones y 108 a láminas en color. La obra se ha publicado ya en siete lenguas —español (los dos primeros tomos), francés, inglés, griego, holandés, serbo-croata y esloveno— y se está preparando su traducción al hebreo y al catalán. A diferencia de otras historias universales, que hacen hincapié en las guerras y conflictos entre naciones y pueblos, esta Historia constituye el primer intento de considerar el desarrollo cultural y científico del hombre con una perspectiva realmente global. Desechando el tradicional criterio nacionalista con que suele escribirse la historia, esta publicación de la Unesco ofrece un estudio detallado del enriquecimiento recíproco de las ideas científicas, las religiones, las culturas, los hechos económicos y sociales, las formas de expresión artística y el pensamiento científico de numerosos pueblos y civilizaciones.



104. (16,5 x 8)

De *Estampages Han* por Zao Wou-ki y Claude Roy, Club Français du Livre, Paris

Arriba, una estampa frotada china del período Han (del año 206 antes de Cristo al año 220 de nuestra era). «Porque tú eres libre para alcanzar tus sueños,» reza el letrero de este mural en el edificio de la Facultad de Derecho de la Ciudad Universitaria de Quito (fotografía inferior). Se trata de un mosaico de Oswaldo Guayasamín, el más célebre de los pintores actuales de Ecuador y uno de los más importantes de Hispanoamérica.

Foto © Holmes-Camera Press



que a veces aportan contribuciones económicas concretas para la realización de proyectos especiales en otras partes del mundo, y en este caso la Unesco actúa como un generoso asesor en materia de inversiones.

A menudo, cuando se oye hablar de la ayuda prestada a un país dado, puede parecer que se trata simplemente de que los llamados países ricos le «echen una mano». En realidad, el país que recibe ese tipo de ayuda ha de sufragar en la medida de sus posibilidades los gastos del proyecto y llevar a cabo aquella parte de las actividades correspondientes que esté a su alcance efectuar.

Hay otro punto muy importante que debemos destacar. ¿Cómo toma la Unesco la decisión de llevar a la práctica un proyecto en un país determinado, y no en otro? ¿Se dedica a enviar gente a los distintos países para decirles que su sistema de enseñanza no es satisfactorio o que les conveniría empezar a cooperar entre sí en el plano intelectual? Mal podría actuar así la Organización, cuando son precisamente los Estados Miembros quienes han de tomar la iniciativa. A la Unesco sólo le cabe la posibilidad de esperar a que se decidan a solicitar su asesoramiento.

Pensemos en un país imaginario que llamaremos Tropilandia. Tropilandia es miembro de la Unesco.

Cada dos años tres ilustres tropilandeses acuden a la Conferencia General que se reúne en París. (Digamos de paso que, a petición de la Organización, uno de esos tres delegados es un joven de porvenir prometedor que inicia su vida profesional en su patria y para el cual la Conferencia va a constituir por sí sola un nuevo tipo de experiencia formativa).

El jefe de la delegación, supongamos, es una persona encantadora y con mucha mundología, que tras educarse en el extranjero regresó a Tropilandia y se hizo un nombre en el sector de la educación.

Y este hombre llega a París entusiasmado por un proyecto que viene acariciando desde aquel lejano día en que tuvo que atravesar medio mundo para poder ampliar sus estudios. Si Tropilandia llegara a tener una universidad propia, su sistema educativo quedaría verdaderamente completo. A pesar de ser un país pequeño y relativamente pobre, la calidad de sus centros de enseñanza ha mejorado considerablemente desde entonces. Así pues, contando con el apoyo de la Unesco, ha llegado el momento de fundar la Universidad de Tropilandia.

Todas estas cosas viene pensando nuestro hombre que, como casi todo el mundo, está convencido de que la formación que se le ha dado es la más acertada de todas las imaginables. Y cuando piensa en su nueva universidad imagina un lugar muy semejante al *alma mater* de su mocedad, transplantada a una apacible colina, en las afueras de la capital tropilandesa.

Todas sus propuestas han sido muy cuidadosamente preparadas: se ha determinado el coste del proyecto, se ha ponderado la necesidad de contar con el asesoramiento y la ayuda de la Unesco y se han calculado la matrícula prevista y los demás datos pertinentes. Todo ello, bien sazonado con su propio entusiasmo, lo expone nuestro delegado a los expertos en educación con quienes habla en la Secretaría.

Esos expertos le escuchan, le hacen preguntas, reflexionan, comparan el proyecto tropilandés con otros en los que han trabajado anteriormente, contrastan los datos presentados con la información que tienen sobre el sistema docente de Tropilandia, toman en consideración su situación política, auscultan su economía.

Para llevar a la práctica semejante proyecto se requerirán varios años de denodado esfuerzo y una fuerte inversión de capital. En consecuencia, por muy tentadora que pueda resultar la idea, es preciso someterla a un detenido examen y sopesarla en todos sus aspectos. No se trata simplemente de impedir que la Unesco desperdicie su tiempo y el dinero ajeno, sino, sobre todo, de cerciorarse de que los tropilandeses no se embarcan en una empresa que luego no podrán continuar.

Al principio, las preguntas de los expertos son de puro sondeo y surgen un poco al azar, pero gradualmente se van ensamblando en una pauta coherente. Durante las conversaciones, uno de ellos pregunta cuántos ingenieros forma al año Tropilandia y en qué centro reciben su formación. También ellos han de salir al extranjero para formarse, ¿no es cierto?

El delegado tropilandés no está muy seguro de la cifra exacta, pero se teme que en el mejor de los casos no pasen de cuatro o cinco al año. La enseñanza técnica y científica no ha prendido todavía en su país —explica a sus interlocutores—; casi todo el mundo aspira a estudiar humanidades y a recibir una educación general.

NO es precisamente la primera vez que los expertos de la Unesco oyen este tipo de afirmaciones. ¿Dónde van a conseguir trabajo todos esos licenciados en letras y qué probabilidades tiene el país de progresar tecnológicamente si no dispone de técnicos?

También le preguntan a nuestro hombre cuál es la forma que, a su juicio, podría darse a esa universidad para que fuera fiel reflejo de la cultura tropilandesa. La pregunta le desconcierta. Nunca se le ha ocurrido pensar en un sistema educativo como parte integrante de una cultura determinada, pero al reflexionar sobre el particular empieza a sospechar que la institución por él soñada es más bien fiel reflejo de su propia experiencia que de la cultura de su país.



Dibujo © R. Bouwens

Cabe pensar que, llegado a ese punto, el delegado de Tropilandia empiece a comprender que, desde el punto de vista económico, una escuela técnica resultaría mucho más provechosa para su país y que, en consecuencia, debería aplazarse la creación de una universidad (que, por lo demás, cuando se convierta en realidad, no se parecerá demasiado a la imagen que él había concebido en su mente). Y cabe también pensar que la Unesco y Tropilandia podrán conseguir los fondos necesarios para crear la escuela técnica y que de ese modo se abrirá para el país una nueva fase histórica, iniciándose su «despegue» tecnológico.

Todas estas cosas ocurrirán seguramente si el delegado está dispuesto a renunciar a su sueño, si los expertos de la Unesco saben hacer las preguntas oportunas, si los propios tropilandeses se deciden a estudiar ciencias y tecnología en vez de humanidades y si no existe una necesidad más apremiante en otro país que solicite esos fondos y esos estudios de la Organización. Ahora bien, en la vida real, cuando entran en juego las limitaciones y las debilidades humanas, las cosas no son tan sencillas.

Este ejemplo nos presenta una Unesco muy prudente y experimentada. Pero también nuestro delegado tropilandés podría haber llegado a París repleto de nuevos planes e ideas apasionantes sobre una reforma de la enseñanza y haberse encontrado con que la Organización no estaba todavía preparada para aceptarlas.

LIMPIAR LA HISTORIA DE EMBELECOS

Aunque la Unesco no comparte la opinión de un industrial de nuestro siglo según el cual « La historia es puro dislate », hace tiempo que se ha dado cuenta de que todavía hoy se siguen presentando gran número de necedades como si fueran historia. Desde 1950, por iniciativa de la Organización, se ha procedido a una revisión de los textos escolares de historia, la cual ha puesto de manifiesto tremendas deformaciones de los hechos, una consideración superficial de acontecimientos históricos de gran importancia y de vastas regiones culturales del mundo, descripciones de los estilos de vida y de las costumbres de los países extranjeros basadas en informaciones anticuadas e incluso inmensas lagunas en la presentación de determinadas circunstancias fundamentales de la historia. Arnold Toynbee escribía en 1956: «En un periodo más breve que el de la vida de un hombre, la faz del mundo ha cambiado hasta el punto de resultar casi irreconocible... Nuestra visión de la historia de la humanidad, desde la aparición de las civiliza-

ciones más antiguas que se conocen, hace 5.000 años, se ha ampliado enormemente, profundizándose además en medida considerable. Como la curiosidad es una de las características de la naturaleza humana, tendemos en nuestra época a ver de una manera distinta la nueva faz de la historia considerada en su conjunto. En cuanto se observa ese nuevo panorama de la historia, se advierte que con él se derrumban las estructuras habituales sobre cuya base nuestros historiadores occidentales han estado trabajando desde hace 250 años.» La Unesco no puede ni pretende volver a escribir los manuales de historia de cada país: los únicos que pueden hacerlo son los mismos naturales de esos países. Sin embargo, mediante la organización de reuniones de estudio con los autores y editores de manuales de historia y geografía, la Organización ha impulsado fuertemente la tarea de «limpiar de embelecos» los textos escolares de historia, a fin de que los alumnos de todo el mundo puedan recibir una enseñanza más objetiva sobre los países extranjeros.

Prescindiendo de quién hace las propuestas o de quién se deja llevar por la inercia mental, lo que cuenta es que los gobiernos y la Unesco colaboren estrechamente pese a todos los obstáculos imaginables.

Dado ese tipo de relación, es fácil comprender la razón de que en la Unesco haya tantas personas encargadas de mantener el contacto entre los Estados, las organizaciones y la propia Secretaría. Las propuestas, contrapropuestas, concesiones, replanteamientos, modificaciones de táctica y progresos en el mutuo entendimiento constituyen una fuente de energía gracias a la cual nacen, se perfilan y se llevan a cabo los más variados proyectos.

Añádase a todo ello el alto grado de comprensión, de tacto y de eficacia de las numerosas personas que trabajan en su realización práctica y podrá llegarse a una idea clara de la gestión y del funcionamiento de un proyecto, de toda la labor de investigación y de planificación que entraña y del despliegue de dotes diplomáticas y el trabajo esforzado que requiere.

Otra característica de la labor de la Unesco es que la inmensa mayoría de las cosas que intenta poner en práctica no se han hecho nunca antes. El resultado es que, por su misma naturaleza, esos proyectos constituyen experimentos muy complejos, que se alimentan a menudo con un presupuesto limitado, y que, sobre todo, deben ser viables si el gobierno quiere extenderlos a todo el país.

Un experto expondrá su solución,

otro insistirá en que la suya es la mejor. Se produce así constantemente un tira y afloja en dos sentidos opuestos, uno hacia las ideas ultramodernas y el otro hacia soluciones avaladas ya en cierto modo por la experiencia. La decisión definitiva corresponde, por supuesto, a los gobiernos, cuyas suposiciones sobre cuáles van a ser las técnicas más eficaces merecerán probablemente mayor confianza que las de los expertos de la Unesco más experimentados.

Podría parecer más fácil atenerse a las soluciones ciertas y demostradas por el uso, pero a veces los países que se desarrollan y progresan a un ritmo impresionante no tienen tiempo para aplicar las soluciones del siglo XX y han de echar mano de una tecnología que en realidad corresponde ya al siglo XXI.

En muchos casos, para complicar aún más las cosas, no habrá modo de saber cuál va a ser el resultado de un determinado proyecto hasta que no lleve aplicándose muchos años. ¿Cómo descubrir si un nuevo sistema de enseñanza da frutos satisfactorios cuando no hay todavía nadie que haya recibido toda su formación en el marco de ese sistema?

Cuando se piensa que varios miles de jóvenes pueden desperdiciar sus años de estudio y formación y causar grave trastorno a sus vidas si el nuevo sistema educativo no resulta eficaz, se siente uno obligado a recurrir a todos los conocimientos y a todas las previsiones que quepa acumular sobre el particular.

Imaginemos otro ejemplo: después de preparar cuidadosamente un tratado sobre derecho de autor o sobre la conservación de los monumentos históricos, el único modo de saber si va a dar buenos resultados consiste en esperar a ver cómo se aplicará en las distintas circunstancias posibles. Pero, mientras tanto, puede ocurrir que el trabajo de toda una vida de escritor sea objeto de ediciones piratas o que queden destruidos museos o iglesias insustituibles.

Por mucho cuidado que se ponga en ese trabajo, nunca se logrará un éxito completo, pero cabe albergar la esperanza de que tampoco se fracasará totalmente, aunque el único beneficio logrado consista en haber adquirido una mayor experiencia, aprovechable en el momento de emprender otra tentativa similar.

Y con lo dicho basta para definir las características generales de la Unesco. Sus distintas ramas —«educación», «ciencia» y «cultura»— abarcan un campo de acción muy extenso. La educación, por ejemplo, consiste en enseñar a los jóvenes, y a los adultos cuando es preciso, a leer y a escribir, en crear escuelas primarias y, al mismo tiempo, universidades, en enseñar las ciencias exactas y naturales pero sin descuidar las ciencias humanas. Por ello, en vez de dividir la materia en grandes bloques, vamos a intentar ahora ceñirnos a ciertos proyectos y objetivos de la Unesco, a fin de que el lector pueda hacerse una idea exacta de la actuación global de la Organización. ■

El despertar del espíritu

UN buen tema para empezar el examen de la labor de la Unesco en materia de educación es el de la forma más elemental de enseñanza, a saber, la que consiste en guiar a los individuos en sus primeros pasos desde su analfabetismo original hasta los rudimentos de la lectura, la escritura y el cálculo.

El simple hecho de estar leyendo estas líneas le separa a usted, amigo lector, de una parte muy considerable de la población mundial. Es imposible saber a ciencia cierta cuántos habitantes de nuestro planeta son analfabetos. Como es lógico y comprensible, cada gobierno, al facilitar las estadísticas nacionales, aspira a presentar una imagen lo más brillante posible de su sistema de educación, pero las estimaciones más moderadas de las Naciones Unidas señalan en este capítulo un total aproximado de 800 millones de personas de más de 15 años de edad.

¡Ochocientos millones de analfabetos! Constantemente nos están recordando y remachando esta cifra. Considerémosla desde otra perspectiva: esa suma equivale aproximadamente a la tercera parte de la población mundial con más de 15 años de edad y a casi cuatro veces la de los Estados Unidos de América. Si seguimos así, brille o no brille el sol, todos los días vivirán en tinieblas una gran parte de los habitantes de la tierra.

Por muy asombroso que parezca, hay todavía quienes en este siglo XX piensan que «el saber ocupa lugar» y que «la instrucción es cosa peligrosa». «¿Por qué no dejar que el mundo siga como hasta ahora? Si alguien tiene talento y ganas de aprender, acabará siempre por alcanzar ese objetivo».

Es posible que en otros tiempos las minorías cultas pudieran justificar este tipo de razonamiento. Pero hoy, cuando a los analfabetos se les bombardea incesantemente con signos de todo tipo e instrucciones de suma importancia práctica, saber leer y escribir se ha convertido en un requisito previo e indispensable para la supervivencia de todos los habitantes de la tierra.

Imagine el lector cuál sería su vida si no fuera capaz de leer ni aun las

palabras más elementales; podrá así hacerse una idea de las frustraciones que acechan al analfabeto de nuestro tiempo.

La Unesco lleva trabajando en este campo de la alfabetización desde su fundación, y resulta estimulante comprobar por sus estadísticas que el porcentaje de analfabetos ha empezado al fin a disminuir. Pero lo grave, lo verdaderamente desalentador es que la población de nuestro planeta crece tan de prisa que, pese a esa disminución porcentual, el número total de analfabetos está aumentando de hecho al ritmo de varios millones por año.

Por otra parte, nadie sabe exactamente cuántas personas han recibido una instrucción elemental y están «oficialmente» alfabetizados, a pesar de lo cual han olvidado todo lo aprendido porque al terminar sus clases no tuvieron ninguna otra ocasión de practicar los conocimientos adquiridos.

La Unesco insiste constantemente en la necesidad de que la alfabetización sea «funcional», para que no resulte un ejercicio estéril. Puede parecer un gesto magnánimo y liberal alfabetizar lo más rápidamente posible a un gran número de individuos, pero si no se les ayuda a encajar esas nuevas facultades suyas en su vida cotidiana, se les habrá hecho en verdad un flaco servicio.

¿Hay algo más descorazonador que aprender ese arte «mágico» de la lectura y de la escritura y descubrir en seguida que tal aprendizaje no ha contribuido a mejorar en nada las condiciones de vida? Como es lógico, el recién alfabetizado olvidará casi instantáneamente lo aprendido y se sentirá engañado y ridiculizado.

La Unesco ha llegado a la conclusión de que la alfabetización no es un mero problema de enseñanza, sino que se trata de un proceso de cambio social en gran escala. Es preciso que los recién alfabetizados tengan la oportunidad de integrar en su vida cotidiana el mundo de las palabras escritas, ya sea en su trabajo, ya sea leyendo un periódico «de alfabetización» dedicado especialmente a los temas que le interesan y adaptado a su capacidad de lectura, hasta que estén en condiciones de leer un periódico ordinario.

Este nuevo planteamiento de la alfabetización funcional parte del tipo de conocimientos que utiliza normalmente la gente. A quien se gana la vida cultivando algodón le interesa de un modo decisivo recibir información sobre las nuevas técnicas agrícolas a fin de mejorar el rendimiento de sus tierras.

Pensando en él, los expertos de la Unesco han creado una serie de cartillas ilustradas que arrancan de la palabra «algodón» y van llevando al agricultor hacia aspectos cada vez más complejos de su trabajo. Y para cuando ya domine los datos y la información que necesita en sus faenas agrícolas, habrá empezado a saber leer. Lo mismo cabe decir en el caso de personas de otras culturas o lenguas que quieran aprender a manejar un tractor o a edificar una casa.

Las cartillas de la Unesco dedicadas a los niños no son, por supuesto, tan técnicas, pero también ellas han de amoldarse al mundo que conoce cada niño. «Clara y Julio hacen un muñeco de nieve» o las «Aventuras de una ardilla» pueden ser historias muy indicadas para que empiecen a leer los niños de los países donde hay nieve y ardillas y donde Clara y Julio son nombres muy corrientes, pero resultarán extrañas e inútiles para un niño de África o del Asia tropical.

ES a todas luces evidente que cualquier persona aprende mejor a leer y a escribir en su propio idioma. Bastante difícil es ya de por sí el aprendizaje para que además haya que realizarlo en una lengua desconocida.

Pero las dificultades surgen cuando, como ocurre en varias zonas de África, el idioma que habla la gente carece de forma escrita, debido a que se ha conservado exclusivamente por vía oral, como lo fueron antaño las lenguas del norte de Europa. En tales casos, el hecho de enseñar a la gente una lengua distinta para la lectura y la escritura equivale a provocar la desaparición total de su lengua hablada en un plazo muy breve.

De ahí que los expertos de la Unesco se afanen actualmente en recoger y conservar esas valiosas tra-



En 1956 había en América Latina 25 millones de alumnos en los establecimientos de enseñanza primaria, secundaria y superior. En 1965, esa cifra se elevaba a 42 millones y en 1968 a cerca de 51 millones. Tan espectacular aumento es consecuencia del esfuerzo realizado por los diferentes gobiernos, especialmente en aplicación del proyecto principal relativo a la enseñanza primaria en América Latina, emprendido por la Unesco en 1957. En la fotografía, escolares indios de la Amazonia brasileña.

diciones y en dar una forma escrita fácilmente utilizable a seis grupos distintos de idiomas africanos. Otra ventaja de este proyecto consiste en que esos idiomas rebasan las fronteras políticas y, cuando se sabe escribirlos y comprenderlos, facilitan considerablemente la comunicación entre los distintos Estados.

Por desgracia, las personas cuya lengua nativa está en ese caso han de esperar cinco años, por término medio, antes de que se pueda poner a su disposición el idioma en forma escrita y más tiempo todavía antes de llegar a tener cartillas básicas para la alfabetización. Esos grupos idiomáticos no son en modo alguno «primitivos» ni tampoco resulta fácil reducirlos a una estructura gramatical o a un alfabeto ya existentes.

Por ejemplo, en yoruba —que es un idioma hablado en Nigeria, Ghana, Togo y Dahomey— puede haber hasta 57 tiempos de verbo distintos, en comparación con los doce, más o menos, del español o del inglés, y además el idioma es tonal, es decir que los mismos sonidos pueden pronunciarse de varios modos y tener distintos significados.

Otra lengua, el hausa, posee ya una forma escrita, pero con dos variantes. En Nigeria, que estaba sometida a la administración británica, se aplicó la fonética inglesa, y en Níger, administrado por Francia, la francesa. El resultado es un idioma que parece dos distintos. Actualmente los expertos de la Unesco intentan discurrir un modo de escribir el hausa que sea verdaderamente *hausiano* (permítasenos la palabra) y que pueda ser comprendido y enseñado a la vez en Níger y en Nigeria.

LA búsqueda de nuevas técnicas de alfabetización, la realización de proyectos experimentales para someterlas a prueba y la labor de encajar las nuevas concepciones de la alfabetización en los más ambiciosos planes de fomento de la productividad y de desarrollo nacional constituyen en sí mismas una empresa apasionante y enardecedora, pero en el centro de todas esas actividades nos encontramos con el hombre concreto que está aprendiendo a leer y a escribir y que tiene opiniones propias que emitir y exigencias muy claras que formular.

Porque progresa en el tiempo a un ritmo vertiginoso, desde un horizonte social anterior a la palabra escrita hasta un mundo moderno con un alto grado de alfabetización, ese hombre sabe mejor que nadie que el analfabetismo es un grave impedimento, pero al mismo tiempo él es una persona adulta y se niega a que los maestros de su país o los expertos de la Unesco le traten con condescendencia o le miren de arriba abajo.

Al analfabeto que vive, por ejemplo, en ciudades occidentales supuesta-

mente desarrolladas —Chicago, Génova o Birmingham, pongo por caso— le avergüenza bastante reconocer su ignorancia y será preciso recurrir a la publicidad y a unos programas de televisión muy bien concebidos para que se decida a comenzar su instrucción o, en algunos casos, a volver a clase por segunda o por tercera vez. También en este caso lo que ciertas personas aprendieron cuando niños y nunca tuvieron la oportunidad de practicar puede quedar perdido y disuelto en los grises abismos de la apatía y de la falta de interés.

Aunque las reacciones varían según la distintas culturas, a los adultos que asisten a clases de alfabetización suele molestarles mucho que les traten como si fueran niños. La simple idea de tener que sentarse por la tarde en la misma aula que frecuentan sus hijos por la mañana puede parecerles vagamente degradante y se sentirán mucho más a gusto en una iglesia o en un salón de actos, en un centro de alfabetización en cuya edificación hayan participado directamente o, sencillamente, a la sombra de un árbol.

También es muy importante escoger bien a la persona que va a actuar como instructor. Los maestros de escuela no suelen ser tan eficaces con los adultos como quienes han seguido ya ellos mismos un programa de alfabetización y se sienten llenos de entusiasmo y deseos de compartir sus nuevos conocimientos con sus amigos y conocidos.

Normalmente, los instructores que no sean mucho más jóvenes que sus alumnos resultarán más eficaces, pero estos distinguos no tienen valor absoluto y un maestro de diecinueve años puede mostrarse quizá más hábil en su trabajo que todos los cuarentones recién alfabetizados que quepa seleccionar para esa labor.

Es imposible fijar reglas claras y tajantes cuando se trata de alfabetización. Al fin y a la postre, el elemento determinante es siempre de carácter personal, y con frecuencia habrá que utilizar a la primera persona disponible, en espera de encontrar instructores más eficaces o competentes.

Después que los expertos de la Unesco y los educadores locales han estudiado cuáles pueden ser los métodos de enseñanza más idóneos en un determinado país (recurriendo sin duda a varios experimentos previos en pequeña escala), después que han preparado los materiales necesarios para la enseñanza, formado el núcleo inicial de maestros y zanjado todos los problemas imprevistos que hayan surgido (por ejemplo, acoplar los horarios de clase a las necesidades de la recolección en el campo o solventar todas las dificultades sociales y las oposiciones de índole tradicionalista), la Unesco deberá irse retirando gradualmente y cediendo la iniciativa al gobierno.

Cuando éste moviliza decididamente sus recursos al terminar la misión de

LA SED DE SABER

La joven partera sudanesa de la fotografía (a la derecha), que no sabe leer, aprende con los ojos vendados a reconocer por el gusto y el olfato los remedios que debe prescribir a las parturientas. Gracias a una campaña de alfabetización que el Sudán ha emprendido con la ayuda de la Unesco, llegará probablemente el día en que esta imagen sea cosa del pasado. El Programa Experimental Mundial de Alfabetización, iniciado por la Unesco en 1964, se está llevando a cabo en 13 países de África, Asia y América Latina. Tan grande es la sed de aprender y la necesidad de saber —clave para el acceso a la civilización moderna— que han pedido participar en el Programa 53 países más. En las islas del Lago Titicaca, a 3.800 metros de altitud en la Cordillera de los Andes —una de las regiones más desheredadas del mundo—, estas peruanas aprenden los rudimentos de la lectura y de la escritura ante un rústico tablero.



Foto Unesco - B. Herzog

Foto OMS - Eric Schwab



la Unesco, se puede decir que el proyecto de alfabetización está sólidamente en marcha. A veces la decisión inicial de invertir en el sector de la alfabetización de adultos ha entrañado una reducción de los gastos en materia de defensa o en otros tipos más tradicionales de educación.

Lo malo es que, al cambiar los gobiernos o las autoridades, cambian también las prioridades establecidas. Hay que reconocer que cuando el gobierno pierde interés o cuando no puede aportar la parte que le corresponde en el financiamiento del proyecto, éste se halla condenado a morir y todo el dinero y el tiempo dedicados a él se disiparán en la nada.

Pero, para comprender exactamente la labor de la Unesco, es preciso decir asimismo que muchos países han recurrido, en su lucha contra el analfabetismo, a métodos muy notables concebidos por ellos mismos. En tales casos incumbe a la Organización divulgar esos métodos mediante encuestas, conferencias o estudios.

Para paliar la grave escasez de maestros alfabetizadores en Irán, por ejemplo, este país movilizó a aquellos de sus soldados que tenían más instrucción formando con ellos un pacífico Cuerpo de Alfabetización. Actualmente se está poniendo en práctica una idea similar en Venezuela, con el concurso en este caso de la Guardia Nacional. Las posibilidades en este sentido parecen ilimitadas. ¿Qué pasaría si todos los ejércitos del mundo se convirtieran en fuerzas al servicio permanente de la educación?

Uno de los síntomas más alentadores, tanto para la Unesco como para sus Estados Miembros, es el gran número de personas que desean con toda su alma salir del analfabetismo, hasta el punto de que en ciertos casos no hay proyecto que pueda dar satisfacción a todos.

Un experto de la Organización destacado en Etiopía observó que en una clase de alfabetización de primer año había un buen señor que escribía afanosamente y que parecía estar mucho más adelantado que los demás. «¿Cree usted que ese hombre ha recibido ya antes formación?», preguntó nuestro experto al maestro local. «Si sabe leer tan bien como escribe, me parece que no le hemos colocado en la clase que le corresponde».

En efecto, el buen hombre leyó perfectamente lo que acababa de escribir, pero insistió en que nunca había ido a la escuela. Tampoco había aprendido solo. Simplemente, era padre orgulloso de unos hijos instruidos que iban a la escuela todos los días. Y por la noche, a su regreso al hogar, se sentaba con ellos y escuchaba sus relatos. Los chicos le explicaban lo que les había enseñado el maestro, y así es cómo nuestro hombre había aprendido a conocer las letras y los números. Si sus hijos iban a ser personas instruidas ¿por qué no imitar su ejemplo?

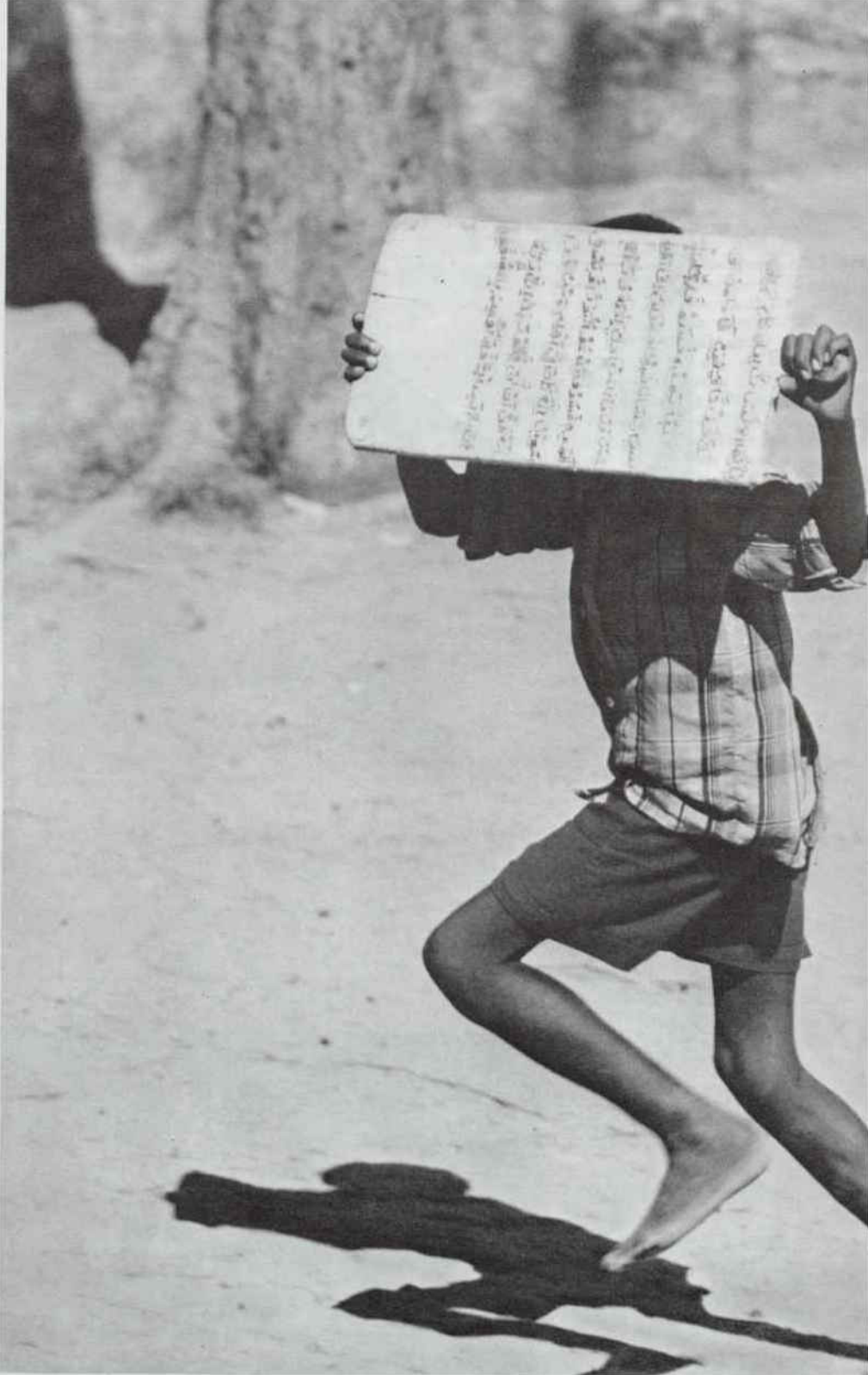


Foto © Georg Gerster-Rapho, París

UNA CARRERA ENTRE LA EDUCACION Y LA CATASTROFE

Decía el célebre escritor inglés H.G. Wells que la historia de la humanidad se estaba convirtiendo en una carrera entre la educación y la catástrofe. En efecto, si se quiere evitar ésta y asegurar una paz verdadera, hay que elevar rápidamente el nivel de vida de los países económicamente pobres. Pues bien, la mayor parte de los gobiernos han comprendido al fin que la clave del desarrollo es la educación. En este sentido, el papel desempeñado desde hace 25 años por la Unesco ha sido fundamental. La Organización ha acelerado y consolidado el desarrollo de las nuevas ideas en materia de educación. Hoy se reconoce que ésta no es solamente un derecho de todo hombre o mujer, sino, además, una condición *sine qua non* para el progreso de cualquier país. En 1970, con ocasión de celebrarse el Año Internacional de la Educación, los balances efectuados por los Estados Miembros revelaron un crecimiento sin precedentes en esta esfera capital. Entre 1950 y 1965, el número de educadores aumentó de 8 a 15 millones. La matrícula escolar se incrementó considerablemente en los países de Asia: 80% en la India y 32% en Irán, por ejemplo. En los Estados árabes, pasó de 8,5 millones en 1960 a casi 14 en 1967. En América Latina, entre 1960 y 1967, el número de alumnos ingresados en la enseñanza primaria aumentó en 12 millones.

Crecimiento del espíritu

¿QUE razones podrían inducir a un banco a conceder un préstamo a largo plazo, sin condiciones ni intereses y sin más base que simples hipótesis?

Al decidir sus inversiones, los bancos dan muestras de gran sagacidad y sentido práctico y no se dejan embaucar con promesas sobre la posibilidad de amasar un gran capital ni con amplios planes para el desarrollo futuro. Por lo general, quieren resultados concretos que, en sus balances, se traduzcan por las mayores utilidades posibles.

La Unesco ha comprendido que una de las actividades para las cuales los bancos podían conceder préstamos, precisamente en esas condiciones, era el desarrollo de la educación. Los verdaderos recursos de un país no consisten en sus depósitos minerales ni en su riqueza agrícola, sino en su población. Pero, así como es preciso refinar el oro, hay que educar a la gente. Ciertamente es que no pueden apreciarse inmediatamente los beneficios, pero no lo es menos que a medida que se eleva el nivel educativo de un país, aumenta también su productividad... y eso constituye una buena inversión en todos los sentidos del término.

De ahí que los perspicaces funcionarios del Banco Mundial hayan decidido financiar, por conducto de la Unesco, diversos proyectos de educación en todo el mundo. También en este caso los gobiernos interesados tienen que contribuir en la medida de sus posibilidades, y es frecuente que buena parte de su presupuesto se destine a la educación. Pero, por lo general, es en los países en vías de desarrollo, que disponen de menos

recursos, donde las necesidades son mayores.

Supongamos que un país carece de un sistema de educación oficial (aunque en la realidad el problema no se presenta jamás con tanta gravedad). En tal caso ¿por dónde habría que comenzar, si se quiere establecer uno? Naturalmente, por los maestros. Pero ¿dónde conseguirlos? En los países desarrollados existe un proceso circular de educación en virtud del cual los maestros enseñan a los jóvenes, los cuales pueden, a su vez, convertirse en maestros.

Los países en vías de desarrollo se ven obligados a transformar de la noche a la mañana en maestros a personas que, en realidad, deberían ser estudiantes. Semejante truco de prestidigitador presenta dificultades casi insuperables. De ahí la importancia primordial del planeamiento de la educación y de la voluntad de aprender a partir de la experiencia ajena.

La Unesco no solamente envía expertos a cada país sino que ha establecido centros regionales de planeamiento de la educación, en los que diversos países con culturas e intereses similares pueden mancomunar sus experiencias, realizaciones y normas susceptibles de ser útiles para todos y así ahorrar buena parte del tiempo que perderían en elaborar separadamente su política de educación.

Por planeamiento no se entiende únicamente la creación de cursos intensivos de formación del personal docente, la construcción de escuelas o la selección de planes de estudios y textos pedagógicos, sino que entraña también la necesidad de tener en

cuenta cuestiones tan importantes como la de determinar los tipos de educación que no crearán barreras socioculturales capaces de impedir la continuidad de los estudios de numerosos alumnos, las técnicas que tendrán en ellos repercusiones más profundas y a menos costo, y los programas de formación que concuerden mejor con las necesidades del país.

Aquí nos encontramos nuevamente en un terreno desconocido. Ello obliga a comenzar con la realización de pequeños experimentos concretos. Si resultan convincentes, el gobierno interesado puede aplicarlos a sectores cada vez más amplios del país de acuerdo con los planes nacionales de extensión de la educación.

En esta materia, además de elaborar y poner a prueba un proyecto y rechazarlo si aparentemente no sirve, hay que adoptar a menudo la heroica decisión de continuar aplicándolo durante algún tiempo, con la esperanza de que a la larga resulte provechoso.

POR ejemplo, cuando se trata de formar maestros, los resultados obtenidos en los primeros años de esfuerzo pueden parecer desalentadores. Si un país necesita contar inmediatamente con doscientos o trescientos maestros, se crea un centro de formación con cabida para todos los candidatos prometedores que puedan encontrarse, pongamos unos ciento cincuenta.

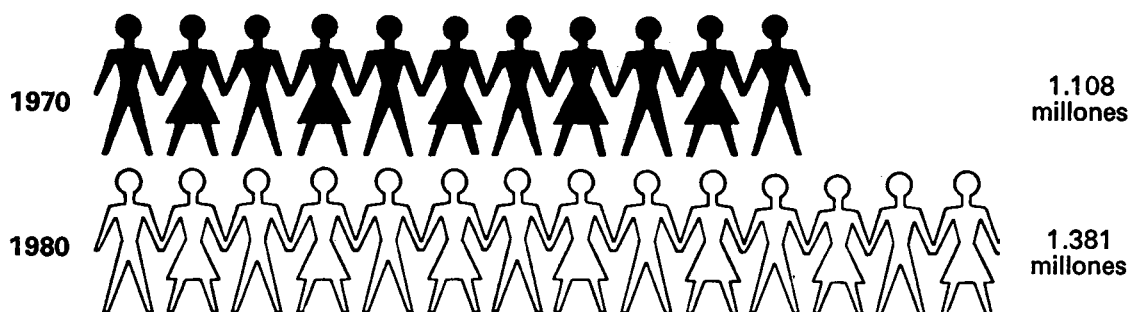
El propósito es dispensarles simultáneamente una enseñanza acelerada y una formación pedagógica. Pero quizá



Foto © Claude Vénèzia, París

POBLACION INFANTIL EN EL MUNDO (de 0 a 15 años)

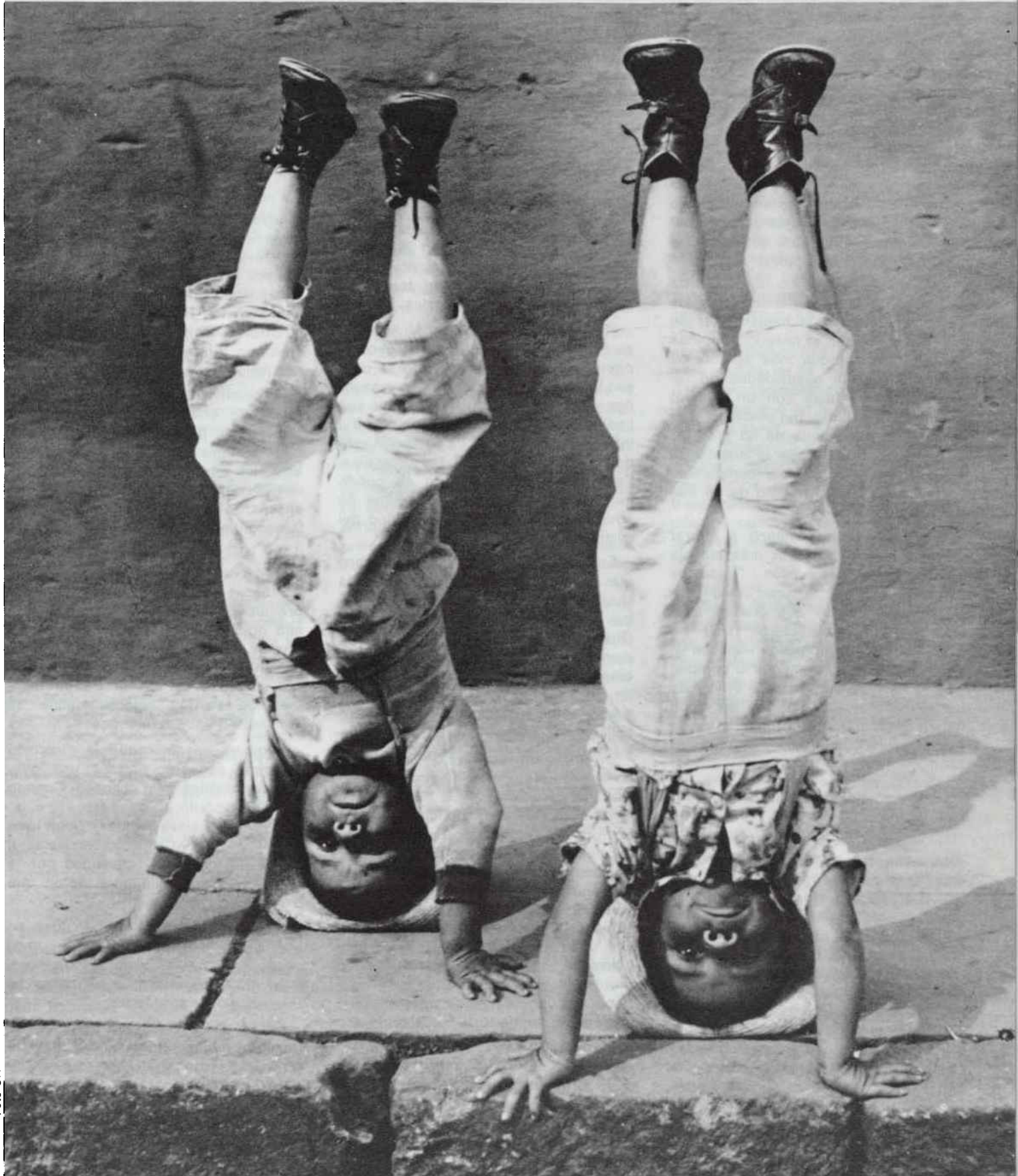
REGIONES POCO DESARROLLADAS (cada figura representa 100 millones de niños)



Cuadro tomado de « Unicef News », Nueva York

EL MUNDO AL REVES

A pesar de los enormes progresos realizados en el mundo entero en materia de desarrollo de la educación, por todas partes surgen problemas de suma gravedad. En 1970 había, en los países en vías de desarrollo, 1.100 millones de niños menores de 15 años, mientras que en los países desarrollados apenas llegaban a 312 millones. En 1980, esas cifras serán de cerca de 1.400 millones (véase el cuadro de abajo) y de 331 millones. Eso, « el mundo al revés », es lo que parecen contemplar (fotografía inferior) estos niños que juegan poniéndose cabeza abajo. En efecto, los niños de los países ricos, cuyo número apenas habrá aumentado de aquí a diez años, disfrutarán desde su más tierna edad de todas las ventajas de la educación moderna (foto de la izquierda), en tanto que los de los países económicamente pobres, cada vez más numerosos, carecerán de escuelas, de maestros y de libros. Para ellos, el nivel actual de la educación, que ya es, a menudo, insuficiente, corre el riesgo de descender con el aumento de la población. Los gastos de educación en los diversos países del mundo, que en 1965 se calcularon en cerca de 9.000 millones de dólares, ascenderán aproximadamente a 25.000 millones en 1980. Uno de los mayores esfuerzos realizados en el terreno de la cooperación internacional se debe a la Unesco y al Banco Mundial, que ha concedido 440 millones de dólares, en concepto de préstamos y créditos, a los países económicamente pobres para el desarrollo de la educación. En lo que se refiere al período de 1971 a 1976, o sea en un lapso de cinco años, los préstamos del Banco Mundial representarán la considerable suma de mil millones de dólares.



suceda que transcurridos cinco años sólo se pueda contar con cinco o seis personas realmente competentes. En ese caso, lo único que cabe hacer es seguir trabajando con el grupo del comienzo, ensayando todos aquellos métodos que parezcan convenientes. Mientras tanto, por desgracia, aumentará el número de niños en edad escolar que carecen de maestros y de escuelas.

En Costa de Marfil va a aplicarse ahora en escala nacional uno de los proyectos más atrevidos y curiosos de la Unesco, que comenzó como una experiencia de dimensiones reducidas. El problema básico consistía en crear escuelas de enseñanza primaria en las regiones remotas del país, prácticamente inaccesibles durante una parte del año. Pero, en realidad, hubo que plantear otras cuestiones: ¿De dónde vendrían los maestros? ¿Cómo se les formaría? Su número no era suficiente para atender siquiera las zonas urbanas cercanas a Abidjan, que se desarrollaban con gran rapidez.

Primero se pensó en la enseñanza por radio. La Unesco y muchos de sus Estados Miembros la habían utilizado ya eficazmente en el pasado, y hoy es uno de los métodos más apreciados para atender las necesidades de regiones muy amplias con un número mínimo de maestros. Sin embargo, presenta el inconveniente de no producir la misma impresión que la enseñanza visual y de tener que ser completada en las aulas con el trabajo de un instructor profesional.

Por esta razón comenzó a cobrar auge la idea de ensayar más bien la enseñanza por televisión. Costa de Marfil parece ser el lugar ideal para tal ensayo, puesto que gracias a la televisión los instructores casi no necesitan recibir formación especial ya que se limitarán a comentar o completar las lecciones dictadas a través de los televisores, con lo cual se elimina en gran parte el problema de la formación de maestros.

UNA vez adoptada la decisión, comenzaron a surgir otros problemas. Por ejemplo ¿cómo instalar la televisión en una aldea que no disponía de energía eléctrica? En algunos lugares, las pilas parecían constituir la mejor solución. En cambio, en las tierras desérticas del norte era más aconsejable emplear la energía solar. De esta manera sucedió que algunas aldeas que jamás habían disfrutado de energía eléctrica pudieron disponer de ella, y no gracias a los procedimientos anticuados del siglo XX sino a ciertas técnicas que no se emplearán aún en

muchos años, ni siquiera en los países más avanzados.

Mientras se resolvían todos estos problemas de carácter estrictamente técnico, se preparaban con ayuda de los expertos de la Unesco los planes de estudios y el material pedagógico necesario. En fin de cuentas, el único maestro que enseñará por televisión habrá de realizar el trabajo de varios centenares de colegas y cada lección tendrá que ser preparada con mucha mayor meticulosidad y en más tiempo del que podrían disponer diez o doce maestros ordinarios.

Si el proyecto marcha bien, todos los alumnos del primer año de Costa de Marfil recibirán sus clases por televisión y cada año se preparará el plan de estudios para el curso siguiente, de modo que cuantos comienzan ahora a asistir a la escuela recibirán probablemente toda su educación primaria mediante este sistema.

Como se trata de un proyecto de la Unesco, si la Organización logra que se aplique con éxito, las técnicas pertinentes se introducirán en todos los países que quieran adoptarlas.

Pero es evidente que la Unesco no se interesa únicamente por la escuela primaria. En los países donde se utilizan los métodos tradicionales de enseñanza, el nivel de formación de los que han terminado la enseñanza secundaria influye en la calidad de la enseñanza que se dispensa en las escuelas. Esto quiere decir que no se puede mejorar una parte de un sistema de educación sin mejorar la totalidad del mismo.

Entre los proyectos de la Unesco que ahora ya pertenecen a la historia había uno relativo a la enseñanza de las ciencias después de la Segunda Guerra Mundial. La necesidad de científicos llegó a constituir un problema muy serio para el desarrollo en todo el mundo; los centros de formación y los laboratorios de Europa se hallaban en ruinas.

Un grupo de expertos de la Unesco, de espíritu brillante e imaginativo, concibió un libro básico que permitiera la enseñanza de las ciencias con el equipo más sencillo posible: un limón exprimido para experimentos de conducción de la electricidad; un tenedor, una aguja y un vaso de agua para probar la tensión superficial; un corcho, una bombilla y cinco clavos para fabricar una linterna rudimentaria. En la última página del libro figuran incluso una regla, un transportador y una escuadra que los estudiantes pueden reproducir en cartón. Muchos de los mejores científicos actuales comenzaron con ese material rudimentario.

El libro, reescrito, actualizado y traducido a más de veinte lenguas, es

hoy más popular que nunca como texto en los países en vías de desarrollo, donde aun no se han construido laboratorios complejos.

Desde este punto de vista, bien puede decirse que las consecuencias de la guerra han tenido un efecto benéfico en la educación. Pero no se trata, obvio es decirlo, más que de una brillante excepción.

Lo corriente es que la guerra destruya las escuelas y los centros permanentes de enseñanza y de cultura, que los niños que sobreviven a ella padezcan hambre, sufran traumatismos psicológicos y se sientan casi totalmente incapacitados para convertirse en miembros activos de la sociedad.

CENTENARES de miles de refugiados palestinos, diseminados por Jordania, Líbano, Siria y Gaza, sufrían de esos males cuando, en 1950, la Unesco y el Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina (OOPSRP) emprendieron la tarea de crear en su beneficio un sistema de educación.

Al comienzo, las escuelas y los métodos de enseñanza tenían carácter provisional, pero a medida que pasaban los años se fueron construyendo escuelas adecuadas y la matrícula aumentó hasta casi 250.000 alumnos en la enseñanza primaria y en tres años de la secundaria.

Ni la Unesco ni el OOPSRP se dieron cuenta de las proporciones gigantescas del proyecto que habían emprendido, el cual sobrevive año tras año gracias a las donaciones voluntarias de los gobiernos y de las organizaciones privadas y con la ayuda de los sistemas de enseñanza ya establecidos en los lugares donde se encuentran esos refugiados.

Fácil es imaginar que la dirección de esas escuelas entraña una gestión diplomática muy delicada. Cuando en 1967 estalló el conflicto entre Israel y los países árabes, hubo que cerrar de nuevo muchas escuelas a causa de los daños causados por la guerra y los refugiados tuvieron que emigrar una vez más.

Pero por dondequiera que iban se volvían a improvisar escuelas, unas veces en tiendas, otras al aire libre, y ni siquiera en medio del caos se interrumpió la enseñanza.

En lo que se refiere a los textos locales, algunos círculos consideraron que estaban sumamente cargados de contenido ideológico, lo cual obligó a que los expertos de la Unesco

co prepararan otros textos «neutrales» en árabe.

Otra de las consecuencias de la guerra de 1967 fue que los estudiantes de enseñanza secundaria de Gaza no pudieron efectuar sus exámenes finales. Ello suponía no solamente que se les cerraba el camino hacia la universidad, sino que les era imposible obtener una sanción o reconocimiento oficial de los años de estudio realizados. Pues bien, gracias a una serie de maniobras diplomáticas muy valerosas, la Unesco logró que se prepararan en El Cairo las preguntas y temas para los exámenes, los cuales se enviaron por avión al territorio de Gaza, vía Chipre.

Funcionarios de la Unesco supervisaron los exámenes, cuyos resultados se remitieron a Chipre y luego al Cairo para su calificación. Finalmente, desde El Cairo se enviaron las listas de aprobados y los títulos. El primer año en que se empleó esta táctica, un millar de estudiantes pudieron cruzar el canal de Suez, bajo la supervisión del Comité Internacional de la Cruz Roja, a fin de continuar sus estudios en las universidades de Egipto.

Si no hubiera existido una organización internacional como la Unesco, no habría sido posible llevar a término tan complicadas negociaciones y, muy probablemente, esos estudiantes continuarían sin título de bachiller y sin posibilidad alguna de obtenerlo.

OTRO de los problemas espinosos de que se está ocupando la Unesco es el relativo a la validez de los títulos. ¿Tiene un título de la Universidad de Moscú el mismo valor que otro obtenido en la Sorbona, pongamos por caso? El problema parece puramente académico, pero no lo es para un estudiante que ha obtenido un título en un país y trata de lograr su convalidación para poder continuar sus estudios en otro.

En esta materia, la Unesco se limita por ahora a recoger los datos pertinentes y a puntualizar las diversas posiciones. Pero ya publica anualmente dos libros de gran utilidad: *Estudios en el extranjero* y *Cursos de vacaciones en el extranjero*, que contribuyen a ensanchar las perspectivas de estudios de los jóvenes y a informar sobre el movimiento internacional en el campo de la enseñanza.

Esas obras no contienen simplemente una información sobre los programas de estudios sino también una importante cantidad de datos

sobre las becas en el extranjero. Gracias a ellas han podido muchos jóvenes emprendedores no solamente estudiar fuera de su país sino además obtener que se les pagara gran parte de los gastos.

A petición de las Naciones Unidas, la Unesco está examinando la posibilidad de crear una Universidad Internacional. Esta empresa tan futurista no es por ahora más que un sueño aun no plasmado en la realidad, pero constituye un paso importante hacia una enseñanza que trascienda las fronteras políticas. Para ello, la Unesco se esfuerza en establecer una cooperación entre las universidades e institutos técnicos ya existentes y los establecimientos similares que acaban de fundarse a miles de kilómetros de distancia.

A veces, con el fin de suscitar una gran afluencia de informaciones hacia un país que necesita urgentemente técnicos experimentados o expertos en educación, por ejemplo, la Unesco concede becas para que las personas más calificadas efectúen estudios en el extranjero.

En otros casos, otorga una subvención a artistas que gozan ya de reputación en sus países para que salgan a aprender nuevas técnicas o para que, por un proceso de ósmosis, enriquezcan su visión del mundo y de la vida.

Con gran frecuencia las becas no se circunscriben a la formación básica sino que se destinan a renovar o enriquecer los conocimientos que ya poseen sus beneficiarios, a veces de edad madura. Aparte de su interés en lo que respecta a todos los niveles de la educación regular, la Unesco comprende perfectamente que por la sola posesión de un título, y cualquiera que sea el nivel de éste, una persona no está necesariamente «educada» para siempre. El caudal de informaciones sobre cualquier materia aumenta a un ritmo vertiginoso, a veces en pocos meses, de modo que nadie puede afirmar que conoce la materia de su especialidad por el mero hecho de haber obtenido un título cinco años antes.

La educación, en el sentido en que la Unesco emplea este término, ya no se refiere a un periodo de la juventud, que transcurre en cierto modo al margen de la sociedad y que se dedica a absorber conocimientos, sino a un proceso continuo que comienza con el nacimiento y termina, en el caso ideal, con la muerte.

Este nuevo concepto de la «educación permanente» suena bien cuando se lo ve escrito y la labor de la Unesco de planeamiento de la educación se realiza teniendo en cuenta

como un principio organizador. Pero si se pregunta concretamente hasta dónde se ha llegado en su aplicación, nos encontraremos con que apenas se está en los comienzos.

Todos estamos de acuerdo ahora en que los sistemas de educación existentes en el mundo tendrán que ser más flexibles y con miras más amplias y que cada individuo habrá de advertir en qué momento su educación ha dejado de serle útil y ya no se ajusta a la realidad en la que vive. En otras palabras, los sistemas de enseñanza deberán estar de acuerdo con el mundo incitante y dinámico que rodea al individuo y éste deberá mantenerse a tono con aquéllos.

FUE preciso que transcurrieran varias generaciones antes de que las escuelas creadas por el hombre aceptaran la idea de Galileo de que la tierra gira en torno al sol. Pero nadie puede ya permitirse avanzar con la misma lentitud. Es muy probable que una persona que hoy tiene treinta años de edad no haya aprendido nunca nada acerca de la molécula de ADN, cuyo descubrimiento representó un momento decisivo en la ciencia del siglo XX. Así pues, a menos que vuelva a sus libros o a otra fuente de información, cuando tenga cuarenta y cinco años esa persona se encontrará tan rezagada en sus conocimientos como si creyera todavía que la tierra es el centro del sistema solar.

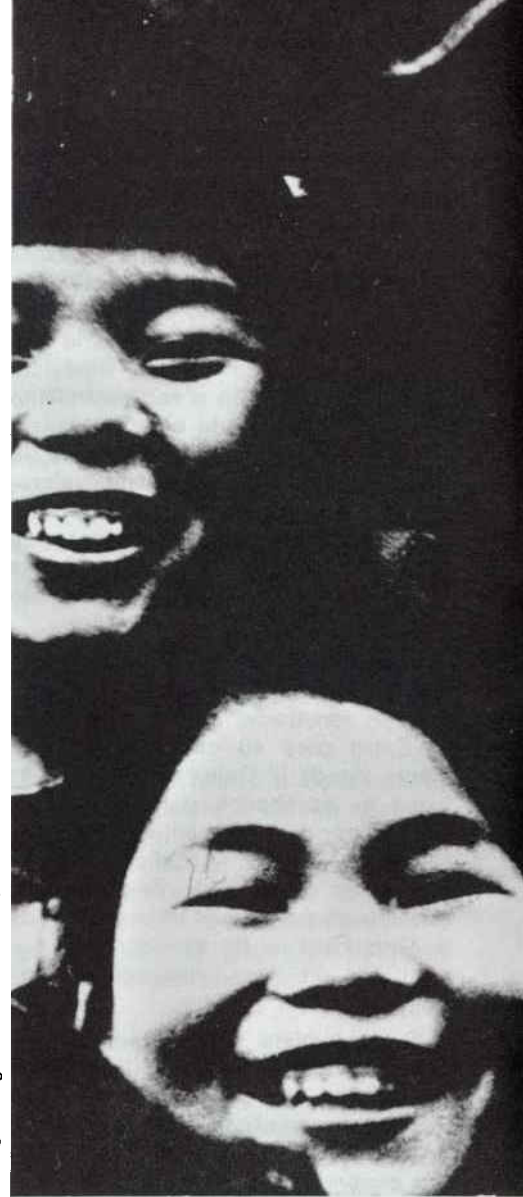
Hay que transformar el espíritu mismo de la educación y provocar un renacimiento tanto en los conocimientos del hombre como en sus ideas. Con demasiada frecuencia, la enseñanza ha sido hasta ahora un medio para entontecer y para imponer dogmas, y seguirá siéndolo hasta el día en que cada gobierno y cada ciudadano comprendan que, a pesar de todas las estadísticas de educación y de todos los diplomas del mundo, no puede haber «hombres educados» sino solamente hombres «que se educan».

No existe todavía ningún país, «desarrollado» o en vías de desarrollo, que haya establecido un sistema íntegro de educación basado en ese principio y que abarque a toda la población, pero ése es precisamente el fin último que la Unesco se propone para sí misma y para todos sus Estados Miembros. Y como objetivo es, al mismo tiempo, un ideal y una necesidad del futuro inmediato: hacer que nuestra vida sea la educación y que la educación sea nuestra vida. ■

Ardor e ímpetu del espíritu

En todo el mundo, los clubes de amigos de la Unesco han demostrado ser el medio más eficaz para fomentar y difundir las ideas y objetivos de la Unesco entre los jóvenes. Actualmente existen 1.500 clubes en 50 países. Los jóvenes del Japón (foto de la derecha) han organizado más de 400, cifra únicamente superada por Francia que cuenta con poco menos de 450. En varias grandes ciudades de España existen clubes de amigos de la Unesco que organizan conferencias, representaciones teatrales, conciertos y exposiciones y que ofrecen una tribuna para la discusión de los problemas locales, nacionales e internacionales. Gracias a los Bonos de Ayuda Mutua de la Unesco, los particulares de numerosos países han podido participar directamente en la labor de la Unesco suministrando material didáctico, equipo científico, libros y otros elementos necesarios para la realización de diversos proyectos en América Latina, Asia, África y Oriente Medio. Los grupos de donadores compran los Bonos y los remiten directamente a los responsables del proyecto que prefieran. La ayuda así facilitada a los programas de alfabetización y de educación de adultos, a las escuelas, bibliotecas y museos de los países en vías de desarrollo representa hasta ahora más de dos millones y medio de dólares.

Foto © Georg Oddner - G. Bern, París



EL 15 de mayo de 1968, una nueva conferencia encargada de preparar el programa de la Unesco para los dos años siguientes se hallaba reunida en la Sede parisiense de la Organización. Como telón de fondo, la gran escultura blanca de Henry Moore, los dos murales de cerámica de Miró y los cuadriláteros de césped cuidadosamente recortado. Cosas bellas y tranquilizadoras. Lo único que parecía desentonar era el gigantesco y enigmático Picasso, inquietante como una carcajada secreta y, al mismo tiempo, impertinente. Por lo demás, todo discurría normalmente. Y, sin embargo, en los edificios de la Secretaría parecía como si se respirara un aire nuevo.

En efecto, París, y Francia entera, estaban viviendo en aquellos días los famosos «sucesos de mayo», las grandes huelgas estudiantiles. Se rumoreaba que a la Unesco iban a acudir piquetes de jóvenes manifestantes. La ciudad estaba a punto de quedar paralizada por las huelgas. Comenzaba un nuevo capítulo de la historia: una reacción en cadena de manifestaciones, choques, enfrentamientos, conflictos y difíciles acuerdos entre la juventud exasperada y el «sistema establecido» en todo el mundo.

La oleada de agitación desbordaba los países y los continentes. Los jóvenes de todo el mundo se alzaban contra ciertos aspectos de la sociedad y, allí donde la violencia podía evitarse, demostraban ser coherentes y tener sentido de la organización.

Mientras los funcionarios de la Casa Central de la Unesco veían desde las ventanas pasar junto a sus muros la corriente turbulenta de los manifestantes, mientras participaban a altas horas de la noche en los debates públicos o intervenían en las reuniones callejeras, surgían en ellos nuevas ideas.

Desde su fundación la Unesco contaba con un departamento dedicado a estudiar los problemas de los jóvenes y el papel que les incumbía en la reconstrucción de una Europa deshecha por la guerra. Por otra parte, casi todas las actividades de la Organización se relacionaban con la juventud.

Pero, salvo en el caso de un pequeño número de funcionarios, la explosión de mayo constituyó para todos una sorpresa total. A los miembros de la Secretaría les cabía por lo menos el consuelo de no ser ellos los más escandalizados y desconcertados por la rebeldía juvenil en todo el mundo, si

bien les rondaba la sospecha de que de un modo u otro debían haber previsto el fenómeno.

Hasta entonces, las actividades de la Unesco habían movilizado a los jóvenes, como suele decirse, «formales», esto es, a los muchachos y muchachas que se inscribían afanosamente en los clubes de la Unesco de los países en desarrollo, participaban en su programa mundial de educación física y parecían destinados a ser los brillantes dirigentes del porvenir. Las preocupaciones sociales de estos jóvenes eran de lo más tradicional y sólo podían encontrar expresión a través de los cauces más trillados y convencionales, pero a principios del pasado decenio su participación misma empezaba ya a convertirse en pura rutina.

Por el hecho de estar tan íntimamente relacionada con los gobiernos y formar parte del sistema de organizaciones de las Naciones Unidas —sistema que ya no podía considerarse como una experiencia decisiva para la paz—, la Unesco daba la impresión de moverse incómodamente entre los jóvenes y de no interesarse ya realmente por sus problemas.

La Organización parecía el sitio menos indicado para que los jóvenes



fueran a exponer sus opiniones y su deseo de nueva vida. Pero con la Conferencia General de 1968 se inició un esfuerzo radical para modificar esa situación.

Ciertos gobiernos se opusieron enérgicamente a la propuesta de que la juventud hiciera oír su voz en una organización internacional. Estaban dispuestos a aceptar la necesidad de dar formación a los jóvenes, pero no sentían el menor entusiasmo por la idea de que los estudiantes empezaran a proclamar en voz alta lo que pensaban. La educación estaba ya haciendo su obra en todos los pueblos del mundo, sin tener en cuenta los gustos y preferencias de los hombres y las mujeres investidos de autoridad.

Pese a tal oposición, la Unesco se hallaba en la postura moral del maestro que ha inculcado los más nobles ideales a sus alumnos, incitándoles a pensar por cuenta propia, y que de pronto se encuentra con que está más profundamente involucrado en sus vidas de lo que pensaba. Cortar el diálogo y negarles el derecho a sustentar criterios propios cuando la situación se vuelve peligrosa equivale a repudiar todo lo que ha hecho por ellos y con ellos y, consiguientemente,

a ser infiel a sus convicciones más arraigadas.

La Unesco ha hablado siempre del idealismo y de la capacidad para cambiar de los jóvenes. Su fe en ellos ha sido constante. Pero lentamente empezó a comprender que la juventud de hoy ha crecido más de prisa que la de ayer y que, a la par que posee un vigoroso sentido del bien, profesa un escepticismo y un realismo suficientemente fuertes para que no pueda aceptar ninguna sumisión o acatamiento ciego.

Si quería seguir siendo útil, la Unesco no podía continuar trabajando «para» los jóvenes como si fuera una especie de tío solterón rico e ilustrado. Los jóvenes pueden expresarse y actuar por cuenta propia, y el nuevo papel de la Organización consiste precisamente en velar por que tengan la oportunidad de proceder de ese modo, para lo cual deberá servir en muchos casos de mediadora entre la sociedad y su juventud.

Al principio rayaba casi en la histeria el pánico que lograron suscitar los jóvenes en el seno de numerosos gobiernos, a los que aquéllos acusaban de violencia, de corrupción y de estar basados en el odio. La sociedad con-

sideró que los jóvenes constituían para ella un problema, incluso una amenaza para su existencia.

Ahora que han pasado ya las primeras oleadas de desconcierto, esos gobiernos están en condiciones de comprender, sin sentirse inútilmente amenazados, que la juventud puede enseñarles mucho e inyectar un poco de vida y de eficacia en las más decadentes instituciones, a poco que se les dé una oportunidad para ello.

También en este punto puede la Unesco aportar valiosas sugerencias a sus 125 Estados Miembros (con mayores o menores posibilidades de éxito) para convencerles de que escuchen a su juventud y, sobre todo, de que le ofrezcan la ocasión de participar realmente en la formulación de las grandes opciones políticas y de compartir verdaderamente la responsabilidad que debe incumbir a cuantos integran una organización social.

Nada más humillante ni irritante para un joven que descubrir que le están utilizando como una especie de «joven simbólico» al que se admite en una comisión o se encomienda un trabajo muy aparatoso, cuando en realidad carece de toda influencia y le están aprovechando para que la sociedad a

la que pertenece pueda «quedar bien» a los ojos de todos.

La Unesco y las demás organizaciones del sistema de las Naciones Unidas han comprendido el peligro de congregarse a los jóvenes en un artificial remedio de una institución auténtica, como fue el caso de la Asamblea Mundial de la Juventud reunida en el verano de 1970, en la sede neoyorkina de las Naciones Unidas. Como uno de los actos conmemorativos del vigésimo quinto aniversario de la organización internacional se quiso convocar una especie de Asamblea de las Naciones Unidas de la juventud (algunos de cuyos miembros no eran tan jóvenes) para celebrar el rito consabido de las negociaciones en pro de la paz.

Los grandes titulares de los periódicos de todo el mundo son suficientemente elocuentes: «En la Asamblea Mundial de la Juventud los delegados repiten como papagayos las charlas interminables de sus mayores sobre la guerra y la paz»; «Enfrentamiento de sus miembros a propósito de la expulsión de unos delegados»; «Los jóvenes de las Naciones Unidas, pomposos y estériles como proyectos estadísticas»; «Desenlace tumultuoso de la Asamblea Juvenil».

Todo terminó en un universal desconsuelo y en una total desilusión. Y la inmensa mayoría de la gente llegó a la conclusión descorazonadora de que la «nueva generación» iba a cometer los mismos absurdos errores que la anterior y de que, a juzgar al menos por ese ejemplo, los jóvenes poseían menos juicio y menos tolerancia que los adultos.

UNA característica muy notable de la sociedad moderna, en todo el mundo, es que no existe prácticamente modo alguno de que los gobiernos o las instituciones logren averiguar qué es lo que realmente piensan los jóvenes. En el mejor de los casos, podrán acertar por casualidad o por aproximación.

A veces, cuando se les somete a interrogatorios o a encuestas oficiales, los jóvenes, como cualquier otra persona, se sienten impulsados a polemizar. Recíprocamente, cuanto una organización juvenil lleva a cabo un sondeo de opinión, suele ser unilateral y parcial y se refiere casi exclusivamente a problemas locales específicos que no tienen gran interés en el plano general.

Así pues, la Unesco, con la aprobación en cierto modo inquieta y expectante de sus Estados Miembros, ha emprendido la tarea de descubrir qué es lo que piensan los jóvenes de hoy, no en tal o cual país sino en todo el mundo, por encima de las artificiales fronteras políticas.

Es posible que haya una corriente mundial en favor de la paz, la mutua

comprensión, la honestidad en las relaciones públicas y la sinceridad en la vida privada, pero, hasta que la Unesco no haya acumulado un gran caudal de datos sobre los jóvenes y logrado instaurar un diálogo eficaz entre ellos y los grandes de la tierra, nadie podrá estar absolutamente seguro al respecto. Será preciso, además, interpretar correcta y juiciosamente toda esa masa de datos y de actitudes.

Mientras tanto, el programa de la Organización exige hablar y escuchar un poco, pero justamente ese poco no ha sido suficiente hasta ahora. Es preciso que los jóvenes defiendan sus posiciones en conferencias y asambleas de la juventud, que los jóvenes de la secretaría de la Unesco puedan hacer oír su voz en las cuestiones de política general y de administración y que las organizaciones estudiantiles preparen y lleven a cabo estudios por cuenta de la Unesco. Todos los aspectos del programa de ésta, desde la educación hasta las investigaciones ecológicas, se vinculan de un modo u otro al fenómeno reciente de la cultura «joven», es decir, una cultura elaborada por los jóvenes mismos.

Pero el programa aspira sobre todo a la acción, y la Unesco ha dado unos primeros pasos modestos al decidir que vengan jóvenes a trabajar en la Secretaría durante los meses de verano y al contratar y formar a otros para que puedan ocupar puestos más estables en la sede de París y en las oficinas locales o regionales de la Organización.

También ha sugerido vivamente a todos los países que incluyan a un joven, por lo menos, en sus delegaciones a la Conferencia General de la Unesco.

Como es lógico, el número de jóvenes que todo ello supone no puede ser muy grande. Además, a ciertos gobiernos no les convence en absoluto la idea y procuran sabotearla. Otros Estados Miembros, en cambio, han comprendido el acierto de esa iniciativa de la Organización y han decidido ir más lejos todavía y recurrir a los expertos de la Unesco en ese campo. Varios países han solicitado ayuda para formular una política nacional de la juventud.

Con harta frecuencia se desperdicia el talento de los jóvenes simplemente porque lo que han estudiado no tiene relación alguna con el mundo en el que viven. Y al empezar su vida productiva se encuentran sin empleo. Esta triste y descorazonadora realidad se traduce en las estadísticas sobre «jóvenes desempleados y sin formación» de muchos países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Son las «bajas» que provoca la inexistencia de una planificación educativa nacional o supranacional.

Aunque pueda conseguirse trabajo después de los años de formación, se habrá perdido a menudo mucho tiempo

estudiando materias anticuadas o inútiles. La Unesco lleva muchos años afirmando que, en vez de encomendar la preparación de los planes de estudios y de los reglamentos universitarios y escolares a unos canosos y tristes burócratas, procede dar a los jóvenes la oportunidad de manifestar su opinión al respecto.

También en este punto puede la Organización hacer sugerencias útiles, destacar las ventajas de las distintas instituciones y divulgar lo que otros jóvenes han logrado en materia de preparación de sus propios estudios, pero en último término la decisión habrá de ser tomada por la universidad o por el centro de enseñanza secundaria, teniendo desde luego en cuenta las iniciativas que estén dispuestos a tomar los propios alumnos.

HASTA el momento hemos hablado de los «jóvenes» casi como sinónimo de «estudiantes», que es por cierto lo que piensa casi todo el mundo: la «juventud» son los jóvenes que tienen la posibilidad de organizarse; a esos jóvenes se les toma por la totalidad de la juventud y es de ellos de quienes se habla en la prensa y en los análisis sociales.

Pero ¿y el gran número de estudiantes que rehuyen toda forma de organización rígida y dan a sus asociaciones la máxima amplitud y flexibilidad posible? ¿Y los jóvenes casi sin formación escolar que vagabundean por las calles, solitarios y sin esperanza de encontrar trabajo? ¿Y las secretarías y los jóvenes empleados o trabajadores de la industria? ¿Cómo llegar a ellos y abarcarlos en nuestra descripción global de la juventud?

Más difícil todavía resulta el acceso a los millones de jóvenes de las zonas rurales que, a los doce o los trece años, no tienen otro horizonte que el trabajo en el campo y que, en todos los sentidos, son tan viejos como la tierra misma. También ellos son «jóvenes», aunque no se reconocieran en su propia generación. Si la Unesco lograra llegar hasta ellos de un modo especial y brindarles la oportunidad de clamar su hambre de instrucción y de trabajo, podrían acabar por compartir el placer que entraña el hecho de ser joven.

Existe un cierto número de organizaciones de jóvenes trabajadores con las que la Unesco puede colaborar pero con esta salvedad, y a no ser en forma de contactos personales, esa masa innumerable de jóvenes queda prácticamente fuera del alcance de la Organización.

También hay, sin embargo, los jóvenes radicales que quieren intervenir en el escenario internacional y los grupos especiales que se esfuerzan por dar a conocer sus motivos de cole-

ra. Estos grupos tienen evidentemente poco que ver con los cauces estatales a través de los cuales actúa la Unesco y, como es muy lógico, la perspectiva de una conferencia internacional de extremistas inquieta sobremanera a los Estados Miembros, que piensan que esos delegados destrozarán todo a su paso. Pero esos temores oficiales son probablemente excesivos.

En realidad, ésa puede ser la oportunidad que buscan los portavoces de la juventud rebelde : poder exponer lo que les preocupa con una resonancia adecuada. En todo caso, de esa experiencia saldrá una comprensión muy clara de lo que es auténticamente injusto e intolerable en el estado actual de nuestra civilización.

La Unesco podría facilitar a todos —a los jóvenes desencantados y sin voz y a los escépticos bien integrados e informados— un medio de expresión que nadie más les ofrece. No es, desde luego, una tarea sencilla ni tampoco se siente la Organización plenamente a gusto en esa perspectiva, pero lo cierto es que los jóvenes constituyen un porcentaje cada vez mayor de la población mundial y que no cabe ignorar su fuerza y su importancia. La Unesco podría convertirse, pues, en su portavoz y prestarles, en caso necesario, su apoyo con vistas a un más pleno ejercicio de los derechos humanos y espirituales.

PERO se trata solamente de una posibilidad, dado que la Unesco no puede convertirse en abogado de todas las causas. Convendrá, en todo caso, someter a prueba su capacidad para servir a los jóvenes del mundo. Es probable que sus responsabilidades oficiales sean demasiado coercitivas y asfixiantes, pero quizá también sea posible superarlas.

En el caso de los refugiados de Gaza, triunfaron las consideraciones humanitarias y la Unesco consiguió organizar los exámenes escolares. En esas circunstancias extremas la diplomacia y el dinamismo personal pasaron por encima de todas las trabas burocráticas y de los horrores de la guerra en favor de un puñado de jóvenes estudiantes.

Esperemos que la Unesco tenga la misma suerte en relación con la juventud en general. A decir verdad, está en una difícil posición de equilibrista, que por ahora no ha sido plenamente del agrado ni de los gobiernos (algunos de los cuales la acusan de inmiscuirse en sus asuntos internos) ni tampoco de los jóvenes.

Tarea ingrata, sin duda, pero como dice un funcionario de la Organización: «Si la Unesco no defiende en el plano internacional la causa de la juventud, ¿quién lo hará en este confuso mundo nuestro?» ■

Foto © Eli Attar, Nueva York



PREMIOS INTERNACIONALES DE LA UNESCO

El Trofeo Internacional del Fair Play Pierre de Coubertin, que otorga cada año el Director General de la Unesco con el fin de fomentar el «juego limpio» en los deportes, fue creado en 1964. Lo han obtenido hasta la fecha un campeón italiano de carreras de trineo, una atleta norteamericana (que aparece en la fotografía), un luchador yugoslavo, un futbolista español, un jugador español de baloncesto y un ciclista polaco. También se ha recompensado a equipos de fútbol de Inglaterra, la República Federal de Alemania, Francia y Japón, al equipo «junior» de golf de Suiza, así como a un entrenador de fútbol francés, un árbitro húngaro, un jugador sueco de tenis de mesa, dos deportistas de yate norteamericanos, un esquiador polaco y un veterano jugador de baloncesto tunecino. Entre los otros premios que concede la Unesco o que se otorgan con sus auspicios figuran el Premio Kalinga para la divulgación científica (creado en 1952); el Premio Unesco de Ciencias (creado en 1968), que se atribuye para recompensar una contribución notable al desarrollo tecnológico; el Premio Mohamed Reza Pahlevi (de Irán) para el fomento de la alfabetización de adultos (creado en 1967); el Premio Nadezhda K. Krupskaya, creado por la URSS en 1969 para contribuir a la aplicación del programa de alfabetización de la Unesco; y el Premio Unesco de Arquitectura, que se adjudica desde 1969 al ganador de un concurso internacional entre estudiantes de arquitectura.



El espíritu que inquieta

La expresión de gozo de estos muchachos que desde su misma casa manejan un teletipo conectado con una computadora central demuestra que la ciencia constituye un juego de niños para la juventud actual. Centenares de miles de jóvenes de todo el mundo forman parte de clubes científicos cuya creación la Unesco fomenta en la medida de sus posibilidades. La Organización ha realizado una labor precursora en lo que atañe a la elaboración de nuevas técnicas, materiales y métodos para la enseñanza de las ciencias gracias a cuatro importantes proyectos experimentales en América Latina, Asia, África y los Estados árabes. En el marco de esos proyectos, varios grupos de especialistas se reunieron durante períodos de un año para revisar íntegramente la concepción de la enseñanza de diversas materias científicas. La reunión sobre física se celebró en Sao Paulo (Brasil), la de química en Bangkok (Tailandia), la de biología en Cape Coast (Ghana) y la de matemáticas en El Cairo (RAU). En el *Manual de la Unesco para la enseñanza de las ciencias*, cuya primera edición data de 1957, se enseña la manera de realizar numerosos experimentos científicos con los materiales más sencillos. Ese libro se ha convertido paulatinamente en un « best seller » en todo el mundo; hasta ahora se ha publicado en 28 lenguas. El enorme volumen que han adquirido súbitamente los conocimientos científicos ha inducido a la Unesco a proponer la creación de un «banco» mundial de información científica al que tengan acceso inmediato los científicos de todos los países. Este proyecto, conocido con el nombre de UNISIST, comprende la elaboración de métodos para la normalización de los sistemas que utilizan las computadoras, la centralización de las redes de información ya existentes y la creación de sistemas de información en los países que por ahora carecen de ellos.

La ciencia moderna es todo un universo que crece a un ritmo muchas veces mayor que la población o la economía. La investigación científica y sus aplicaciones técnicas se han convertido en una empresa fabulosa que consume actualmente más de 50.000 millones de dólares en todo el mundo y que emplea a más de dos millones de hombres de ciencia e ingenieros. Estas cifras, astronómicas en sí mismas, se duplicarán probablemente en un lapso de cinco a diez años.

Los países que cuentan con gran número de científicos y técnicos están «desarrollados» y su riqueza aumenta con la misma rapidez con que esas personas conciben nuevas ideas. De un país que en el siglo XX carece de científicos no puede decirse con propiedad ni siquiera que está «en vías de desarrollo». En otras palabras, como ha señalado alguien, el mundo se divide en países «con ciencia», que son cada vez más ricos, y países «sin ciencia» que se van quedando cada vez más rezagados.

En consecuencia, no debe extrañar la importancia que la elaboración de una política científica tiene actualmente para el esfuerzo que se está realizando con vistas a remediar siquiera en parte tal situación. Los círculos científicos no pueden seguir ignorando el hecho de que la ciencia constituye ahora un tema de público debate.

La Unesco ha emprendido la tarea de interesar a los países en vías de desarrollo en la elaboración de la estrategia necesaria para organizar su propia actividad científica y para incrementar su potencial tecnológico. Esto significa tratar de hallar respuesta a cuestiones tales como las siguientes: ¿Debe un país basarse en su propia investigación científica y en las aplicaciones técnicas de ésta, cualquiera que sea el nivel que hayan alcanzado, o debe importar la tecnología extran-

jera? ¿Debe formar a sus investigadores dentro de sus propias fronteras o conviene que los envíe al exterior, a riesgo de que vayan a engrosar el éxodo de científicos y técnicos?

Pero, ante todo, cada país debe plantearse la pregunta fundamental: ¿Cuáles son los recursos de que dispone para llevar a cabo por cuenta propia la tarea de la investigación científica y de su aplicación práctica? Todas estas preguntas tienen respuesta, a condición de que el país disponga de organismos encargados de elaborar una política científica y capaces de realizar las necesarias encuestas y análisis de su realidad y de adoptar luego las disposiciones apropiadas.

Gracias a la asistencia que ha prestado con vistas a la constitución de dichos organismos y al envío de consultores para que los asesoren en la adopción de las decisiones básicas, la Unesco ha ayudado a los países del Tercer Mundo a determinar lo que les conviene en materia de ciencia.

En lo que atañe a la formación de científicos, la labor de la Unesco se confunde con sus actividades generales al servicio de la educación; en una y otra materia rigen las mismas normas fundamentales. Simplemente para poder sobrevivir, la enseñanza de las ciencias debe ser lo más adelantada que resulte posible. Cuando un país empieza de la nada, la Unesco intenta desbrozar el terreno y echar los cimientos del nuevo edificio; cuando ya existe una enseñanza de las ciencias, la Organización puede facilitar estudios y expertos con miras a mejorarla y actualizarla.

Aunque a primera vista puede parecer factible injertar una mentalidad científica en cualquier persona, independientemente de la cultura a la que pertenezca, lo cierto es que la formación científica o técnica sólo «prende»

cuando se convierte en parte integrante de la personalidad entera.

Por citar un caso verdaderamente extremo, recordaremos que en muchos países africanos los únicos textos de enseñanza de la biología disponibles hasta hace poco versaban sobre la flora y la fauna del país europeo en que se habían preparado. En consecuencia, numerosos biólogos africanos podían aprender un sinfín de cosas sobre los setos ingleses, pongamos por caso, y nada acerca de las plantas que les rodean en su vida diaria. El hecho resultaba evidentemente disparatado, pero fue la Unesco la que hubo de encargarse de organizar un ciclo de estudios de biología auténticamente africanos, cuya preparación exigió tiempo y dinero.

Análogamente, en materia de enseñanza de la ingeniería, gracias a una serie de proyectos experimentales llevados a cabo en distintas partes del mundo, se ha intentado formar técnicos cuyos conocimientos correspondan exactamente a las necesidades de la industria y de la sociedad de sus países. Las máquinas, los edificios, los medios de transporte varían según los países; lo mismo debería ocurrir con los sistemas de educación que preparan a quienes los conciben, construyen y mantienen.

LA Unesco trata de averiguar cuáles son las condiciones económicas y físicas comunes a los diferentes países con objeto de poner al alcance de todos la experiencia de los demás y evitar de ese modo a un determinado país, situado quizá en el otro extremo del planeta, los errores o los lentos tanteos por los que ha pasado otro en un caso semejante.

El científico, el ingeniero o el técnico no termina nunca de estudiar ni de aprender. Es preciso que esté siempre al corriente de los nuevos progresos y descubrimientos, y esto no resulta nada fácil ni sencillo porque las novedades se suceden a un ritmo tal que, de no mantenerse uno constantemente al día, no sólo quedará rezagado sino que a todos los efectos dejará de ser un miembro verdaderamente activo de su profesión. Un científico que en 1971 se limitara a utilizar los conocimientos que poseía en 1965 equivaldría poco más o menos a un alquimista que intentara transmutar el plomo en oro murmurando una cantilena mágica.

Hasta hace unos diez o quince años, un individuo podía mantenerse al tanto de su especialidad leyendo todos los artículos que se publicaban sobre ella y dedicando todo su tiempo a su propia «educación permanente». Pero hoy día, sólo en el sector de las ciencias naturales se publican en todo el mundo cerca de tres millones de artículos al año, por no hablar ya de los millares de libros y folletos. El más sólido cerebro estallaría en mil pedruzcos si intentara simplemente asimilar

una mínima parte de ese material y el mundo desbordaría entonces de «sabios locos».

Del mismo modo que la computadora electrónica ha hecho posible esa labor humanamente imposible de documentación e investigación, así también sólo ella es capaz de mantener el necesario ritmo de acumulación. Únicamente una computadora puede dilucidar qué porcentaje de la producción científica mundial es mera repetición de anteriores experimentos y cuáles son las tendencias generales que se desprenden de ese volumen fabuloso de información. La Unesco puede compilar bibliografías de una parte de las obras publicadas, pero ello no pasará de constituir una lista organizada de títulos. Lo que interesa es precisamente el contenido que se oculta detrás de todos esos títulos.

El problema resultaría mucho menos arduo si todas las computadoras del mundo hablaran el mismo lenguaje y se pudiera facilitar e intercambiar toda la información a medida que fuera surgiendo. ¡Si lográramos ponernos de acuerdo sobre unas formulaciones homogéneas o unas técnicas de medición coherentes! ¡Si consiguiéramos uniformar los diversos modelos de computadoras!

Con este fin la Unesco se esfuerza en crear el UNISIST, sistema mundial de información científica que está todavía en su fase preparatoria pero que contiene ya en germen la posibilidad de revolucionar todos los viejos criterios sobre el carácter mismo de los conocimientos científicos. Evidentemente, no se obligará a ningún país ni grupo de científicos a integrarse en el UNISIST, pero cabe esperar que, al aumentar en proporciones inmensas el fondo de datos y análisis disponibles, no habrá nadie interesado en un quehacer científico que resista a la tentación de recurrir al nuevo sistema mundial.

Por supuesto, al principio resultará asaz difícil acostumbrarse al nuevo tipo de participación y de comunidad que el UNISIST impondrá tanto a los individuos como a las naciones. Poco a poco irá desapareciendo la idea de que los descubrimientos personales son propiedad privada, objeto de lucro y de explotación, y empezará a verse en ellos un patrimonio de toda la humanidad, al servicio de todos los hombres.

La Unesco ha demostrado que este tipo de cooperación internacional es viable. Ciertamente es que la tarea de explorar el espacio la han asumido aisladamente unos cuantos países en virtud de sus propios programas y con cargo a sus presupuestos nacionales, pero no lo es menos que el hombre ha empezado a explorar ese otro gran abismo insondable que son los océanos en un empeño internacional concertado, de cuya organización se ha encargado la Unesco.

Primeramente se estudió el Océano Índico durante seis años. Barcos y

científicos de 25 países surcaron una y otra vez sus aguas recogiendo muestras, sondeando el fondo del mar, explorando sus corrientes, estudiando su fauna y su flora. Había grandes buques y pequeñas embarcaciones, complejos aparatos montados en verdaderos laboratorios flotantes y humildes botellas colgadas a babor y estribor de barcas de pesca, pero de todas partes aflúan los datos.

Hubo interesantes sorpresas. Por ejemplo, los científicos habían pensado siempre que una corriente muy fuerte y rápida —la llamada Corriente de Somalia— ascendía hacia el norte a lo largo de las costas orientales africanas. Pero nunca se había llegado a trazar en un mapa su exacto recorrido ni tampoco se había medido su velocidad. Pues bien, en la expedición científica al Océano Índico se descubrió que existía realmente esa corriente, pero al mismo tiempo se observó que, a diferencia de todas las demás que se conocen, desaparece durante la mitad del año. Cuando sopla el monzón del suroeste, sube hacia el norte a casi doble velocidad que la Corriente del Golfo. Pero cuando termina el monzón y se invierte la dirección de los vientos dominantes, la corriente se transforma en una suave deriva hacia el sur.

De hecho, se descubrió que los monzones actúan como una especie de gigantesco ventilador natural que se «enciende» y se «apaga». En vez de tener que limitarse a formular hipótesis acerca del efecto de los vientos sobre la corriente, los científicos pudieron por primera vez medirlos como si la ancha extensión del océano fuera un inmenso laboratorio.

TAMBIEN les interesaba descubrir la razón de que el Océano Índico produzca una cantidad de peces muy inferior a la de otros océanos. Por triste paradoja, ese océano baña los países más densamente poblados del globo, esto es, los que más vitalmente necesitan las proteínas que el pescado puede proporcionar. Los oceanógrafos descubrieron que, por motivos que todavía no se comprenden claramente, existen en ese océano capas de agua muy pobres en oxígeno que cuando afloran a la superficie ahogan la vida vegetal y animal.

Pero también descubrieron una enorme corriente ascendente de agua repleta de vida marina. El problema está en que para poder cosechar tal riqueza se requiere el material más moderno de pesca al arrastre. El resultado es que esa fuente de alimentos está a la vez incitantemente cerca y fuera del alcance de quienes más la necesitan y sólo podrán aprovecharse de ella los países ricos.

¿A quién pertenecen realmente la riqueza de los océanos, sus depósitos de minerales y sus demás recursos aun sin explotar? Todavía no se ha



FLOTAS INTERNACIONALES EXPLORAN LOS OCEANOS

Este diagrama fisiográfico del Océano Índico se basa en los sondeos que llevó a cabo una flota de 40 barcos de investigación durante la Expedición Internacional al Océano Índico (1959-1965), en la que participaron 25 países, con los auspicios de la Unesco y del Consejo Internacional de Uniones Científicas, conjuntamente. Por conducto de la Comisión Oceanográfica Intergubernamental, que creó en 1960, la Unesco colabora en una serie de investigaciones oceanográficas a cuya realización los países participantes contribuyen con 15 millones de dólares anuales y cuya finalidad es explorar una de las últimas regiones mal conocidas de nuestro planeta, los océanos, que abarcan las tres cuartas partes de la superficie de la tierra. En 1963, 14 barcos pertenecientes a 8 países estudiaron los efectos que los cambios de las corrientes oceánicas producen en los bancos de peces del Atlántico tropical. En 1964, 8 barcos de 6 países exploraron el Golfo de Guinea. En 1965, 36 barcos de 6 países comenzaron el estudio de la Corriente del Kuroshio —que en el Pacífico occidental tiene una importancia similar a la Corriente del Golfo— con objeto de averiguar cómo influyen sus variaciones en el clima y en la pesca.

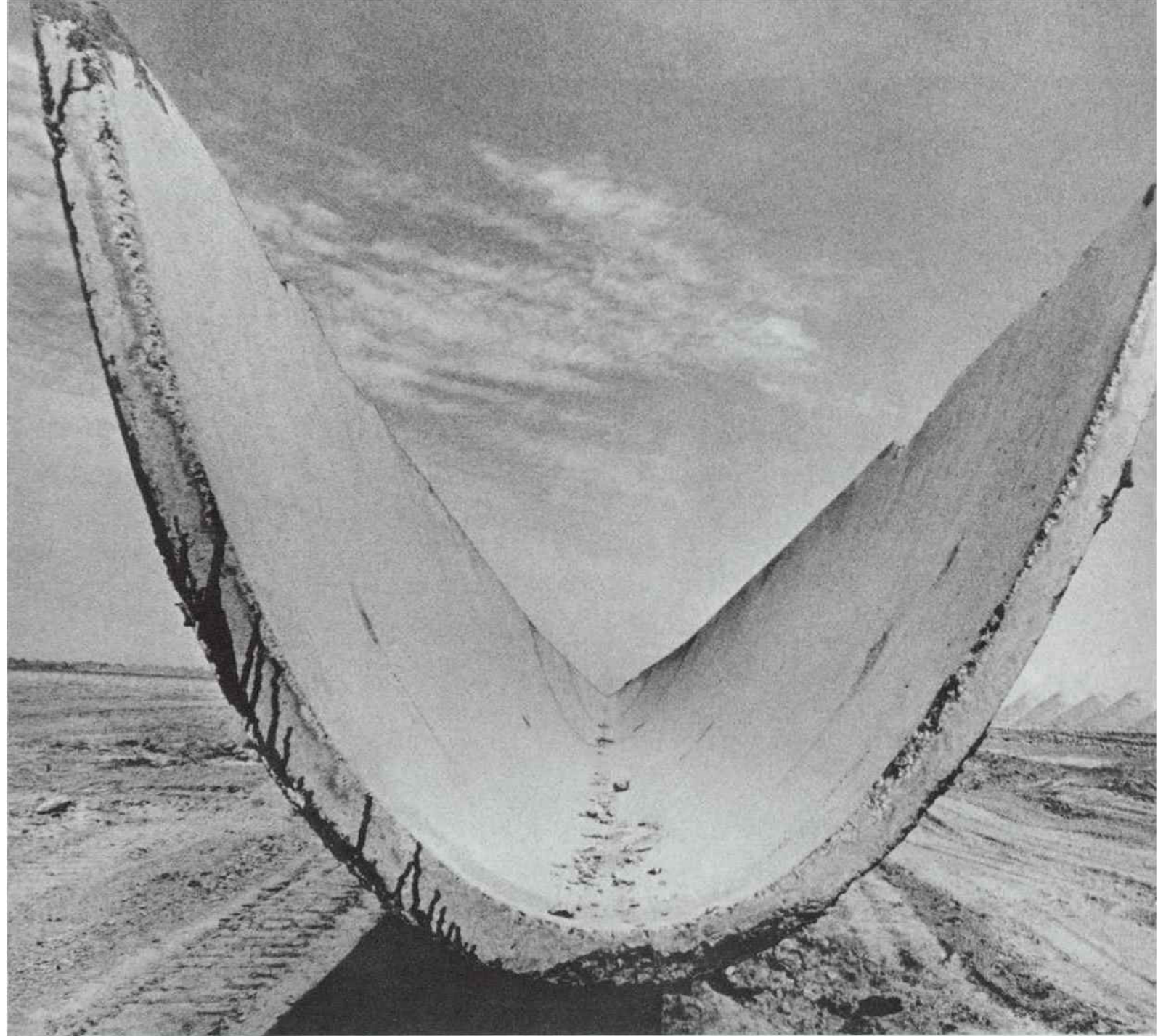




Foto © APN

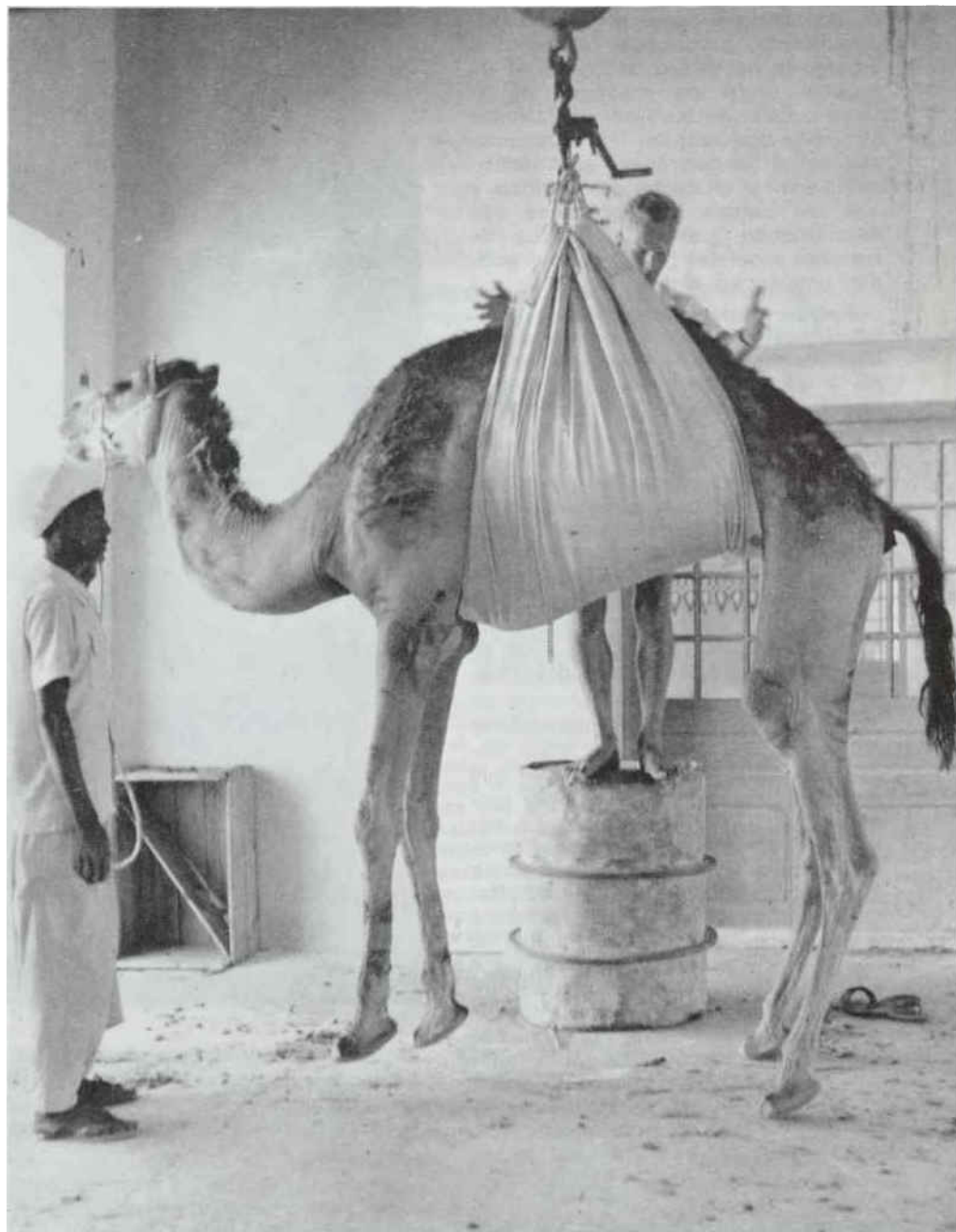


Foto © Schmidt-Nielsen

LAS TIERRAS ARIDAS UNA GRAN TAREA PARA LA HUMANIDAD

En 1948 la Unesco inició un programa internacional de investigaciones sobre las regiones áridas del globo, que representan un tercio de las tierras emergidas del mundo. Millares de científicos de unos 40 países colaboraron en la realización de numerosos estudios sobre temas que iban desde la exploración de las aguas subterráneas, la climatología y la energía del sol y del viento hasta la ecología vegetal, animal y humana. El Decenio Hidrológico Internacional, emprendido por la Unesco en 1965, es una prolongación de ese programa. La fotografía superior se refiere a las investigaciones efectuadas en 1954 en Argelia, con ayuda de la Unesco, sobre la capacidad de los camellos para sobrevivir largas jornadas en el desierto sin necesidad de agua. Al animal de la foto se le pesa tras ocho días de privación de agua. Foto de la izquierda : investigaciones sobre cultivos hidropónicos, es decir, que no necesitan de suelos. Un especialista norteamericano en árboles frutales observa los vástagos de manzano que han crecido en macetas de arena alimentada con soluciones nutritivas. En estos 25 años, la Unesco ha auspiciado diversos programas de investigaciones sobre la fisiología de las plantas. Asimismo, ha prestado atención al problema particular que constituye, para la irrigación de las tierras áridas, la presencia en ellas de suelos salinos y de aguas subterráneas salinas. En 1962 organizó en Tashkent una reunión de estudio sobre este tema, en colaboración con las Academias de Ciencias de la URSS y de Uzbekistán. Arriba a la izquierda: sección de un gran canal de riego de hormigón armado que se construye actualmente en el Asia central soviética.



Foto © Agence Intercontinentale, París

EL ESPIRITU QUE INQUIERE

(viene de la pág. 32)

Llegado en este punto a una solución satisfactoria, pero cada vez es más urgente la necesidad de concertar un acuerdo entre los miembros de la Organización de las Naciones Unidas a medida que avanzan las exploraciones en el Mediterráneo, el Atlántico meridional y el oeste del Pacífico y que los barcos oceanográficos van descubriendo grandes depósitos de riquezas minerales (como ocurrió accidentalmente en el Mar Rojo).

Aunque la munificencia de la naturaleza suele favorecer la codicia y el egoísmo de los hombres, la violencia y las amenazas del medio natural en que viven les aúnan también a menudo en un esfuerzo común de supervivencia, por encima de todas las posibles discrepancias. Cuando la corteza terrestre tiembla y se resquebraja en violentos terremotos, cuando los huracanes lo arrasan todo a su paso, parece como si quisieran lanzarnos a la cara toda nuestra impotencia ante su inmenso poder y entonces, como niños, buscamos refugio los unos en los otros, empavorecidos y desamparados.

Aunque la cooperación internacional no logrará nunca suprimir esos desastres naturales, es probable que algún día podamos predecirlos y prepararnos para hacerles frente. La sismología, ciencia relativamente nueva, es ya capaz de registrar y de describir las ondas de choque de los terremotos. Gracias a la Unesco esos resultados pueden ser conocidos por todos; lo que procede ahora es ensamblarlos e intentar averiguar las causas que provocan las erupciones y trastornos en la corteza terrestre. Una vez alcanzado este objetivo, el hombre podrá quizá predecir con exactitud cuándo y dónde va a producirse una de esas catástrofes con la antelación suficiente para que la población amenazada pueda ponerse a salvo.

Mientras llega ese día, la nueva rama de la investigación sismológica que conocemos con el nombre de ingeniería antisísmica se dedica a estudiar los planos y métodos de construcción de edificios a prueba de terremotos. Y es posible que, en un futuro próximo, las autoridades puedan prevenir a quienes viven en una zona de seísmos frecuentes para que evacúen sus casas durante unas cuantas horas y vuelvan a ellas una vez pasado el peligro sísmico.

En cualquiera de las ramas de la ciencia, la labor de investigación ha llegado a ser tan compleja que no hay ya país alguno que pueda por sí solo llevar a cabo todos los estudios necesarios ni disponer de la amplia gama de especialistas que para ellos se requieren. En el campo de la investigación nuclear, por ejemplo, el precio del material y de los especialistas es astronómico. De ahí que la Unesco haya comprendido desde hace mucho tiempo la necesidad de llegar a una cooperación internacional.

Por ejemplo, la Secretaría de la Organización coadyuvó a la fundación



de la Organización Europea de Investigaciones Nucleares (CERN), la cual se propone actualmente construir en Ginebra el mayor ciclotrón del mundo.

Los proyectos científicos de investigación en materia de ciencias de la vida pueden parecer menos impresionantes, pero de hecho resultan también extraordinariamente caros. Para estudiar la embriología de los mamíferos utilizando ratones en un laboratorio es preciso recurrir a la vez a la biología, a la química, a la mecánica de los fluidos —en relación con las placetas artificiales—, a la electrónica más compleja, etc., etc.

Las investigaciones sobre las células y sobre el cerebro exigen contar con más dinero que Creso y con centenares de investigadores que se dediquen laboriosamente a acumular detalles, descubriendo nuevas sustancias químicas, perfeccionando técnicas muy complicadas, modificando sutilmente teorías ajenas, etc. Se trata, en verdad, de tareas de alcance mundial y no local.

Aunque las metas de la ciencia moderna puedan parecernos revolucionarias, si queremos llegar a comprender mejor y a reconstituir los fenómenos que han dado origen a nuestra propia vida, es preciso que actuemos como un todo único y como una mente científica unificada. ■

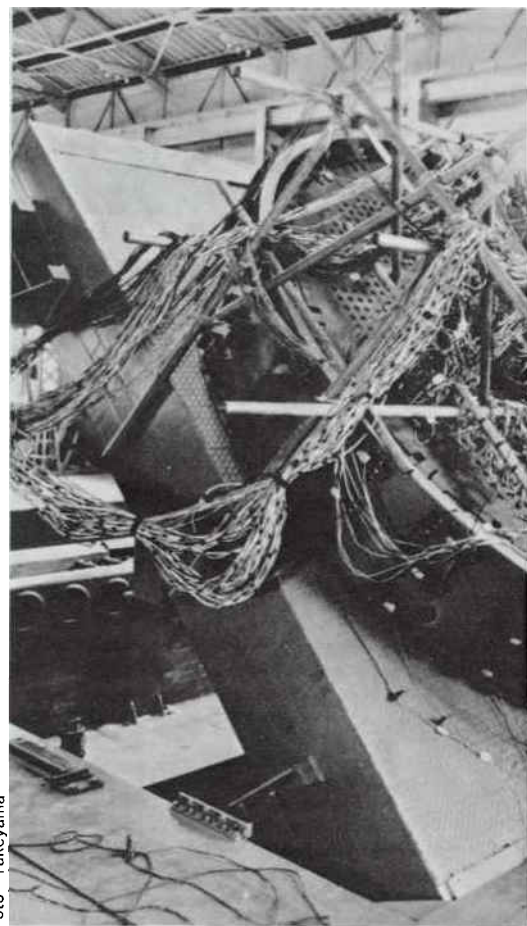


Foto Takeyama

CONTRA LAS CATASTROFES NATURALES

La ya larga labor de la Unesco en el ámbito de la ciencia comprende un vasto programa para el estudio y la prevención de las catástrofes naturales tales como terremotos, maremotos, inundaciones y erupciones volcánicas. La Organización cuenta con un equipo internacional de especialistas en desastres naturales a los que en cualquier momento puede pedir que se trasladen inmediatamente a una zona determinada para estudiar las características de la calamidad que sobre ella se ha abatido. En la fotografía de la izquierda, Haroun Tazieff, el vulcanólogo de fama mundial, observa la erupción del Irazú, en Costa Rica, durante una misión de urgencia organizada por la Unesco. Hasta 1970, más de 20 misiones enviadas por ésta han realizado estudios en las regiones afectadas por terremotos, entre ellas las de Skoplje (Yugoslavia), Ancash (Perú) y Dasht-e Bayaz (Irán). Por ser Japón uno de los países con mayor experiencia en ingeniería antisísmica, la Unesco creó en Tokio, con la colaboración del Fondo Especial de las Naciones Unidas, el Instituto Internacional de Sismología e Ingeniería Antisísmica. Abajo a la izquierda, un aparato generador de vibraciones perteneciente al Instituto Japonés de Investigaciones sobre la Construcción, que utilizan frecuentemente los estudiantes del Instituto Internacional. Asimismo, la Unesco ha contribuido a la creación del Centro Sismológico Internacional de Edimburgo, en Escocia, cuya misión es coleccionar y tratar los datos obtenidos por más de 600 observatorios de todo el mundo. La previsión y prevención de las inundaciones constituyen otro sector de las actividades de la Unesco encaminadas a la protección contra los desastres, sector que está vinculado con el programa del Decenio Hidrológico organizado con los auspicios de la Unesco. A este respecto, señalemos que el modelo matemático creado por ésta en forma de una computadora y del programa correspondiente para el desarrollo del delta del río Mekong se ha utilizado para la previsión de inundaciones en Camboya. Abajo, remeros en el Mekong.

Foto © Haroun Tazieff

Foto © Raymond Cauchetier, París

¿Extinción del espíritu?

HOY nos debatimos en un medio hostil y cargado de agentes mortíferos y nos aferramos a la superficie de esta gran bola de rocas que llamamos tierra. Por una serie de coincidencias todavía no explicadas, hace unos tres mil millones de años empezó a formarse alrededor de esa bola una frágil y fina capa.

Al incidir sobre ella la energía del sol, fueron reuniéndose las condiciones necesarias para el nacimiento de la vida y para su complejo mantenimiento. Aparecieron así el agua y el oxígeno y, como resultado de ellos, las plantas. Vino luego la vida animal y por último, coronando toda esa evolución, el hombre. De este modo, cada grupo de seres vivos fue transmutándose para servir de base al siguiente y todos ellos quedaron ensamblados en un delicado equilibrio.

Esa capa fina y milagrosamente organizada —la biosfera— parecía inagotable y sumamente acogedora, hasta que el hombre, llegado al apogeo de su inteligencia, descubrió que estaba despilfarrando o poniendo en peligro los recursos que aquella le ofrecía.

Nadie sabe aun cuáles son las consecuencias exactas que en ella tiene una explosión atómica o el envío de un cohete al espacio. Ignoramos en qué momento preciso quedarán agotados los recursos gracias a los cuales nos mantenemos en vida, nuestra provisión de agua y de oxígeno, y cuándo empezarán a morir las plantas.

Mucho antes de que la ecología se convirtiera en un tema a la moda, los científicos se habían dado ya cuenta de que el hombre está jugando con su destino, apurando y desperdiciando de una manera desatentada y suicida unos recursos preciosos. Comprendían sobre todo que ningún país puede proteger individualmente y por sí solo su biosfera. Evidentemente, hay países que contaminan mucho más que otros, que explotan y desorganizan comparativamente más la naturaleza, pero el resultado es que todos sufren las consecuencias.

Los trabajos oceanográficos organizados por la Unesco han puesto claramente de manifiesto que el propio océano está a punto de convertirse

en una verdadera cloaca. Arrojar en su seno profundo un simple puñado de basura puede parecer inofensivo, pero ¿cómo saber hasta dónde llegará esa microcontaminación y cuáles serán sus efectos sobre la pureza y la limpieza de las aguas? Basta con tener presente lo que les ocurre a los peces de un estanque si en él dejamos caer un pedazo de cobre o, peor aún, si vertemos en el agua una dosis infinitesimal de mercurio orgánico. Quizá los peces y las algas sobrevivan, pero concentrando en su organismo el producto contaminante en forma tal que quienes los consuman resultarán envenenados.

Poner en regadío una gran extensión de tierras áridas en esta o aquella región puede parecer un gran progreso. Pero ¿cuáles serán las consecuencias para el clima del país vecino? Por cada fácil «progreso» obtenido en uno de los sistemas de la biosfera, pagamos un precio en algún otro.

El DDT y otros hidrocarburos clorados forman hoy parte de nuestra vida cotidiana. Gracias a ellos han desaparecido los insectos que propagan el tifus y el paludismo y las plagas que arruinan las cosechas. Han librado incluso a nuestras ropas de la destructora polilla. No tiene por ello nada de particular que se hayan encontrado vestigios de DDT hasta en los pingüinos de la Antártida, los cuales lo han asimilado, a pesar de la distancia, por conducto de los peces y de las plantas marinas. No hace falta ser un lince para concluir que la misteriosa desaparición de colonias enteras de aves acuáticas tiene el mismo origen y la misma causa.

Ayudados por el hombre, los plaguicidas se están creando en nuestro mundo su propio pequeño ecosistema. Recordemos el caso curioso de esas aves de corral que nunca habían traspasado los límites de su gallinero y en cuyo organismo había, sin embargo, elementos de DDT. ¿De dónde procedían tales elementos?

La explicación del fenómeno podría recordar una canción de cuna para niños malos: el labrador roció la tierra con productos químicos, el viento y la lluvia vinieron y los barrieron hacia el mar, las plantas marinas los absorbieron, los peces se comieron las plan-

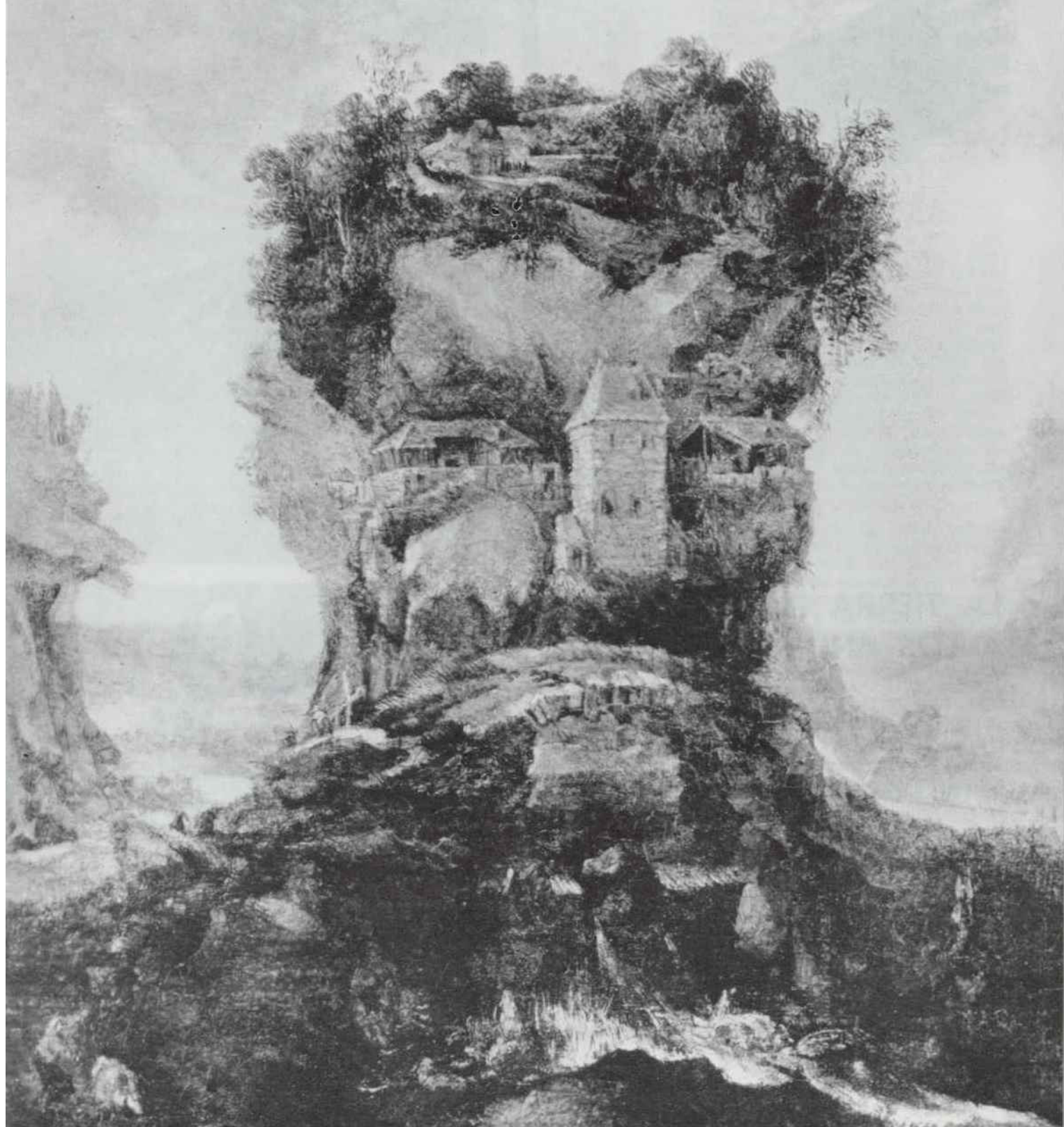
tas, los pescadores capturaron los peces, con los peces se hizo harina de pescado y, finalmente, esa harina fue comprada por el labrador de marrras. Quedó así perfectamente cerrado el ciclo: a lo largo de él los productos químicos fueron contaminándolo todo a su paso.

Lo más tremendo de todo esto es que los plaguicidas han terminado por formar parte del ciclo de los vientos y de la condensación del agua, es decir, del ciclo hidrológico. Incorporado a la más insignificante gota de agua, el agente contaminador puede llegar literalmente a cualquier punto del globo y depositar su letal carga a miles de kilómetros del lugar de origen. Hasta el momento el ciclo hidrológico ha sido creador y portador de vida. Ahora tenemos que estudiarlo y preservarlo cuidadosamente para que no se convierta en mensajero de muerte.

LA Unesco ha decidido consagrar un decenio entero al estudio de la hidrología en todo el mundo. ¿De cuánta agua disponemos exactamente? ¿Dónde se encuentra? ¿Cuánto durarán, al presente ritmo de utilización, las existencias actuales? Si fundiéramos parte de los casquetes polares, ¿en qué proporción podríamos aumentar esas existencias sin que subiera el nivel de los océanos?

Hay todavía en el mundo enormes reservas de agua sin aprovechar. Así ocurre, por ejemplo, con la cuenca del alto Paraguay en el Mato Grosso (América del Sur). Esta inmensa zona, conocida con el nombre de Pantanal, es una sucesión de ciénagas que abarcan una superficie casi tan grande como la de Francia. Actualmente, en virtud de un proyecto conjunto de la Unesco y del gobierno del Brasil, se está estudiando la región con el fin de evaluar sus reservas de agua dulce y de utilizarlas para el desarrollo, no sólo en beneficio del Brasil sino también de Bolivia y de Paraguay.

Para distinguir un país industrializado y desarrollado de otro todavía en desarrollo hay un medio, uno más: calcular la cantidad de agua que en él se consume por habitante. A este respecto, quizá en los países ricos de-





LA TIERRA PERTENECE TAMBIEN A LOS ANIMALES

Esta cigüeña, salvajemente utilizada como blanco para sus ejercicios de puntería por algún vandálico cazador de Austria, tuvo que buscar alimento para su cría antes de que los veterinarios retiraran la flecha que le atravesaba el pecho. La conservación de la vida animal y de los recursos naturales ha constituido una de las principales preocupaciones de la Unesco. En este sentido ha colaborado estrechamente con la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y de los Recursos Naturales y con la FAO. En 1957, la Unesco envió una misión a las Islas Galápagos para que estudiara la manera de preservar su riqueza zoológica, única en el mundo. Como resultado, se creó la Fundación Charles Darwin y en 1964 se inauguró, gracias a la ayuda de la Organización, un centro de investigaciones biológicas. Una misión de la Unesco encabezada por Sir Julian Huxley efectuó en 1960 investigaciones sobre la conservación de los animales salvajes y de los recursos naturales en África central y oriental. El Centro Regional de la Unesco para la Ciencia y la Tecnología de Nairobi (Kenia) colabora actualmente con diversos gobiernos africanos en la solución de sus problemas de conservación del medio.

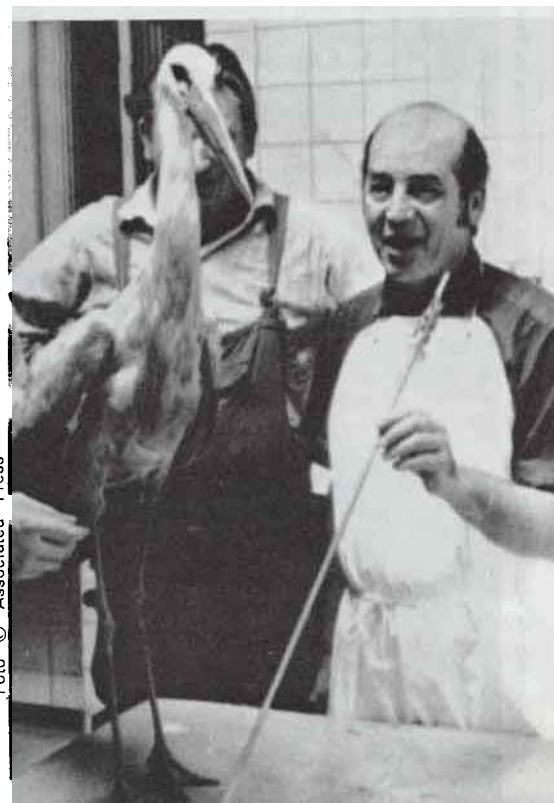


Foto © Associated Press

¿EXTINCION DEL ESPIRITU?

(viene de la pág. 38)

biera sustituirse la vieja expresión «el dinero se va como el agua» por esta otra: «el agua se va como el dinero». Esos países siguen consumiendo tranquilamente las reservas de agua de que disponen como si fueran inagotables.

La conclusión a sacar de todo ello es que debemos aprender a conocer y a administrar todas las riquezas de la tierra, en vez de considerarnos y de actuar como sus implacables y desatentados dueños. Hoy, gracias a los satélites, podemos contemplar la faz de nuestro planeta y ver regiones enteras despojadas de toda vegetación, roídas por la salinidad y completamente estériles. Podemos también descubrir desde ellos las tendencias meteorológicas generales.

En suma, toda la biosfera se presenta así a la observación de los hombres, que pueden estudiarla detenidamente. La Unesco se preocupa actualmente en impulsar esta labor de observación y análisis y actúa como centro de coordinación al servicio de los distintos países para ayudarles a organizar la conservación de sus recursos naturales.

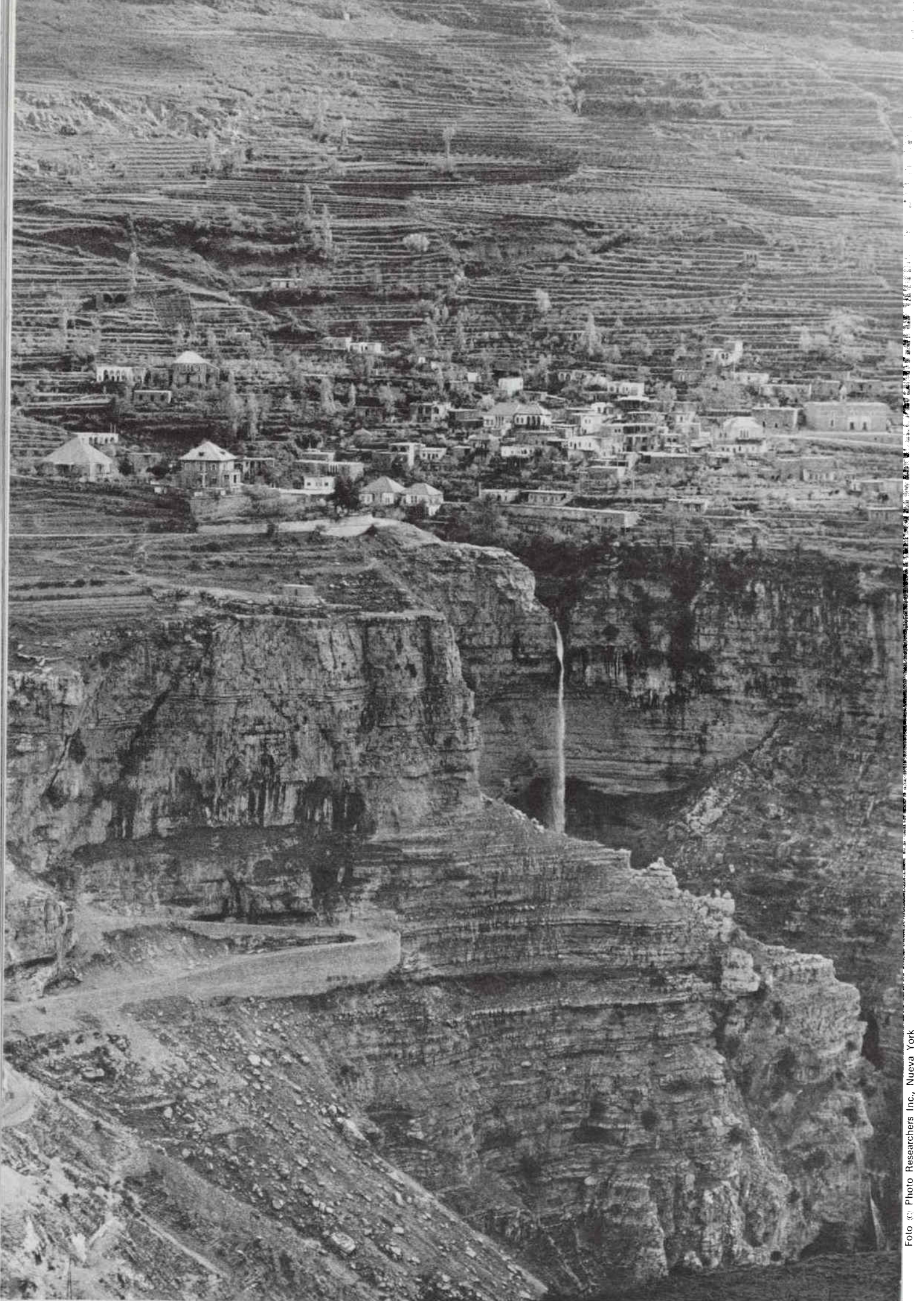
Otro objetivo que hoy se persigue: descubrir las «señales de alarma» indicadoras de que el hombre ha traspasado los límites de lo permitido y amenaza el equilibrio general de la naturaleza. Se trata de algo parecido al sistema de alarma utilizado en otros tiempos por los mineros: llevar consigo a las galerías canarios que, al empezar a presentar síntomas de asfixia, les advertían de la necesidad de ponerse a salvo inmediatamente. Hoy, cuando tienen lugar cambios naturales importantes o una especie determinada corre el peligro de desaparecer, se producen quizá señales similares. Lo que necesitamos es aprender a identificarlas y a interpretarlas.

Tal vez hayan de pasar todavía muchos años antes de que la Unesco aporte su principal contribución a la ecología, la cual consistirá en la preparación de acuerdos internacionales que protejan a los países contra la mutua contaminación. Para que ello sea factible, los gobiernos tendrán que comprender y aceptar la necesidad de un sistema de inspección y de vigilancia internacional sin el cual no podremos sobrevivir.

Pero todos los acuerdos imaginables resultarán estériles si no se aborda francamente el problema básico. Toda la contaminación del mundo tiene una causa radical: el hombre mismo. Ahora bien, la población mundial va a duplicarse antes del año 2000. Ello significa que, por muy ingeniosas que sean las soluciones propuestas por los científicos para luchar contra ella, la contaminación se habrá convertido para entonces en un fenómeno irremediable. Los hombres seremos como conejos enjaulados con reservas limitadas de alimentos y viviremos sobre nuestro propio estiércol, reproduciéndonos a un ritmo delirante y exasperados por la lucha

SIGUE EN LA PAG. 43

Fotos © Gamma



¿EXTINCION DEL ESPIRITU?

(viene de la pág. 41)

cotidiana para conseguir el agua y la comida indispensables.

Tal perspectiva no es nada alentadora, pero se convertirá en abrumadora e inevitable realidad si no frenamos el crecimiento demográfico. Es muy fácil hablar de contaminación industrial, de envenenamiento químico, de despilfarro de recursos, etc. De todo ello podemos echar la culpa a los demás. Pero, en lo que atañe a la amenazadora «bomba demográfica», no hay más responsables que nosotros mismos. Y nadie podrá resolver el problema salvo quienes sienten suficiente respeto por sus semejantes como para no engendrar sino un número limitado de hijos.

Todas las actividades de la Unesco relacionadas con la ecología se inspiran más o menos en la tesis de que no basta con que el hombre reciba de su medio una ración de alimentos y una pequeña parcela de tierra. Al fin y al cabo, el ser humano es algo más que un conejo. Ello entraña que hay que dar también calidad a su vida y que en su mundo debe disponer de espacio para moverse, de perspectivas visuales, de colores, estímulos y afectos que constituyen la sal de la existencia. De otro modo, vivirá simplemente como un animal y no merecerá llamarse hombre.

A pesar de la labor de los científicos de todo el mundo, a pesar de los esfuerzos de la Unesco, si seguimos contaminando nuestro planeta y devastándolo como hasta ahora, nosotros y nuestros hijos nos despertaremos día tras día con el amargo deseo de no haber nacido nunca. ■

Hubo una época en que los inmensos bosques de cedros cubrían cerca de medio millón de hectáreas de la superficie del Líbano. Los fenicios y las civilizaciones posteriores los talaron para construir las galeras de sus flotas hasta que no quedaron sino cuatro bosquecillos de cedros en el país. Gracias al «Plan verde» del gobierno libanés, se ha emprendido un amplio programa de repoblación forestal. Por todo su territorio se están plantando cedros y pinos en terrazas formadas en las laderas rocosas, como las de los acantilados de piedra caliza del valle del Abu Ali (izquierda). La Unesco ha desempeñado un papel fundamental en la campaña para alertar a la opinión mundial acerca de la importancia que tiene la conservación de los recursos naturales. En septiembre de 1968, la Organización convocó, conjuntamente con las Naciones Unidas, la FAO, la OMS, el Programa Biológico Internacional y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y de los Recursos Naturales, la primera conferencia mundial sobre el aprovechamiento racional y la conservación de los recursos naturales de la biosfera. Como resultado de dicha reunión, la Unesco está preparando un programa internacional a largo plazo sobre «El hombre y la biosfera» a fin de estudiar los problemas de orden científico, técnico, educativo y organizativo que plantean el uso racional de los recursos naturales y el mejoramiento del medio.

EN LA MENTE DE LOS HOMBRES

En la mente de los hombres es el título del volumen conmemorativo del vigésimoquinto aniversario de la Unesco. Este libro, que lleva un prefacio del Director General de la Organización, Sr. René Maheu, contendrá textos de catorce personalidades eminentes del mundo de la educación, la ciencia y la cultura, que han colaborado estrechamente en la obra de la Unesco. Presentamos a continuación unos cuantos fragmentos de esos trabajos.

ACTORES Y NO ESPECTADORES

La Unesco no es una academia de estudios, ni un laboratorio de ciencia, ni una tribuna de teorías; es un organismo de acción, de cooperación y de asistencia en los sectores de su específica competencia para cumplir en todo el mundo un vasto programa explícitamente declarado y voluntariamente asumido por los Estados que lo componen. Los Estados no han creado la Organización, ni concurren a sus asambleas, para convertirse después en espectadores de una acción en la cual han de ser los actores principales.

ATILIO DELL'ORO MAINI
Presidente de la Conferencia General de la Unesco (1970)

LA «REVOLUCION DE LA EDUCACION»

En los últimos veinticinco años se ha producido una verdadera «revolución de la educación» esencialmente de carácter cuantitativo. Ahora lo importante es que la calidad se ponga a la altura de la cantidad. En todo el mundo los sistemas de educación necesitan renovarse y transformarse. Los nuevos horizontes abiertos por el nuevo concepto de educación permanente imponen cambios radicales en todas las sociedades. En este proceso que va a desarrollarse durante el presente decenio, el papel de la Unesco como catalizadora de las innovaciones y como impulsora de la cooperación regional e internacional puede ser de suma importancia.

PREM N. KIRPAL
Presidente del Consejo Ejecutivo de la Unesco

LA COMUNICACION COMO MEDIO PARA COMPRENDERSE

Los intentos de comunicación entre los países fracasan a menudo y algunas veces engendran sentimientos de frustración y hasta de cinismo. Incluso cuando dan resultado, esas tentativas exigen generalmente mayor energía y paciencia que la comunicación considerada dentro de las fronteras de cada país. ¿Cómo se explica, entonces, que el ideal de la comunicación intelectual entre las naciones, a pesar de la resistencia y hostilidad que suscita, ejerza una fascinación tan grande?

Es innegable que la comunicación internacional representa una esperanza de paz. Pero aun en el caso de que se vea coronada por el éxito, no puede

por sí sola constituir una garantía de paz. ¿No hemos visto que las naciones de Europa occidental se comunicaban libre y abiertamente entre sí durante los largos años en que se entregaban a guerras suicidas? Pero no es menos cierto que, a juzgar por el pasado, la formación de mitos nacionales, el afán de despersonalizar al enemigo, la deformación de sus intenciones e incluso de sus declaraciones más sencillas, la incapacidad para admitir que los seres racionales pueden —en función de su historia— tener una visión diferente de las cosas, constituyen factores que han contribuido a la guerra. Es verdad que el conocimiento no basta para asegurar la paz, pero es obvio que puede atenuar los pretextos de guerra.

CHARLES FRANKEL
Profesor de Filosofía en la Universidad Columbia, Nueva York

MIL FACETAS DE UN IDEAL

Asia es un continente inmenso cuya población, que era ya de mil millones de habitantes en la época en que se creó la Unesco, se ha duplicado. Además, comprende una diversidad de pueblos y naciones en los que existen ideologías socialistas, liberales y de tipo mixto y esas grandes religiones históricas que son el budismo, el hinduismo, el islam y el cristianismo. Finalmente, Asia es una sola por sus valores culturales y por la lucha que libra contra la pobreza. La Unesco ha debido tener en cuenta las tres características fundamentales de Asia: su inmensidad, su diversidad y su unidad.

MALCOM S. ADISESHIAH
Antiguo Director General Adjunto de la Unesco

TODO, PERO PARA TODOS

La Unesco no es un ministerio mundial de educación. Pero ha podido insistir constantemente en la «no discriminación» de la educación, idea que se basa en verdades morales indiscutibles. De modo incesante hace hincapié en la no discriminación, repitiendo infatigablemente que es preciso que sean efectivos todos los derechos que pueden ser efectivos, en beneficio de quienes tienen la piel negra como de los que la tienen blanca, en beneficio de las muchachas como de los jóvenes y siempre sin distinciones de religión.

LIONEL ELVIN
Antiguo Director del Departamento de Educación de la Unesco

El espíritu creador

NO hace todavía mucho tiempo, la «cultura» era un lujo reservado para los ricos y los ociosos. Era la época en que a ciertas culturas se las consideraba «primitivas» y en que las capitales de Europa fijaban las normas de la «verdadera» cultura que los «indígenas» del resto del mundo no tenían más que imitar. Aún perduran estas ideas en ciertas regiones del mundo. Las viejas concepciones son difíciles de desarraigar.

En el siglo XIX se podía ser persona culta sin conocer nada en absoluto de la historia y la literatura africanas u orientales. Las cosas han cambiado desde entonces. Ya Whistler copiaba la técnica japonesa del grabado en madera y, más tarde, las estatuillas africanas inspiraron a Picasso un nuevo sentido de la línea y de los volúmenes. A través de ellos, el hombre occidental empezó a apreciar un arte que aún no conocía en sus obras originales hasta que la Unesco decidió abrir algo más importante que las rutas comerciales entre Oriente y Occidente: las rutas de la mutua comprensión en la esfera de la literatura y de las artes.

Una cohorte de traductores emprendió la tarea de verter al francés y al inglés las novelas, poemas y relatos más importantes escritos en árabe, birmano, cingalés, coreano, chino, indonesio, iranio, hebreo, japonés, paquistaní, tailandés, vietnamita, los idiomas de la URSS aparte del ruso, y las lenguas de la India, entre ellas el sánscrito, el hindi, el bengalí, el urdu y el tamil. También gracias a la ayuda de la Unesco se han traducido al inglés textos búdicos escritos en pali, así como una colección muy poco conocida de «Libros sagrados de Oriente» de origen sánscrito, pali y chino.

Pero esta labor no se ha realizado en una sola dirección. En efecto, también se ha traducido Dickens al birmano, Plutarco al chino, Sófocles y Molière a diversas lenguas indias, Descartes y Rousseau al árabe, Nietzsche al persa, Shakespeare al tailandés, Voltaire al vietnamita, etc.

Ahora bien, un relato clásico japonés del siglo XIII o una historia shakespeareana del XVI no pueden decirnos gran cosa sobre la sensibilidad japonesa o británica del siglo XX. De ahí que para que el proceso sea completo convenga incluir también obras de escritores contemporáneos.

Escoger textos clásicos para su traducción es relativamente fácil. En cambio, elegir unos cuantos entre los centenares de escritores de nuestra época e invertir dinero en traducir y editar obras que probablemente no van a tener éxito comercial exige entablar largas conversaciones y debates en el seno de comisiones integradas por algunos de los especialistas más competentes de todo el mundo.

En 1960 la Unesco subvencionó la publicación de una antología poética en la que se incluían numerosas obras del poeta griego Georgios Seferis. Casi totalmente desconocido fuera de su país, Seferis recibió en 1963 el Premio Nobel de Literatura. ¿Acierto puramente fortuito de la Unesco? La respuesta debe ser negativa si se piensa que en 1956 la Organización había encargado la primera traducción inglesa de *País de nieve*, novela del japonés Yasunari Kawabata, quien iba a obtener el Premio Nobel en 1968.

Todas las traducciones que en el mundo se publican, tanto de textos clásicos como modernos, la Unesco las cataloga en un volumen de un espesor análogo al de una guía telefónica que lleva el impresionante título de *Index Translationum*. En él figuran las obras de todos los países y culturas traducidas a los diversos idiomas del mundo.

Las diferencias lingüísticas pueden constituir el obstáculo más difícil de superar cuando se trata de compartir un patrimonio cultural, pero también cabe que surjan otras complicaciones para la comprensión mutua.

Por ejemplo, la música, a primera vista un lenguaje tan universal como la sonrisa, tiene su vocabulario propio.

Pero en este caso no existe diccionario alguno que explique las diferencias de significado. El único modo que tiene el oído occidental de empezar a «oír» la música oriental consiste en escuchar una y otra vez algo que al principio puede parecerle un revoltijo de ruidos y lamentos. A su vez el oído oriental tendrá que abrirse paso entre el estrépito, para él indiferenciable, de las sinfonías beethovenianas. Todo ello requiere tiempo, pero siempre acaba por descubrirse la belleza y la grandeza de «lo otro».

La música occidental suele tener una amplia difusión en Oriente. En cambio, hasta que a la Unesco no se le ocurrió preparar una antología de la

música oriental (japonesa, tibetana, india, irania, etc), los occidentales no tenían muchas ocasiones de escucharla. Ante la buena acogida que recibieron esos discos, la Unesco preparó otros análogos con música africana a fin de darla a conocer en el mundo entero.

La única forma de arte que no requiere traducción —a no ser en mínima medida— es la pintura. Cuando un gran artista ve el mundo de un modo nuevo, cambia la visión del mundo entero. En los países opulentos, sus habitantes tienen a su disposición museos repletos de tesoros y libros de arte espléndidamente editados. En los países en vías de desarrollo, en cambio, el acceso al mundo de la pintura es muy limitado.

Pensando en ello la Unesco ha creado su «museo sin paredes», que consiste en varias exposiciones ambulantes de reproducciones y en dos voluminosos catálogos de las mejores reproducciones en color de pinturas de todos los tiempos. Incluso en los países donde se imprimen gran cantidad de libros de lujo, a ningún editor le resultaría muy rentable publicar volúmenes completos sobre las miniaturas persas de la Biblioteca Imperial, los manuscritos iluminados de Etiopía o los mosaicos bizantinos y los frescos de Chipre. Por ello la Unesco se ha esforzado también en darlos a conocer, concediendo subvenciones para su publicación.

TODOS estos proyectos han tenido por objeto la cultura en la escala más amplia posible. Pero uno de los rasgos que hacen que la cultura mundial sea tan fascinante es su maravillosa diversidad y, en muchos casos, la singularidad de ciertas regiones o de ciertas sensibilidades.

Un país que no tiene un «talante cultural» característico es como una persona sin rostro. Como cualquier otra expresión de la personalidad, ésta nace y crece paralelamente a la conciencia de sí mismo y, privada de estímulos, puede perderse irremisiblemente.

Cuando se fundó la Unesco, uno de sus cometidos principales consistió en convencer a los países asolados por la guerra de la necesidad de no descuidar su patrimonio cultural en su

Año tras año, la Unesco ha multiplicado sus actividades destinadas a fomentar el desarrollo de las facultades creadoras y a ampliar las posibilidades de acceso del público a la cultura artística. Entre esas actividades cabe citar la organización de exposiciones ambulantes, la publicación de álbumes, libros de bolsillo y diapositivas de arte, así como de catálogos de reproducciones de pintura, traducciones de obras maestras de la literatura y obras de síntesis sobre la relación entre las artes y la vida, y la grabación de discos de música. Con el afán de promover nuevos programas de educación artística propios para estimular el espíritu creador en todas sus formas, la Unesco colabora estrechamente con importantes organizaciones internacionales no gubernamentales. Así, con el Instituto Internacional de Teatro ha emprendido la tarea de desarrollar la investigación y la enseñanza en el marco de las escuelas de arte dramático; con el Consejo Internacional de la Música se ocupa en difundir el conocimiento de la música occidental, oriental y africana; con la Asociación Internacional de Artes Plásticas ha convocado para noviembre de 1971 un concurso de carteles entre los jóvenes de 15 a 25 años de edad, sobre el tema «Un mundo digno de ti». En 1972 la Unesco organizará un coloquio de artistas jóvenes para que expresen sus opiniones sobre los problemas de la creación y el porvenir de las artes. En materia de educación artística, es preocupación constante de la Unesco informar al aficionado y restituir al artista el lugar que le corresponde en la sociedad.

Foto © The Merrill-Palmer Institute, Donna J. Harris





GEORGIOS
SEFERIS
(nacido en 1900)



YASUNARI
KAWABATA
(nacido en 1899)



AL-GHAZALI
(1058-1111)



CERVANTES
(1547-1616)



J.J. ROUSSEAU
(1712-1778)



GALILEO
(1564-1642)



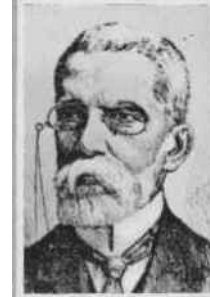
JOSÉ MARTÍ
(1853-1895)



TOLSTOI
(1828-1910)



LEIBNITZ
(1646-1716)



J.M. MACHADO
DE ASSIS
(1839-1908)

Centenares de obras maestras de la literatura mundial

Más de 400 traducciones de obras maestras de la literatura publicadas hasta la fecha y otras 70 en preparación: tal es el balance del programa de traducciones que la Unesco inició en 1948 y del que puede sentirse orgullosa. Su finalidad es fomentar la comprensión mutua entre los países, poniendo al alcance de todo el mundo traducciones de obras clásicas y contemporáneas. Las comisiones especializadas de la Unesco realizan cada año decenas de versiones de obras pertenecientes a literaturas injustamente poco conocidas fuera de sus propias regiones lingüísticas. Dado que el mundo occidental ignora con frecuencia las grandes literaturas de Asia y Africa, es lógico que muchas de esas obras se traduzcan al francés y al inglés. A su vez, los más notables escritores de Occidente son vertidos a numerosos dialectos y lenguas de Asia.

Todas las fotos son de la Unesco, salvo las de Seferis (© Keystone, París), Tolstói (Museo Tolstói, Iasnáia Poliana, URSS), Tagore (© Rabindra Sadana, India), Tulsi Das (© Prasad Miste, India) y Monteiro Lobato (© Larousse, París).

EL ESPIRITU CREADOR (viene de la pág. 44)

labor de reconstrucción. La realidad es que casi todos los gobiernos afirman que destinarán fondos a la cultura únicamente cuando queden zanjados los demás problemas... Pero ese momento no llega nunca.

¿A qué se debe que un país determinado experimente una formidable explosión de energía creadora en una época dada, cuando sus artistas brillan con especial esplendor? ¿Cuáles son las fuerzas que crearon la Florencia del Renacimiento? ¿A qué factores se deben las obras maestras de la dinastía Tang en China? ¿Cuál es la fuente en que se nutrió el esplendor azteca? Para volver a crear las condiciones que favorecieron esa plenitud creadora es preciso estudiar antes la cultura, no instalándola en un pedestal como un lujo caprichoso, sino concibiéndola como parte integrante de la vida de una civilización.

A lo largo de los siglos, la ciencia misma ha formado parte de la cultura. Un automóvil bellamente diseñado es una expresión cultural de valor idé-

ntico al de un carro faraónico. En cuanto consideramos la cuestión desde este punto de vista, desaparece el viejo esnobismo que suele dominar en el ámbito de las artes y empieza a ser posible una organización racional de la cultural nacional.

No es en modo alguno fortuito que en la Unesco la cultura se halle estrechamente vinculada con las ciencias sociales. Antes de comenzar a esbozar una política cultural para esta o aquella región del mundo, hay que estudiar de modo sistemático su pasado y sus costumbres. Tal ha sido, en parte, la finalidad de la ingente *Historia de la Humanidad. Desarrollo cultural y científico*, en seis tomos.

Basta con leer el título para hacerse una idea de la envergadura de semejante empresa. Pero lo más importante era evitar cualquier posible prejuicio nacional o personal. Con ese fin, varios equipos internacionales de especialistas pusieron en común su competencia y sus conocimientos para tratar de dar una visión global de la aven-

tura humana, pero conservando cada uno sus opiniones y teorías propias en su respectiva especialidad.

Actualmente se están preparando otras obras de carácter más específico sobre las culturas de América Latina, Oceanía, Malasia, India y el mundo árabe. Una de las más ambiciosas es la *Historia general de Africa* en ocho volúmenes, que estudiará el continente desde su prehistoria hasta el momento presente.

Normalmente, la redacción de una Historia obliga a buscar documentos en polvorientas estanterías. En este caso, el único modo de conseguir el necesario material histórico y social consiste en escuchar y recoger el caudal de relatos y de cuentos populares que se han ido transmitiendo oralmente a lo largo de los años. Se trata de una Historia que nace directamente de una tradición oral viva, y aunque el tiempo y la imaginación de la gente hayan deformado los detalles secundarios, el espíritu del pasado está allí, inmediatamente tangible.

Se han traducido obras de más de sesenta literaturas, unas cuarenta de las cuales corresponden a lenguas asiáticas y veinte a europeas, así como de las literaturas no esclavas de la Unión Soviética y de varias literaturas africanas. Algunas de las versiones están destinadas a un público amplio y se han publicado en ediciones de bolsillo con grandes tiradas. Por otra parte, el programa contempla la publicación de manuales de introducción a las literaturas de las principales culturas asiáticas escritos por destacados especialistas. Como demuestran los retratos de estas páginas, los escritores escogidos para las traducciones constituyen una amplia muestra del Parnaso literario mundial. La Unesco eligió para su traducción obras de los dos primeros, Georgios Seferis y Yasunari Kawabata, antes de que obtuvieran el codiciado Premio Nobel de Literatura.



DANTE
(1265-1321)



TARASS CHEVTCHENKO
(1814-1861)



SHAKESPEARE
(1564-1616)



DOMINGO F. SARMIENTO
(1811-1888)



RABINDRANATH TAGORE
(1861-1941)



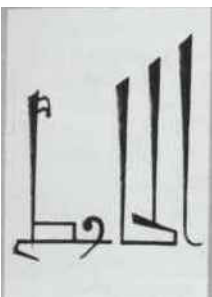
RUBÉN DARÍO
(1867-1916)



LAO-TSE
(¿ siglo III a. de J.C. ?)



M. DE UNAMUNO
(1864-1936)



AL-GAHIZ
(776-868)



TULSI DAS
(1532-1623)



MANUEL DE JESÚS GALVÁN
(1834-1910)



MELIH CEVDET ANDAY
(nacido en 1915)



HENRY DAVID THOREAU
(1817-1862)



J.B. MONTEIRO LOBATO
(1883-1948)

Sin embargo, el centro de interés de todas las actividades de la Unesco continúa firmemente anclado en el presente. La Organización recuerda una y otra vez a las naciones la necesidad de mantener siempre vivo su patrimonio cultural, lo que, en la práctica, significa dedicarle todo tipo de desvelos y, entre otras cosas, invertir en él los fondos necesarios, considerando que ese patrimonio es parte esencial del futuro nacional.

Los medios de expresión, las nuevas posibilidades de información y de comunicación, las nuevas técnicas y los estímulos que se ofrecen al artista en el teatro, la música y las artes plásticas no han sido nunca tan grandes, ni tan apasionante e incitante el mundo que le rodea. Su papel de animador, de creador de formas de vida, es indiscutible. Sin embargo, la «cultura», tal como la conocemos, puede estar madura para una gran revolución que la Unesco se dispone a explorar y analizar.

Resulta muy difícil deducir de las

obras de un pintor o de un escultor de hoy cuál es su sociedad de origen o las influencias que le han convertido en el artista que es ahora. Existe un estilo internacional en la arquitectura y en el diseño. En ciertas partes del mundo se ha llegado a una uniformidad de estilo y de imaginación que, paradójicamente, es lo contrario de lo que ha intentado llevar a cabo la Unesco. Y en muchos sentidos esa homogeneidad sin alma es peor que el desconocimiento de otras culturas que la Organización se ha esforzado en eliminar.

En vista de los planes actuales sobre la comunicación por medio de satélites ¿en qué medida no terminaremos siendo todos producto de una única cultura televisual mundial? ¿O se trata simplemente de los eternos temores de quienes se sienten intimidados y desconcertados por la rapidez del progreso humano y se lamentan siempre a última hora ante la posibilidad de perder su individualidad propia, su personalidad peculiar?

Por el momento no podemos decir a ciencia cierta cuáles van a ser las repercusiones de la nueva tecnología en lo que respecta a la cultura y a la sociedad, pero es evidente que ha llegado la hora de fomentar y defender la personalidad de las distintas naciones, con toda su maravillosa diversidad y singularidad, cuando todavía no han desaparecido definitivamente.

Hasta ahora nadie había protegido ciertas especies poco comunes y muy bellas de la fauna silvestre. Del mismo modo son todavía muy pocas las personas investidas de autoridad que se preocupan por la cultura de la región del mundo en la que viven. Es muy posible que algunos de los estudios de la Unesco sean la última expresión de las costumbres nacionales y regionales tal como las conocemos; si no las conservamos y protegemos gracias a una amplia labor de ayuda y de planificación, desaparecerán probablemente y quedarán extinguidas como extinguidos han quedado los leopardos. ■

Preservación del espíritu

TODOS poseemos algo que, para nosotros, no tiene precio, es insustituible. Puede valer mucho dinero o puede no valer nada. Puede tratarse de un retrato, de una colección de discos, de un anillo, de cosas que forman parte de nosotros mismos.

¿Qué pasaría si alguien, en un arrebato de cólera o cegado por la envidia, las destruyera delante de nosotros? ¿Cuál sería nuestra reacción? ¿De ira? ¿De impotencia? ¿O acaso una sensación de dolor como la que produce un puñetazo?

Caen las bombas sobre la ciudad de Dresde, matando a millares de inocentes y barriendo al mismo tiempo de la faz de la tierra un conjunto urbano de arte y belleza incomparables. En nombre del progreso tienen que desaparecer de la noche a la mañana algunos templos egipcios que han perdurado durante siglos. ¿Qué sentimiento suscitan en nosotros tales hechos? ¿Esa misma sensación de sufrir una pérdida irreparable?

Probablemente no. Para la mayoría de nuestros contemporáneos, esas destrucciones son lamentables, pero, al no afectarles personalmente, no puede decirse que les impresionen hasta tal punto.

La Unesco no opina lo mismo. Esas maravillas de la civilización son un patrimonio de la humanidad. Su desaparición constituye una pérdida que afecta directamente a cada uno de nosotros; por tanto, a todos nos incumbe defenderlas apasionadamente. Amarga ironía de la historia del hombre es el hecho de que sus más altos logros hayan de ser protegidos contra las guerras y la violencia que él mismo desencadena.

Hace ya muchos años, en 1954, la Unesco preparó un tratado sobre la protección de los monumentos en caso de conflicto armado, que hasta el momento han firmado menos de la mitad de los Estados Miembros. El resultado no es muy brillante, pero ocurre que ciertos países temen que sus enemigos utilicen los monumentos protegidos como bases de operaciones, sin que se pueda responder a sus ataques. El argumento es tan viejo como la guerra misma: todo objetivo estratégico debe ser destruido, por grande que sea su valor intrínseco.

Lo más que cabe hacer en muchos casos es proteger ciertas ruinas his-

tóricas contra un desastre inminente, tomar fotografías para conservar su recuerdo si no resultan eficaces los sacos de arena y demás medidas de protección y, caso de que aun haya tiempo, trasladar a lugar seguro las partes más valiosas.

Los expertos de la Unesco han tomado algunas de estas precauciones para proteger las ruinas de Angkor Vat, en Camboya. Se trata de los restos de una civilización extraordinariamente rica que floreció en el siglo XII y que desapareció misteriosamente en el XV. La selva cubrió las ruinas hasta que en nuestro siglo los arqueólogos las descubrieron en toda su magnitud y belleza.

Por fortuna, sus fabulosas esculturas y sus delicadas galerías de pilares se han conservado casi intactas. Gracias a ellas, los expertos pueden ir reconstruyendo la historia de aquella lejana y desconocida civilización y los turistas admirar su secreto esplendor.

El conflicto indochino está ya peligrosamente cerca de esas ruinas... tan cerca que prácticamente se las puede considerar incluidas en su área. Tanto el Secretario General de las Naciones Unidas como el Director General de la Unesco han lanzado un llamamiento público para salvarlas. Pero, no habiéndose declarado a Angkor y sus cercanías zona desmilitarizada, sólo cabe albergar la esperanza de que después de los combates subsista todavía algo que conservar.

A veces, la amenaza que pesa sobre las obras de arte no tiene su origen en la ferocidad del hombre sino en sus intereses materiales. Ello puede parecer lamentable, pero el hecho es que, a menudo, para construir es preciso destruir lo ya existente.

Así, cuando se pensó en construir en Asuán una nueva presa más alta a fin de producir la energía hidroeléctrica que el país necesitaba, se vio claramente que los grandes templos egipcios de Abú Simbel quedarían anegados por las aguas. Pero como estaban excavados en el acantilado mismo de la ribera, no parecía existir posibilidad alguna de salvarlos.

Se sugirió entonces que, si se lograba que un número suficiente de países cooperaran con la Unesco contribuyendo a sufragar los enormes gastos necesarios, se podría aserrar literalmente los templos en grandes tro-

zos y trasladarlos a otro lugar más alto. Unos cincuenta países se ofrecieron a prestar su apoyo al proyecto de la Unesco y las operaciones de salvamento de los templos se iniciaron durante la construcción de la presa.

Desde el principio hubo que luchar contra el agua que subía de nivel constantemente. Por fin, cinco años después de terminados los trabajos, en los que se invirtieron muchos millones de dólares, los templos están ya por encima del nuevo lago y más a salvo que nunca. Además, se aprovechó el traslado para añadir a la piedra sustancias propias para su conservación y, gracias al empleo de las técnicas más avanzadas, los templos poseen hoy una mayor resistencia.

Abú Simbel ha alcanzado un gran renombre como polo de atracción dentro de un proyecto en realidad mucho más amplio: las operaciones de rescate y salvamento de los templos de Nubia amenazados por la subida de las aguas del Nilo. Durante cinco años, setenta expediciones de diversos países han catalogado y fotografiado todos los monumentos, inscripciones y bajorrelieves que iban a desaparecer bajo las aguas. Después, se cortaron y trasladaron todos los templos, se pusieron en lugar seguro los frescos de la época cristiana y se salvó el mayor número posible de obras de valor.

A todo esto, los expertos no han dejado nunca de pensar con preocupación en la isla de Filae, situada entre la vieja y la nueva presa. Desde que se construyó la primera presa del Nilo a principios de este siglo, el templo de Isis, su columnata y el templete romano de Trajano, enclavados en la isla, pasan una gran parte del año sumergidos.

Aun así, han sobrevivido, pero por desgracia las aguas han destruido los frescos policromos egipcios que se habían conservado intactos durante 2.000 años. Ahora se ha decidido utilizar la cuenca entre las dos presas como embalse para la producción de energía eléctrica, con lo cual la isla queda ya inundada permanentemente, el nivel del lago sube hasta seis metros al día y la arenisca se va desagregando con rapidez.



Foto © Solvay, París

Una de las tareas más importantes que la Unesco se ha fijado en el terreno de la cultura es la conservación del patrimonio artístico de la humanidad. La campaña mundial para el salvamento de Abú Simbel y otros monumentos de Nubia, lanzada en 1960, ha terminado con éxito, salvo en lo que se refiere al rescate aun no realizado de los templos de la isla de Filae (véase la página 63). Pero la acción de la Organización en este campo abarca al mundo entero. El Consejo Internacional de Museos, que la Unesco contribuyó a fundar en 1946, es hoy la organización oficial reconocida como tal por los dirigentes, conservadores y técnicos de los museos de todo el mundo. En 1954, la Unesco elaboró un Convenio internacional para la protección de las obras de arte y de los monumentos históricos en caso de conflicto armado. En 1959 creó en Roma un centro internacional para el estudio de las técnicas de conservación y restauración de monumentos y obras de arte. En la fotografía, una estatua de madera a la que se aplica una inyección contra una enfermedad capaz de reducirla a polvo.

Para salvar esta «perla de Egipto» hay que construir un dique alrededor de los templos; luego, empleando técnicas similares a las utilizadas en Abú Simbel, serán desmontados en unas 20.000 piezas y vueltos a ensamblar en el sólido granito rosáceo de Agilkia, una isla desierta situada río abajo.

Lo triste de este asunto es que, hace setenta años, al construirse la primera presa, los historiadores de la época emprendieron una campaña para tratar de salvar los templos, pero por desgracia el gobierno de entonces no disponía de los medios necesarios para hacerlo. De haber existido en aquellos tiempos una organización como la Unesco, es posible que hubiera conseguido reunir los fondos internacionales necesarios y no solamente se habrían salvado las pinturas murales sino que, además, la operación de salvamento habría costado infinitamente menos que hoy.

Son muchos los tesoros que, como los de Nubia, están a punto de desaparecer y a los que habrá que intentar salvar lo antes posible para que no se pierdan definitivamente. Por fortuna, hoy día los gobiernos se muestran mucho más dispuestos a evitar su destrucción. Ahora bien, si aportan los capitales necesarios para esa labor, no podrá decirse que los malgastan en «arte», puesto que con ello realizan una inversión sobremanera rentable en «turismo cultural», esto es, atraen visitantes y divisas y suscitan la creación de una industria hotelera y de viajes que vale muchos millones de dólares. Actualmente no son pocos los que pueden tomar un avión y, al cabo de pocas horas, visitar el templo de Isis o los monumentos de Abú Simbel.

¿Y por qué no visitar también los templos de Borobudur, cerca de Yakarta, pasear a la luz de la luna por entre las ruinas de Cartago o explo-

rar las zonas incaica o maya en América Latina?

Borobudur es un santuario búdico edificado hace 1.200 años en Java. Consiste en cuatro terrazas cuadradas que hay que atravesar para llegar a la cúspide. En todas ellas existen centenares de bajorrelieves en los que se describen los diversos niveles del perfeccionamiento espiritual. Vamos así ascendiendo hasta la terraza superior, cada vez más despejados de las preocupaciones mundanas, para llegar a la cima silenciosa. En el centro hay numerosas *stupas*, pequeñas cúpulas en forma de cebolla, a través de cuyas aberturas pueden verse centenares de Budas sentados. El mayor de ellos, situado en el centro, sostiene un globo sellado, representación de la verdad espiritual más alta de que es capaz el hombre: el nirvana imponderable.

Este espectacular edificio fue construido íntegramente sin mortero, sobre



Salvaguardar los tesoros del pasado



Foto © R. Guillemot - Connaissance des Arts, Paris

La Unesco ha enviado centenares de misiones científicas a todo el mundo con el fin de estudiar la conservación y mantenimiento de los lugares y monumentos que forman parte del tesoro cultural de sus Estados Miembros. En 1964, la Organización lanzó una campaña internacional para alertar a la opinión pública y a los gobiernos acerca de la necesidad de salvaguardar los monumentos y obras de arte. En Africa, Asia y Oriente Medio, ha organizado cursos especiales para la formación de técnicos: en Jos (Nigeria), para especialistas africanos en museos; cerca de la ciudad de México, en el Centro Latinoamericano para la Conservación de los Bienes Culturales; y, finalmente, en Bagdad para los especialistas de los países árabes miembros de la Organización. La Unesco ha movilizado, asimismo, la ayuda internacional para restaurar monumentos famosos como los de Borobudur, en Java central (arriba, en la página anterior, una estatua de Buda en una de sus terrazas) y las ruinas de Mohenjo Daro, en Paquistán. En 1966 hizo un llamamiento internacional para salvar Venecia y en la actualidad participa en la elaboración y realización de un plan para la preservación y restauración de la ciudad. Arriba: parte del frontón de la iglesia de Santa Maria della Salute, en Venecia. A la izquierda: Plaza de las Tres Culturas (ruinas aztecas, una iglesia del siglo XVI y modernos edificios de viviendas) en la ciudad de México.



Foto Unesco

En 1953 la Unesco envió a Siria y el Líbano misiones de especialistas que trazaron planes para la preservación de importantes monumentos como las ruinas de Palmira, los castillos de los cruzados —entre ellos, el famoso Krak de los Caballeros que se ve en la fotografía superior— y las ruinas de Baalbek. Uno de los aspectos principales estudiados por esas misiones es el que se refiere al problema de los monumentos históricos en una ciudad moderna, o sea —en el caso del Líbano— los barrios antiguos de Tiro, Sidón y Trípoli. Entre las numerosas misiones de este tipo que la Unesco ha enviado a Asia cabe citar las que se trasladaron a Nepal a fin de estudiar la preservación de los monumentos, tan admirablemente esculpidos, de Katmandú y de otras ciudades. A la derecha, una escultura policroma de un templo de Katmandú que representa al dios hindú Siva y a su esposa Parvati.

PRESERVACION DEL ESPIRITU *(viene de la pág. 49)*

un gran montículo. A lo largo de los siglos el agua ha ido infiltrándose por las juntas y corroyendo los cimientos. El resultado es que la estructura entera se tambalea, y si ceden los muros que soportan la terraza inferior, todo el conjunto se hundirá en un gigantesco desmoronamiento de esculturas y bajorrelieves.

El gobierno de Indonesia ha puesto ya a salvo el mayor número posible de estatuas. Ahora, gracias a la ayuda de la Unesco, va a poder salvar el templo en su totalidad. Para ello será preciso desmontarlo por completo, piedra a piedra, colocarlo sólidamente sobre cimientos de hormigón armado, cuidadosamente disimulados, y excavar canales para el avenamiento de las aguas pluviales.

Al mismo tiempo, se limpiarán las esculturas de los líquenes y depósitos minerales que las corroen y se las protegerá contra los futuros estragos del tiempo y de las inclemencias atmosféricas.

La amenaza que pesa sobre el solar de la antigua Cartago es de otra índole: consiste en el crecimiento de la ciudad moderna que le rodea. Si no se lo explora y se lo restaura en parte, gracias a la ayuda de los expertos de

la Unesco, un mar de asfalto y de cemento lo devorará inexorablemente.

El tipo de proyecto que la Unesco va a emprender en colaboración con los gobiernos de América Latina consiste sobre todo en salvar de la selva el patrimonio histórico y artístico dejado por los mayas y en abrirlo al turismo.

La lista de nombres y lugares exóticos de todo el mundo a los cuales la Unesco envía misiones de estudio es ciertamente muy larga, pero la Organización no se preocupa únicamente por lo que suena de un modo extraño o exótico en oídos occidentales. En 1966, cuando las aguas barrieron las ciudades del norte de Italia, muchas obras de arte que solíamos considerar a salvo y bien protegidas sufrieron graves daños, quedando en algunos casos totalmente destruidas.

Florence padeció en especial los terribles efectos de las inundaciones. En vista de ello, la Unesco lanzó una campaña internacional de ayuda urgente. Y, en efecto, afluyó el dinero de los particulares y de los gobiernos de todo el mundo, quienes comprendieron claramente la importancia de la pérdida. La labor de restauración, limpieza, reconstrucción y reor-

ganización ha llevado varios años, y sólo recientemente ha terminado.

Gracias a ella, los expertos de la Unesco han aprendido además muchas cosas, no sólo en materia de restauración y conservación de obras de arte, sino también en lo tocante al mejor modo de montar museos y bibliotecas con objeto de que no vuelva a producirse un desastre de semejantes proporciones. Las nuevas técnicas se han aplicado ya a los museos y bibliotecas que la Unesco está contribuyendo a crear en sus Estados Miembros.

En los archivos de Florencia quedaron destruidos valiosos documentos que habrían podido salvarse si los sótanos en que se guardaban hubieran estado impermeabilizados. Por otro lado, si se hubiesen catalogado y microfilmado previamente, al menos su contenido no se habría perdido. Con las modernas técnicas de protección y de conservación no tenían por qué perderse necesariamente los frescos enterrados bajo una masa de fango. Por supuesto, es muy fácil decir esto a posteriori, pero, en todo caso, Florencia se ha convertido para la Unesco en un gigantesco proyecto experimental que va a proporcionar los datos necesarios para impedir que

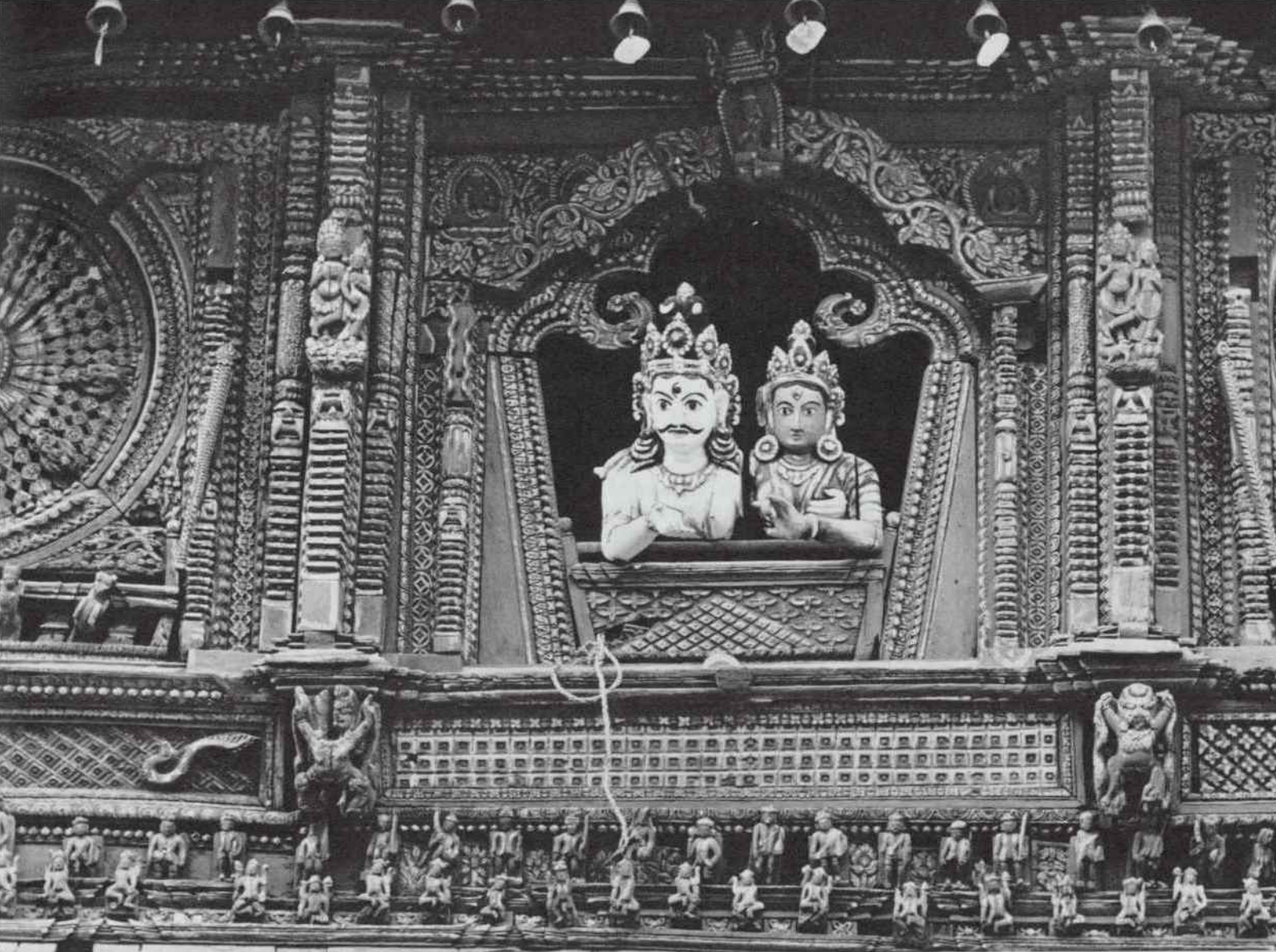


Foto © Photo Researchers Inc., Nueva York

se repitan tales desastres en otros lugares y en otras ocasiones.

Otra víctima de las inundaciones de 1966 fue Venecia, la joya del Adriático. De todos modos, como la ciudad está edificada en medio de una laguna, la variación del nivel de las aguas no tiene consecuencias tan catastróficas. Aun así, los problemas de Venecia son los más graves con que haya tenido que enfrentarse nunca la Unesco. En efecto, aquí no se trata sólo de proteger el patrimonio cultural de la ciudad, sino de asegurar la supervivencia misma de ésta.

Las aguas salinas causan graves daños en los espléndidos palacios que bordean los canales venecianos. Sus cimientos se van pudriendo poco a poco. Bloques enteros de yeso y de mampostería se desmoronan en el agua, a veces con grave peligro para las góndolas que circulan por los canales.

La ciudad está cada vez más expuesta a los embates del mar. De ahí que los venecianos apenas se preocupen ya de reparar los desperfectos, sino que abandonan sus casas y emigran por miles al continente. La ciudad se está quedando sola como una *prima donna* marchita, envuelta

en sus recuerdos y en su lenta decadencia.

El salvamento de Venecia es algo más que una tarea de índole cultural. No basta con proteger sus obras de arte contra el mar ni con reparar los daños que ha sufrido. Ciertamente, la ciudad toda es un auténtico santuario del arte, pero hay que considerar también el problema desde el punto de vista social, económico y geográfico. A este respecto, el impulso y el afán por salvar la bella ciudad ha de venir en gran parte de sus propios habitantes.

Es preciso dar a la Venecia moderna una sólida base económica para poder proteger las glorias que en ella creó un poderoso y opulento imperio comercial marítimo. Mejorando los medios de transporte, construyendo quizá un metro submarino que enlace a Venecia con el continente, la vida cotidiana resultaría mucho más fácil en la ciudad.

Por supuesto, habrá que fomentar el turismo a fin de que la gente no se limite a ir por un día a contemplar San Marcos, respirar la atmósfera de la ciudad y regresar apresuradamente al continente por la noche. Hay que atraer a los visitantes de modo que

sientan el deseo de permanecer más de un día y de gastarse en la ciudad más dinero que hasta ahora.

Este proyecto veneciano es la culminación de toda la experiencia que la Unesco ha acumulado y puesto en práctica desde hace muchos años. Esos palacios hermosísimos pero inhabitables, esa obsesiva preocupación por una belleza decorativa sobreabundante, la pasión desenfrenada por la pintura y la escultura, todo ese delirante despilfarro de dinero de las épocas pasadas constituyen la única razón de que la ciudad no haya quedado abandonada en nuestros días a los embates del mar.

Lo que la Unesco viene predicando a sus Estados Miembros tiene muchos visos de verdad. Pese a todos los grandes logros prácticos de las sociedades actuales, el único argumento que probablemente convencerá a las generaciones venideras de la necesidad de poner a salvo sus vestigios será precisamente el derroche aparentemente insensato, ilógico e inútil de sus artistas y de sus artesanos. Si queremos que la posteridad nos recuerde, convendrá que protejamos y fomentemos, por encima de todo, nuestra vida cultural. ■

Compartir el espíritu

UNA de las conclusiones más aterradoras que se deducen de los «lavados de cerebro» realizados en campos de concentración y en prisiones es que el espíritu humano privado de toda posibilidad de diálogo se descompone y se hunde en la desesperación.

Como muestran ciertos experimentos psicológicos, la persona a la que se impide emplear la vista, el oído y el tacto y que, además, no puede moverse, pierde en seguida el sentido de la orientación y busca afanosamente un estímulo cualquiera... un cambio de temperatura o incluso un simple escozor. En efecto, el ser humano no puede soportar el aislamiento, necesita situarse en el mundo real de la vista, el sonido, las sensaciones y aun las incomodidades.

Como la educación, la ciencia y la cultura son otros tantos modos de transmitir a la mente de los demás lo que ocurre en la nuestra, la Unesco se ha sentido naturalmente interesada por los conceptos mismos de comunicación e información. Un maestro tiene que inculcar ideas a sus alumnos y hacer que esas ideas sean vivas; de otro modo estará malgastando su tiempo y sus esfuerzos. Son demasiados los estímulos que solicitan la atención de aquéllos para que el maestro pueda correr el riesgo de aburrirlos.

Todos hemos aprendido a escudarnos contra el anuncio llamativo, el ruido y las presiones comerciales que nos acosan a diario. Lo malo es que de ese modo podemos perdernos pensamientos y experiencias de auténtico valor.

En las sociedades muy mecanizadas no se presta gran atención a los viejos medios de información —los libros, por ejemplo. Muchas personas ni siquiera se molestan en sentarse a leer cuando pueden hacer muchas otras cosas «más apasionantes». Las imprentas automatizadas seguirán produciendo libros en tiradas de millones de ejemplares y siempre quedarán lectores, pero ha desaparecido ya casi por completo la vieja idea de que leer un libro puede constituir una gran aventura y de que producirlo requiere un verdadero esfuerzo.

Sin embargo, los países en vías de

desarrollo necesitan periódicos, una industria editorial y un sistema de bibliotecas públicas para que todos puedan disponer de textos y material de lectura convenientes. De otro modo, la alfabetización nacional es una tarea imposible. De ahí que la Unesco se haya esforzado en ayudar a las empresas editoriales facilitándoles equipo y consejeros para formar periodistas, impresores y bibliotecarios.

Pero el fomento de los medios de comunicación no puede limitarse a esto. Precisamente porque los países en desarrollo no son ricos, necesitan disponer de la radio y de la televisión. Estamos viviendo el último tercio del siglo XX, el siglo de la revolución en la comunicación. Pero ¿todos los adelantos han de ser en beneficio exclusivo de los ricos?

Con harta frecuencia, los países llamados «desarrollados» utilizan la televisión, en particular, como si fuese un juguete para distraerse, un lujo que los pobres del mundo no pueden permitirse. Para la Unesco se trata, en cambio, de un instrumento absolutamente decisivo que todo país en vías de desarrollo va a necesitar si quiere eliminar su retraso cultural.

Las posibilidades educativas de la televisión comienzan a ser plenamente aprovechadas gracias a «Sesame Street», un programa norteamericano para los niños en edad preescolar, al proyecto de la Unesco destinado a las escuelas primarias de Costa de Marfil, y a la «Universidad abierta» de Gran Bretaña. Ha llegado por fin el momento de reconocer el valor real de este medio de información como instrumento educativo, junto con la radio y el cine. Y este reconocimiento se está produciendo a un ritmo muy rápido.

Si no se consigue que los países en desarrollo lleguen a contar en un futuro próximo con medios modernos de información y con los técnicos necesarios para hacerlos funcionar, esos países se quedarán rezagados hasta tal punto que nunca podrán compensar su retraso.

La Unesco comprende claramente los dos aspectos de este auge sin precedentes de la información moderna. Por un lado, ésta puede brindar

oportunidades insospechadas de comprensión mutua, pero, por otro, puede constituir una especie de caja de Pandora que envenene las relaciones entre las naciones.

Por ejemplo, cuando un autor escribe un libro o un guión, registra su obra en su país y en los pocos países que han concertado con el suyo acuerdos mutuos sobre el derecho de autor. Cada vez que se imprime o se representa esa obra, el escritor percibe una suma por las horas de trabajo, la formación personal, la entrega de sí mismo y el talento que su producción ha requerido. Sus ideas le pertenecen y tiene un derecho sobre ellas.

En cambio, fuera de los países que han concertado con el suyo esos acuerdos, su obra será una *res nullius* y podrá ser reproducida, modificada despiadadamente y explotada como si él no fuera su autor, y nada podrá hacer para protegerla y protegerse.

LA Unesco preparó un proyecto de acuerdo internacional sobre derecho de autor que podría resolver todas las interminables complicaciones políticas que ahora existen, acabando con la desconfianza y las artimañas que a veces dominan el mercado internacional del libro.

Esta Convención Universal sobre Derecho de Autor, que no abarca meramente los textos literarios sino también las obras artísticas y científicas, sólo ha sido ratificada hasta ahora por 60 países (lo cual no es demasiado para una organización como la Unesco que cuenta con 125 Estados Miembros), pero por lo menos entre los signatarios las relaciones internacionales en esta materia son mucho menos tensas y es posible que con el tiempo otros países adviertan las ventajas que entraña una actitud leal.

La finalidad del Convenio es, en gran parte, facilitar legalmente libros a los países en vías de desarrollo. Pero ¿de qué sirve legalizar las ventas de libros si la moneda de esos países carece de valor en el mercado mundial? Es como si le ofreciéramos comida a un hambriento para luego quitársela en el último instante.

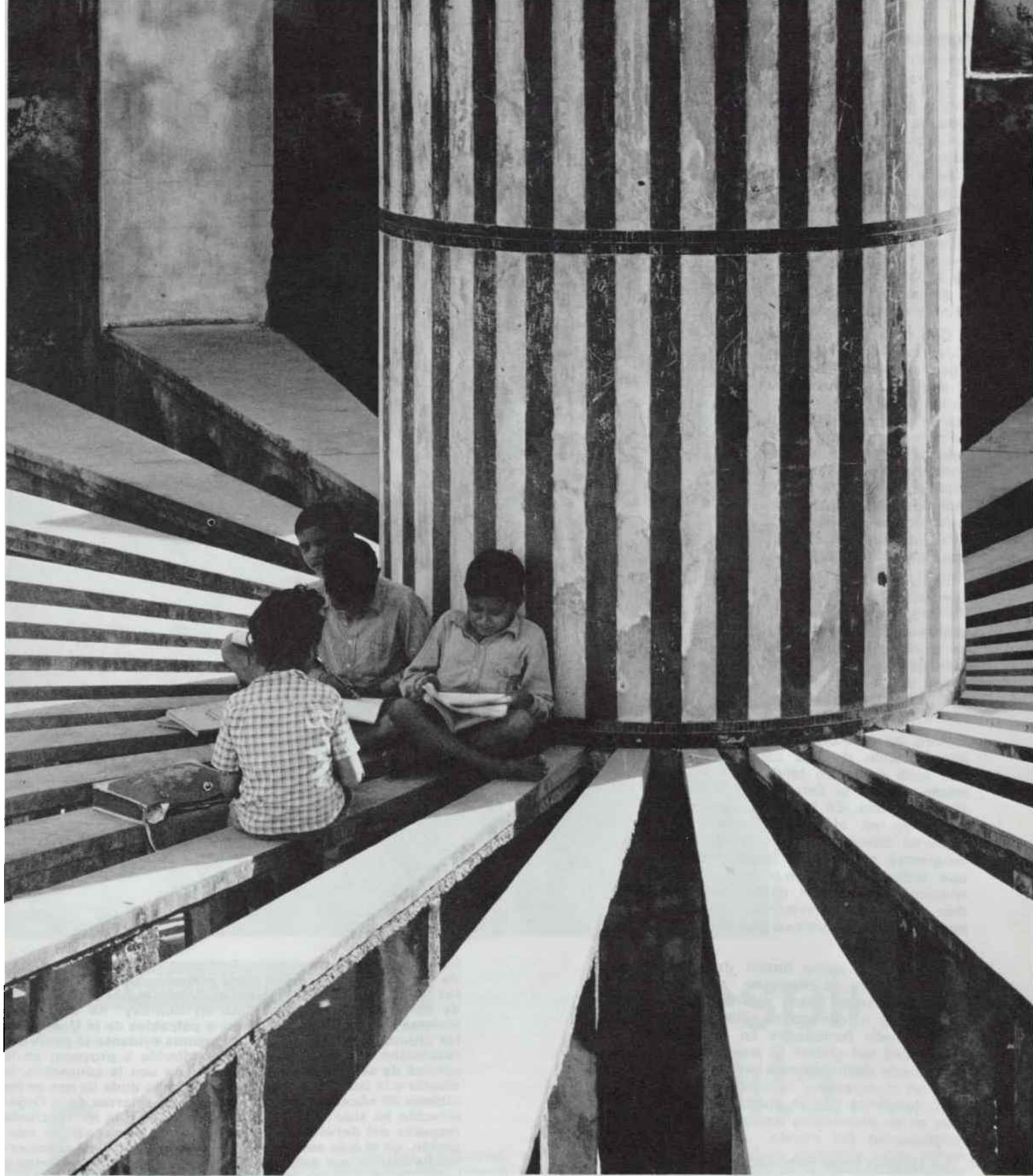


Foto © Lennart Olson - Bern, París

Estos escolares hindúes estudian a la sombra de uno de los inmensos aparatos del observatorio astronómico de Jantar Mantar, en Nueva Delhi, construido en 1710 por el rey astrónomo Jai Singh II. Pronto recibirán enseñanza transmitida por satélite, proyecto en el que participa la Unesco y que se introducirá en la India con carácter experimental en 1972. La Organización se interesa vivamente en la utilización de las comunicaciones espaciales en beneficio de la educación, la ciencia y la cultura, y ha promovido los trabajos de preparación de un sistema de enseñanza mediante satélite. Asimismo, ha enviado misiones a Costa de Marfil, Brasil y la India para ayudar a planificar tal sistema de comunicación. Para la Unesco, el fomento de la comunicación constituye la clave para el logro de sus finalidades y propósitos, así como

para la libre circulación de la información y las ideas. A este respecto, el acuerdo sobre la importación de material pedagógico, científico y cultural, aprobado por la Conferencia General de la Unesco de 1950, ha permitido reducir los aranceles aduaneros y facilitar los intercambios comerciales. La Unesco auspicia la Convención Universal sobre Derecho 'de Autor, aprobada en 1952, que contribuye a llenar las lagunas de los acuerdos existentes. Una conferencia celebrada recientemente en la Casa Central de la Unesco, en París, ha estudiado la posibilidad de que la Convención proteja también el derecho de autor en lo que se refiere a reproducciones de obras de arte, representaciones en público y emisiones de televisión y radio, pero de manera tal que ello resulte en beneficio de los países en vías de desarrollo.

COMPARTIR EL ESPIRITU

(viene de la pág. 54)

Para soslayar tan grave inconveniente, la Unesco ha creado un sistema de «cheques de viaje culturales»: los Bonos de la Unesco. Los habitantes de los países desarrollados pueden comprarlos y remitirlos a un editor o distribuidor y pagar con ellos, por ejemplo, libros y películas en Chile o material científico en Corea. Quienes los utilizan saben exactamente cómo se emplean los Bonos de la Unesco por ellos adquiridos y, a su vez, los productores aceptan de buen grado ese modo de pago.

Con objeto de que los libros, las obras de arte y el material científico sigan circulando libremente por todo el mundo, la Unesco ha patrocinado varios acuerdos en virtud de los cuales se establece la exención del pago de derechos aduaneros por tales artículos. Pero la idea de tener que transportar algo a través de una frontera para poder compartirlo está desapareciendo rápidamente: los satélites de comunicación pueden trasladarnos a miles de kilómetros de distancia en una fracción de segundo.

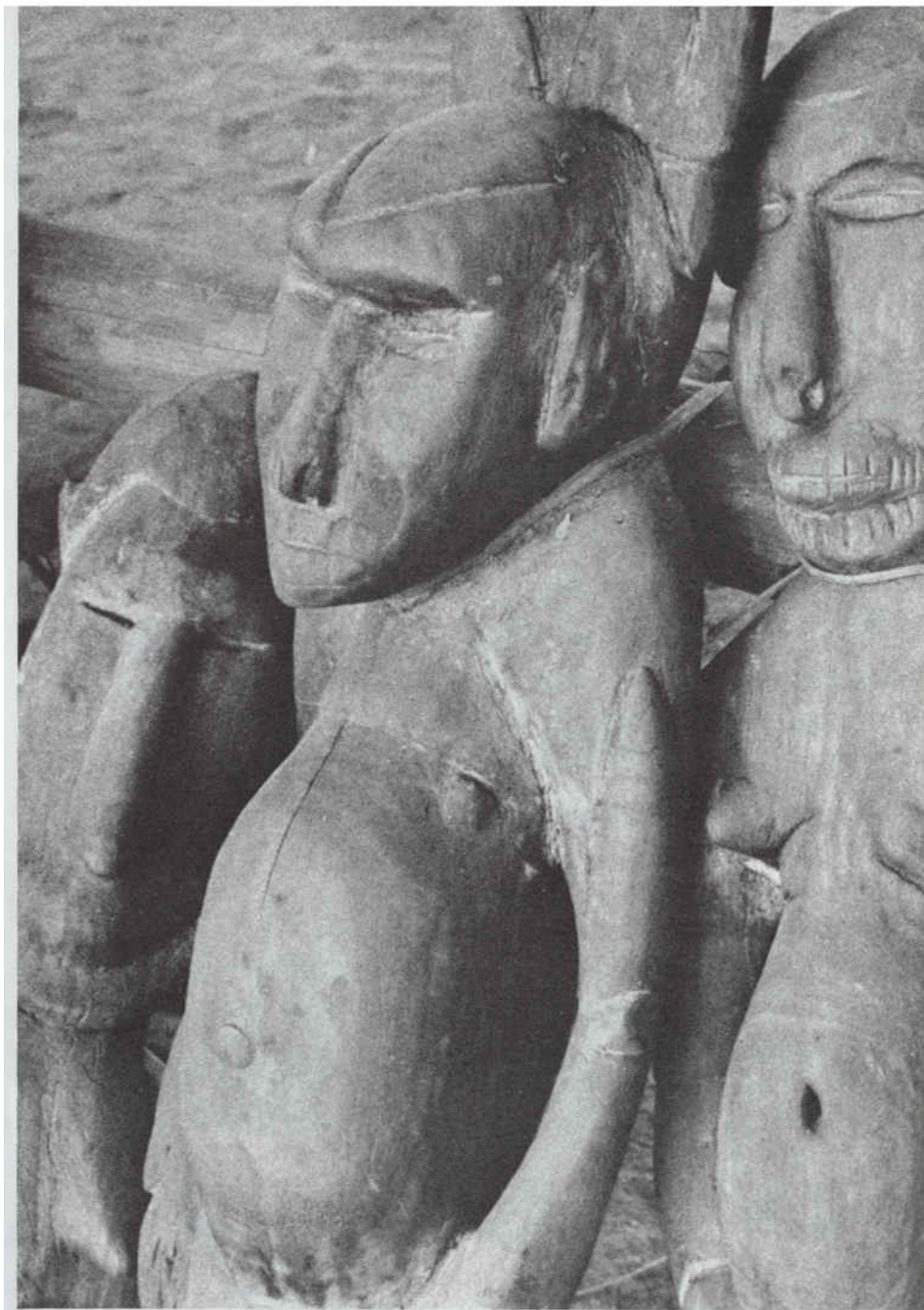
La Unesco ha tenido ocasión de comprobar que, cuando se trata de un programa de televisión, de una grabación en cinta magnetofónica o de un disco, se puede conocer perfectamente cuál es el alcance del transmisor, por lo que es fácil llegar a una decisión satisfactoria acerca del derecho a difundirlo.

Pero, en un futuro próximo, una sola interpretación de una canción o de una obra de teatro tendrá potencialmente a toda la tierra como auditorio simultáneo. En los años próximos habrá ya en el mundo entero receptores colectivos que llevarán los programas a todos los hogares pero que todavía permitirán controlar las emisiones. Ahora bien, dentro de unos diez años los televisores privados podrán captar programas directamente de los satélites.

¿Hasta qué punto tienen derecho los gobiernos a negarse a que sus ciudadanos vean determinados programas o escuchen críticas de su actuación formuladas en la otra extremidad del globo? El sistema entero puede desintegrarse hasta constituir un gigantesco y costoso aparato de propaganda o bien puede convertirse en un estimulante instrumento de reagrupación del mundo.

La Unesco debe negociar un acuerdo que reconozca el derecho a la integridad ideológica y cultural y, al mismo tiempo, preserve el derecho de todo hombre a ser informado de manera exacta e imparcial.

Por ello, es conveniente que los satélites no empiecen a funcionar con carácter comercial hasta dentro de varios años, puesto que la negociación de un proyecto semejante, explosivo desde el punto de vista político, y que exige un cambio radical de mentalidad en todo el mundo, va a absorber todos los minutos disponibles de la Unesco. ■



La introducción de nuevas técnicas de enseñanza en Costa de Marfil, la movilización de la opinión mundial para salvar los monumentos de Venecia o de Borobudur, la inauguración de un instituto de tecnología en Bombay: he aquí unas cuantas realizaciones concretas y palpables de la Unesco en los últimos años. Quizá parezca menos evidente la profunda revolución que la Unesco ha contribuido a provocar en la actitud de sus Estados Miembros para con la educación, la ciencia y la cultura. Sin embargo, no cabe duda de que en los últimos 25 años uno de los más grandes aciertos de la Organización ha sido la nueva conciencia que ella ha suscitado respecto del derecho de todos los seres humanos a la educación, en el más amplio sentido del término, y de la importancia capital que ésta tiene para el desarrollo económico y social. La fotografía representa, en cierto sentido, el ideal de la Unesco: el niño que simboliza el mundo mejor del porvenir, fruto de una educación perfeccionada y de la ciencia moderna, pero sin rechazar los grandes valores del pasado (representados en la foto por las estatuas) que enriquecen la vida y le confieren una calidad digna de conservarse.

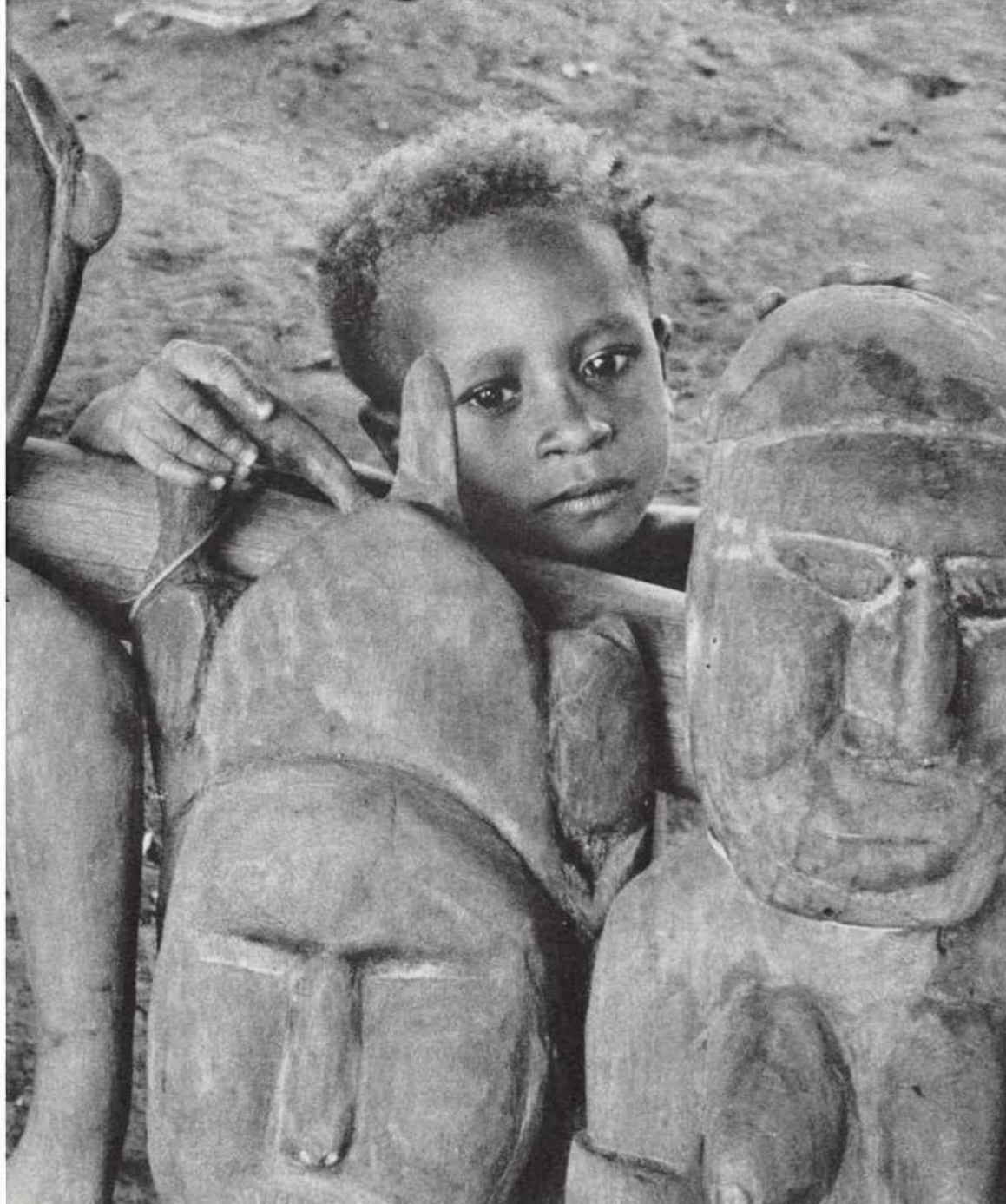


Foto George Holton - UNICEF

10. PRINCIPIOS E IDEALES

El espíritu medita

ENTRE dos alas del gran edificio de la Secretaría de la Unesco en París, hay un pequeño jardín japonés.

El agua brota de un monolito y resbala sobre un ideograma japonés antiguo que significa «paz». Salta luego por unas cuantas losas escalonadas, formando diminutas cataratas, cada una de las cuales tiene un sonido diferente. Por último, se remansa en un estanque donde las rojas carpas se ocultan entre las ramas colgantes de un árbol, bajo un puente o en una minúscula isla flotante formada por lirios de color cárdeno.

Con las estaciones, el jardín pasa del esplendor blanco y rosa de la primavera al iris del verano entre los juncos y a la pura silueta de la nieve invernal en los oscuros árboles. Sólo los pequeños montículos de piedra parecen inmutables y eternos.

El silencio y la quietud del lugar invitan a la reflexión. A pocos metros de distancia, las oficinas de la Secretaría zumban como colmenas, pero en ese jardín las cuestiones de detalle y los problemas inmediatos pierden su gravedad y uno puede situarlos en su justa perspectiva.

Este lugar privilegiado tonifica a

quienes saben dedicarle unos minutos. Pero hay en la Unesco otro lugar recoleto reservado para la teoría, para la meditación personal y, sobre todo, para la contemplación del mundo tal como debería ser. Ese lugar es el que corresponde al grupo de pensadores de la Unesco, cuya misión consiste en examinar la amplia gama de sus actividades y formular recomendaciones tales como «Aquí hay una tarea que asumir» o «Sobre este punto debe llegarse a un acuerdo entre los Estados Miembros». De allí surgen muchas de las ideas y principios que luego van a convertirse en parte activa de la labor de la Unesco.

SIGUE A LA VUELTA

A menudo, lo más importante que la Organización puede aportar al mundo consiste precisamente en sus ideas. Al comienzo de su existencia, las Naciones Unidas prepararon una Declaración Universal de Derechos Humanos en la que se consigna el derecho de todos los seres al pleno desarrollo de la personalidad humana y del sentimiento de su dignidad.

Oficialmente los Estados aceptaron esta afirmación optimista. Pero la realidad es que, en los veinte años que han transcurrido desde la firma de la Declaración, sus principios han sido ignorados, ridiculizados, violados y pisoteados en múltiples formas, muchas más de las que hubieran podido imaginar quienes la redactaron. Resulta ciertamente penoso leerla cuando se piensa en las innumerables manifestaciones de opresión, de discriminación racial y social y de degradación del espíritu humano que son moneda corriente en todo el mundo.

La Declaración fue firmada como un *gentlemen's agreement* o acuerdo de buena voluntad entre Estados, cuyo cumplimiento debía basarse en el honor nacional, lo que no suele ser precisamente la más inmovible de las bases cuando están en juego la conveniencia social y la política de las potencias. Las firmas son prácticamente lo único que hasta ahora tienen las Naciones Unidas.

LOS principios de la Declaración siguen siendo tan válidos como hace veinte años (por lo menos, para la mayor parte del mundo), pero las Naciones Unidas y sus organismos especializados no disponen de autoridad alguna para señalar, y mucho menos para denunciar, el modo como ciertos países tratan a individuos o grupos en el interior de sus fronteras. Los derechos humanos tienen que defenderse con su propia voz... allí donde se la escucha.

Hace poco tiempo, la Unesco estudió nuevamente la Declaración partiendo de las conclusiones más recientes de las ciencias sociales, para ver hasta qué punto es verdaderamente universal. ¿Cómo cabría ampliarla y replantearla para que abarcara una parte mayor del mundo sin perder su eficacia primordial? Aunque parezca que, al menos en principio, nadie debe tener inconveniente alguno en admitir el concepto de derechos humanos, lo cierto es que existen algunas discrepancias fundamentales, de carácter filosófico o sentimental, en lo que atañe a ese concepto.

Por ejemplo, los budistas tienen ante el individuo ciertas actitudes que divergen del concepto formulado en la Declaración. Para ellos, la preocupación por uno mismo y por la propia personalidad es una forma de orgullo, y el ideal consiste en fundir la vida individual en el universo, con humildad y sin lamentaciones. Una vida, aun

cuando sea la nuestra, e incluso muchas vidas no merecen que se les conceda demasiada importancia.

En ciertas filosofías asiáticas la tesis de que todos los hombres son iguales resulta sobremanera extraña. Según sus adeptos, hay una jerarquía entre los hombres, en virtud de la cual debemos aceptar lo que puedan decidir quienes son nuestros superiores (dirigentes, padres, patronos).

Las cosas se complican aún más cuando se trata de determinar si existe un derecho universal aplicable a todas las mujeres. Desde el punto de vista legal, ciertos países consideran a la mujer un ser inferior, algo así como un mueble. Esta noción es tan antigua como la civilización misma. Sobre ella se basa toda la estructura de la vida, y las propias mujeres se sienten quizá más escandalizadas que los hombres cuando se intenta modificar semejante estado de cosas.

Sin embargo, incluso dentro de un sistema de supremacía social masculina, toda mujer posee un dominio privado, personal: el de su propia mente. Pues bien, la Unesco sustenta con firmeza la tesis formulada en la Declaración de que todo hombre, mujer y niño tienen el mismo derecho a recibir instrucción, cualesquiera que sean las demás desigualdades que puedan separarlos. El derecho a la educación es fundamental y en él han de basarse los demás derechos humanos.

Hay un aspecto de éstos en el cual la Unesco ha podido adoptar una actitud muy rigurosa: me refiero a los prejuicios raciales. Los racistas han basado siempre sus razonamientos en supuestas pruebas biológicas, sociológicas e históricas. La Organización era la más indicada para convocar a los antropólogos, biólogos y expertos en genética más ilustres del mundo a fin de que averiguaran la parte de verdad que pudiera haber en los argumentos racistas y la medida en que deformaban los hechos.

A sus autorizadas opiniones se sumaron las de etnógrafos, sociólogos, historiadores y juristas. Unas y otras se publicaron en forma de Declaración sobre las Razas y los Prejuicios Raciales, en la que se condena el racismo como una amenaza a la paz y un delito de lesa humanidad. Un país tristemente conocido por su política de *apartheid* se retiró de la Unesco, pero los demás Estados Miembros se solidarizaron con ésta y, en principio, apoyaron las conclusiones de los especialistas.

«En principio» es una útil expresión diplomática que deja la puerta abierta a toda clase de restricciones y reservas.

En principio, todos los Estados Miembros de la Unesco se han comprometido a defender la paz, pero desde la Segunda Guerra Mundial ha habido más de 100 conflictos armados cuya lista se ha tomado la molestia de establecer la Unesco en

un número de su revista mensual *El Correo*. En ese número se enfrentaba al mundo con la dura realidad, pero el hecho es que la carrera de armamentos continúa y que los países siguen gastando más de doscientos mil millones de dólares al año (tanto como la renta anual de la mitad más pobre de la población mundial) en unas armas que resultan cada vez más perfeccionadas y mortíferas.

Los ideales de paz por los que lucha la Unesco parecen remotos, incluso inaccesibles, si se piensa en los viejos hábitos de estrechez mental, en los egoísmos, odios y rencores.

Los éxitos alcanzados por la Unesco resultan por sí mismos bastante elocuentes, pero son también el primero que olvidamos cuando el progreso es lento y cuando surgen nuevos problemas y dificultades.

En la Secretaría y en los distintos países en los que la Unesco actúa hay personas dotadas de la poca frecuente y admirable capacidad de trabajar intensamente en un proyecto y, pese a todas las cuestiones de detalle, los errores humanos, el papeleo burocrático y los fallos imprevisibles, de tener siempre presentes los objetivos últimos de la Organización.

EDUCACION. Ciencia. Cultura. Ideales de paz. Gigantesco experimento con la mente de los hombres. Nuestros semejantes de siglos pasados habrían descartado la idea de la Unesco como algo descabellado y ajeno a la realidad. Y todavía en nuestros días hay quienes piensan así.

Pero los progresos que tal idea está haciendo se miden en esa fugaz iluminación del rostro de un hombre que lee, en el aliento por un momento contenido de la muchacha que dobla una esquina y contempla de pronto un templo bañado por el sol, en la sonrisa de quienquiera que, tras estar inclinado sobre una página escrita, encuentra de golpe, clara y evidente, la solución de una ecuación..., en fin, en cualquiera de esos momentos de claridad y tregua en los que todo queda desentrañado.

La labor de la Unesco apenas empieza: 25 años no son muchos en la vida humana. ¿Llegaremos un día a tener todos instrucción? ¿Llegará algún día a ser nuestro planeta un lugar hermoso y acogedor para todos y cada uno? ¿Llegaremos a tener todos acceso al esplendor y la belleza de la imaginación?

Todo esto suena un poco utópico y resulta sobremanera inverosímil habida cuenta de lo que sabemos sobre el hombre. Pero igual que el anhelo de viajar a la luna, de eliminar las enfermedades o de encontrar el amor ideal, se trata de un hermoso pensamiento, más aún, de una esperanza esplendorosa. ■

HACIA UNA POLITICA DE LA CIENCIA

La conquista de la independencia política por las antiguas colonias no resuelve los problemas que plantean su independencia económica, intelectual, científica y técnica. El potencial científico y técnico de un país está constituido por el personal científico, por el nivel y el conjunto de las infraestructuras y por las instituciones de ese país, que permiten circunscribir y resolver los problemas científicos y prácticos. Hace 25 o 30 años, la idea de una política científica y la idea de la planificación de la ciencia y de sus aplicaciones parecían absurdas a numerosos políticos e incluso a los hombres de ciencia. Muchos Estados jóvenes que han conquistado su independencia se esfuerzan por crear un conjunto de instituciones científicas, por establecer organismos oficiales que tomen a su cargo la dirección de las cuestiones científicas y por destinar, de manera regular, una parte de su presupuesto a la formación del personal científico y a la investigación.

VICTOR A. KOVDA
Ex Director del antiguo Departamento de Ciencias Exactas y Naturales de la Unesco

AL SERVICIO DEL HOMBRE

Ahora es más necesario que nunca elaborar un código de la ciencia y la tecnología, que defina su finalidad ética

y formule los principios que deben regir su utilización al servicio exclusivo del hombre, con miras a un desarrollo armonioso de la humanidad en los planos espiritual y material.

La legislación internacional debe proteger al individuo del abuso de las nuevas técnicas o de ciertas formas de publicidad y propaganda que afectan a su vida privada y a su independencia intelectual y moral. Asimismo, debe protegerlo de los peligros crecientes y graves de una contaminación total de su medio a consecuencia de una industrialización exagerada.

HANNA SABA
Antiguo Subdirector General de la Oficina de Normas Internacionales y Asesoría Jurídica de la Unesco

EL DESARROLLO, COROLARIO DE LA SOLIDARIDAD

Todas las actividades de la Unesco, que se desprenden de sus tres grandes funciones indivisibles (intelectual, ética, operacional), concurren al desarrollo del Africa. Por otra parte, ellas pueden suscitar un impulso de solidaridad intelectual y moral cuyo corolario es la cooperación internacional en favor del desarrollo. Es, pues, al mismo tiempo «la Unesco ideal» y «la Unesco real», la Unesco de la reflexión y la Unesco de la acción, la que labora en Africa por el desarrollo.

WILLIAM ETEKI-MBOUMOUA
Presidente de la Conferencia General de la Unesco (1968)

GERMEN DE INTERNACIONALISMO

Tenemos la convicción de que un mundo en el que la alfabetización sea universal y la cultura más internacional que nunca, y en el que la ciencia deje de ser el privilegio de ciertas instituciones universitarias de unos pocos países, será un mundo mejor asentado en la paz. Pero para que ese mundo sea posible, la educación es esencial. Ante todo, es preciso crear la posibilidad de instruirse allí donde no existe todavía; luego, hay que hacer que la educación en todos los niveles constituya el germen del internacionalismo. Es cierto que la educación es de por sí la condición primordial, pero debe estar abierta al internacionalismo y difundir la idea de que éste es indispensable a fin de que haya un solo mundo para todos los hombres. Hacia ese objetivo tienden todas las actividades de la Unesco...

Afirmar que vivimos en un mundo cuya preocupación principal es evitar las guerras, es una verdad primaria. Pero esa inquietud, por grave y temible que sea, no puede apartarnos de la necesidad de prestar mayor atención aun a los trabajos que tratan de ahondar en los problemas y a los estudios que se orientan hacia el porvenir, como aquellos a los que se dedican algunas organizaciones, como la Unesco.

ALVA MYRDAL
Ministro del Desarme de Suecia antiguo Director del Departamento de Ciencias Sociales de la Unesco

EL SISTEMA DE LAS NACIONES UNIDAS

ONU

Organización de las Naciones Unidas
Sede: Nueva York



OIT

Organización Internacional del Trabajo
Sede: Ginebra



OCMI

Organización Consultiva Marítima Intergubernamental
Sede: Londres

OOPSRP

Organismo de Obras Públicas y de Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina

ONUDI

Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial



OMM

Organización Meteorológica Mundial
Sede: Ginebra



FMI

Fondo Monetario Internacional
Sede: Washington D.C.

UNICEF

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia



UNESCO

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
Sede: París



OIEA

Organismo Internacional de Energía Atómica
Sede: Viena



BIRF

Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento
Sede: Washington D.C.

ACNUR

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados



OMS

Organización Mundial de la Salud
Sede: Ginebra



UIT

Unión Internacional de Telecomunicaciones
Sede: Ginebra



AIF

Asociación Internacional de Fomento
Sede: Washington D.C.

PNUD

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo



FAO

Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación
Sede: Roma



UPU

Unión Postal Universal
Sede: Berna



CFI

Corporación Financiera Internacional
Sede: Washington D.C.

CNUCD

Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo
Consejo de Comercio y Desarrollo



OACI

Organización de Aviación Civil Internacional
Sede: Montreal

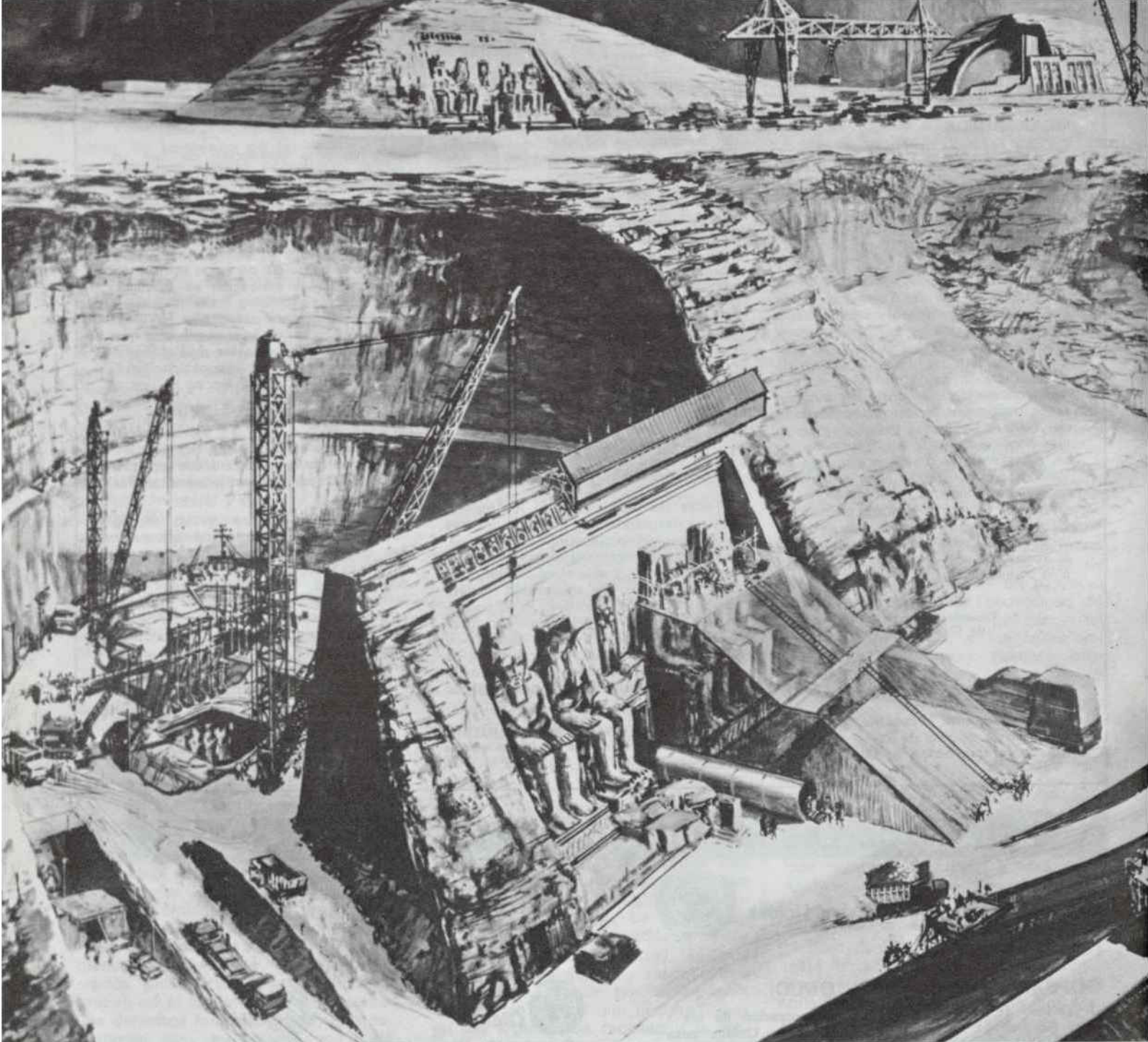


AGAAC

Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio
Sede: Ginebra



Corte Internacional de Justicia
Sede: La Haya



NUBIA

60 Una victoria
de la
solidaridad
internacional

por
Abdel Moneim El Sawi

ABDEL MONEIM EL SAWI desempeñó durante doce años el cargo de Subsecretario de Cultura de la República Árabe Unida, participando entonces directamente en la campaña internacional para el salvamento de los monumentos de Nubia. Fue vicepresidente del comité de coordinación de las operaciones de traslado de los templos de Abú Simbel y supervisó el proyecto hasta fines de 1969. Actualmente es redactor jefe de la edición árabe de El Correo de la Unesco y presidente del Centro Nacional de Publicaciones de la Unesco en El Cairo, el cual se ocupa de la edición en árabe de diversas revistas de la Organización. Es autor de varios libros.

El salvamento de los templos de Abú Simbel, amenazados por la subida de las aguas del Nilo, ha constituido no sólo una de las hazañas más espectaculares de la técnica moderna sino también uno de los más nobles ejemplos de cooperación internacional desinteresada y generosa. El dibujo de la izquierda representa un esquema de la operación de salvamento. En primer plano, un dique provisional protege de las aguas el gran templo de Ramsés, antes de ser desmontado. A la derecha, el templo más pequeño de la reina Nefertari espera su turno. Una carretera, especialmente construida para la realización de las obras, bordea el dique y conduce al sitio donde fueron instalados finalmente los templos, 60 metros más arriba de su emplazamiento original. Para separar los templos de la colina en que habían sido excavados hubo que remover previamente 300.000 toneladas de roca. Luego se cortaron los templos en bloques de 30 toneladas cada uno. El peso total de los bloques fue de 15.000 toneladas. Los trabajos de salvamento se iniciaron con la construcción del dique en 1964. A su vez, la solemne ceremonia de inauguración de ambos templos en su nuevo emplazamiento tuvo lugar el 22 de septiembre de 1968.

Dibujo de Gunter Radtke-Hotchhoff

LA campaña internacional para el salvamento y la exploración de los lugares arqueológicos de Nubia constituye uno de los grandes éxitos de la Unesco en sus veinticinco años de existencia. Once templos amenazados por las aguas de la nueva presa de Asuán han sido desmontados y reconstruidos en otros lugares. Otros cuatro templos han sido también desmontados y ofrecidos a España, Estados Unidos, Italia y los Países Bajos en reconocimiento por la ayuda que han prestado para el salvamento de los templos de Abú Simbel.

Todavía quedan por desmontar los templos de Filae, que serán reconstruidos en la isla de Agilkia, a salvo de la amenaza de las aguas del Nilo.

El turista que ahora admira los tem-

plos resucitados en los «oasis culturales» de Abú Simbel, Amada, Uadi Es Sebua y Kalabcha difícilmente puede darse cuenta de los esfuerzos gigantes que han sido necesarios para alcanzar esta victoria internacional.

Situada a orillas del Nilo a lo largo de más de 500 kilómetros entre la presa de Asuán, en Egipto, y la catarata de Dal, en Sudán, Nubia es una región abrupta, de clima riguroso, alejada de la civilización urbana y a la que sólo se tiene acceso por vía fluvial.

Cuando comenzaron los trabajos de la nueva presa de Asuán, los habitantes de las aldeas y caseríos nubios emigraron en masa. En poco tiempo la región quedó enteramente abandonada: se secaron los huertos y las aguas

que subían de nivel fueron inundando lenta pero inexorablemente las carreteras, los palmerales, las casas y las líneas telefónicas y telegráficas.

Finalmente, la región se quedó sin comunicaciones, sin cosechas, sin alimentos y sin puestos fronterizos: todo desapareció menos las aguas del Nilo y las arenas del desierto. Y fue en ese escenario austero y grandioso donde comenzó una operación de salvamento cultural sin precedentes.

Durante la campaña para salvar los monumentos de Nubia, que duró de 1960 a 1968, quizá los años más difíciles fueron aquellos en los que hubo que evacuar la población local. Cuando se completó esta tarea en 1963, Nubia parecía una región muerta y desolada, hasta el punto de que costaba trabajo

imaginar que hubiera estado poblada alguna vez. Y, sin embargo, sus nuevos «habitantes» —especialistas, técnicos y trabajadores procedentes de Egipto, Sudán y muchos otros países—aceptaron el desafío de la naturaleza y, bajo un sol abrasador y en penosas condiciones de vida, dieron comienzo a la operación organizada gracias al llamamiento internacional lanzado por la Unesco el 8 de mayo de 1960.

Al recordar ahora los diversos momentos de esa campaña, quisiera rendir homenaje a los hombres y mujeres —científicos, ingenieros, artistas, técnicos y trabajadores de todo el mundo—que llevaron a buen término tan histórica aventura.

Durante los periodos de excavaciones, Nubia se transformaba en una palestra internacional sin paralelo. En los largos meses de verano bajaba el nivel de las aguas en la presa de Asuán, al abrirse las compuertas. Era entonces cuando los equipos arqueológicos se diseminaban por el territorio, explorando el terreno en busca de monumentos o de cualquier otro vestigio de una antigua civilización.

Los arqueólogos vivían en barcos o en tiendas y trabajaban desde el alba hasta el mediodía. Por la tarde y hasta muy entrada la noche, hacían un resumen de su labor. Cualquiera que fuera la estación del año, en ambas orillas del Nilo podían verse las luces de los campamentos donde los especialistas proseguían sus estudios y organizaban, dentro de lo posible, actividades sociales y de esparcimiento. En los campamentos se podía oír hablar en inglés, francés, checo, español, polaco, alemán o ruso, así como en árabe y otras lenguas más.

Un espíritu internacional reinaba en toda Nubia. Este «espíritu del Nilo», como llegó a llamársele, abolía todas las diferencias y creaba un sentimiento de unidad en un marco de cooperación y de amistad. El mismo espíritu movía a las personas dedicadas a la tarea de salvar los templos.

Los equipos arqueológicos realizaban sus excavaciones durante varios meses al año y retornaban luego con el fruto de sus descubrimientos a sus respectivos países. En esos mismos meses se llevaba a cabo la labor de desmontar los templos, de modo que toda la región bullía de actividad.

Cabe recordar que la operación de desmantelamiento y desplazamiento de los templos de Abú Simbel continuó sin interrupción durante casi cinco años, de 1963 a 1968, a pesar de las grandes dificultades materiales. Para los equipos encargados de esta operación, se trataba de una carrera contra el reloj para escapar a las aguas del Nilo que subían inexorablemente.

Como el contrato para el salvamento de los templos de Abú Simbel no se firmó hasta noviembre de 1963, no se pudo construir las instalaciones necesarias antes de que comenzaran los trabajos. En efecto, nadie se habría arriesgado a invertir millones de dólares en ellos antes de que estuviesen perfectamente definidas las orientaciones de la campaña internacional de salvamento.

Por tal razón, hubimos de recurrir a todos los medios posibles, por elementales que fueran. Así, se construyeron dos barcos a fin de transportar por el Nilo a los arqueólogos, ingenieros y técnicos hasta sus lugares de trabajo. Al comienzo también hubo que transportar por el río los víveres. Pero las posibilidades de refrigeración eran tan limitadas que las verduras se echaban a perder inmediatamente a causa del clima tórrido. Al final tuvimos que depender de las latas de conservas para compensar con vitaminas las deficiencias alimenticias.

Otro problema de importancia capital, el de la falta de agua potable, se resolvió mediante una instalación para filtrar el agua del Nilo. Tampoco el pan era suficiente. Al comienzo se enviaba a Abú Simbel por avión; luego pudo construirse una panadería.

Así, poco a poco, fuimos levantando en Abú Simbel lo que iba a llamarse aldea de Ramsés II, que actualmente constituye la más hermosa localidad en la región de la Gran Presa Superior. La aldea cuenta con varias casas de reposo y un hotel, dispone de electricidad y agua potable, tiene una piscina, canchas de tenis, un hospital, una mezquita, una oficina de correos y telégrafos, una estación de radio, un puesto de policía y carreteras de asfalto. Se han creado hermosos jardines y huertos con árboles frutales y hortalizas. Desde que se construyó el aeropuerto, existe una línea aérea directa entre Abú Simbel y Asuán.

Con la campaña de Nubia, la Unesco ha conseguido algo más que alcanzar un objetivo importante. Gracias a esta gran empresa internacional de salvamento, la Organización ha logrado, por una parte, restablecer los vínculos entre el pasado y el presente y, por otra, unir a todas las naciones y pueblos del mundo en torno a un mismo vigoroso ideal. Además, la Unesco ha demostrado que las diferencias entre los países pueden desaparecer si el mundo entero se entrega, de común acuerdo, a una labor constructiva, en lugar de malgastar sus energías y recursos en disputas y guerras que se originan exclusivamente en un egoísmo mezquino. ■

Foto © Max Paul Fouchet



**FILAE
- LA "PERLA
DEL NILO" -
AMENAZADA
POR
LAS AGUAS**



Para llevar a buen término la «operación Nubia», queda aun por salvar Filae, la famosa «perla del Nilo». Sus templos, que permanecen sumergidos durante gran parte del año, se perderán irremisiblemente si no se los desmonta y reconstruye rápidamente en la cercana isla de Agilkia. La «operación Filae», última fase de la gran campaña internacional para salvar los templos de Nubia, va a coronar una de las más nobles empresas de solidaridad internacional. Para poder salvar este tesoro de arte es preciso reunir cinco millones de dólares antes de 1976, de ellos un millón antes de julio de 1972, fecha en que deben iniciarse los primeros trabajos de protección. El coste total de la operación Filae, desde el desmontaje hasta la reconstitución, se eleva a 13.700.000 dólares, debiendo proporcionar la RAU el tercio de esa suma. En junio de 1971, el total de las contribuciones voluntarias que, respondiendo al llamamiento de la Unesco, habían prometido los gobiernos de 17 países (República Federal de Alemania, Bélgica, Camboya, Cuba, Chipre, España, Francia, Ghana, India, Italia, Japón, Kuwait, Líbano, Malta, Países Bajos, Reino Unido y Sudán) alcanzaba la cifra de 1.600.000 dólares,

un tercio de los cuales se había ya desembolsado. Quiere decirse que habrá que proseguir el esfuerzo internacional con miras a completar esta campaña de salvamento sin precedentes que ha permitido conservar en beneficio de la humanidad entera inestimables tesoros de arte y de cultura. El Director General de la Unesco reitera su llamamiento de 6 noviembre de 1968 en favor de Filae, dirigido a los gobiernos, instituciones, fundaciones y particulares que deseen contribuir al éxito completo de la Campaña Internacional. La foto de arriba nos muestra una imagen de la «isla de los dioses»: a la izquierda, el «mammisi», santuario consagrado al dios Horus, hijo de Isis. Los capiteles llevan esculpida la imagen de Hathor, la vaca nutricia, madre del mundo. A la derecha, los dioses egipcios guardan la puerta monumental del templo de Isis. La foto se tomó cuando las aguas del Nilo se hallaban en su nivel más bajo. La estructura de los templos y sus maravillosas esculturas, de más de 2.000 años de antigüedad, no podrán seguir resistiendo por mucho tiempo la acción destructora de las aguas, que las cubren durante nueve meses del año. No hay tiempo que perder...

DATOS Y CIFRAS

► De 1948 a 1968, más de 20.000 personas recibieron becas o subvenciones de viaje de la Unesco. Se concedieron 923 a grupos de trabajadores (con un total aproximado de 11.000 personas) y más de 800 subvenciones de viaje a individuos (553 dirigentes juveniles, 150 trabajadores, 27 responsables de programas de educación de los trabajadores, 99 dirigentes de organizaciones femeninas y 35 profesores y estudiantes dedicados a la educación de adultos). De un total aproximado de 11.000 becas o subvenciones de estudios, 1.870 correspondieron a mujeres.

► Gracias a la ayuda de la Unesco, en 1958 se creó en Santiago de Chile una Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, que ha llegado a constituir un verdadero centro continental de investigación y de enseñanza en esa materia. La Facultad se ha ampliado posteriormente con la inclusión de nuevas disciplinas relativas a las ciencias políticas y a la administración pública.

► Las becas y subvenciones de estudio otorgadas por la Unesco se han distribuido de la siguiente manera: 28 por ciento a América Latina y la región del Caribe, 20 por ciento a África, 9 por ciento a los Estados árabes, 27 por ciento a Asia y Oceanía, 16 por ciento a Europa y América del Norte. En cuanto a las materias de estudio, la distribución es la siguiente: educación, 43 %; ciencias naturales, ingeniería y tecnología, 31 %; ciencias sociales, ciencias humanas y cultura, 14 %; y comunicación, 12 %.

► Los 18 Estados Miembros asiáticos de la Unesco tienen una población total de 1.072 millones de habitantes, de los cuales el 60 por ciento son menores de 25 años. Se calcula que en dichos países la matrícula en todos los grados y niveles de la enseñanza ascendía en 1967 a 164 millones (en 1960 era de 111 millones) y sigue aumentando en una proporción de siete millones al año, aproximadamente.

► Cuando la Unesco dio comienzo, en 1957, al proyecto principal para el desarrollo de la educación primaria en América Latina, existían en la región 215.691 escuelas. Diez años más tarde, su número se elevaba a 299.764. El porcentaje de maestros no graduados disminuyó de 53 a 37. Durante ese período se crearon mil quinientas escuelas normales.

► Con objeto de promover el florecimiento de las culturas africanas, la Unesco ha contribuido a la creación de diversas instituciones en los países de África: el Centro Federal Lingüístico y Cultural de Camerún; los Institutos de Ciencias Humanas de Gabón, Mali y Chad; y los Institutos de Estudios Africanos de la Universidad de Ghana, de Tanganyika, de la Universidad de Ibadán, de la Universidad de Addis Abeba, etc.

► Durante el Primer Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1960-1970), el número de emisoras de radio aumentó en un 25 % en América Latina, y se duplicó en Asia y Europa. El de receptores de radio se incrementó en proporción aun mayor. La circulación de periódicos se duplicó prácticamente en Asia. El número de países con emisoras de televisión se cuadruplicó en África, se duplicó en Asia y se triplicó en América Latina.

► Las ventas de los Bonos de la Unesco (creados hace 21 años con el fin de ayudar a las instituciones y personas de los países que tienen una moneda «débil» a comprar material didáctico y científico en los países con moneda «fuerte») habían sobrepasado a fines de 1970 la cifra de 100 millones de dólares. Asia ocupa el primer lugar con el 60 % del total, seguida por África (25 %) y América Latina (15 %).

► Poco faltó para que la Unesco naciera sin la letra «S» de su nombre. Inicialmente fue concebida como Uneco —United Nations Educational and Cultural Organization (Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura). Fue el célebre poeta norteamericano Archibald MacLeish quien logró que se introdujera la «S» (correspondiente a la palabra Science, Ciencia) en el nombre de la Organización. Y el primer Director General, Julian Huxley, fue precisamente un científico.

y fomentar el conocimiento de los problemas mundiales, de las diferentes culturas y modos de vida y de los derechos humanos.

► La Unesco está llevando a cabo un monumental estudio sobre la educación en el mundo entero. Hasta la fecha se han publicado cuatro volúmenes, con un promedio de 1.500 páginas cada uno, que tratan de la enseñanza primaria, secundaria y superior en los Estados Miembros de la Unesco.

► De 1960 a 1970, la ayuda de la Unesco al desarrollo de Asia ascendió a 80 millones de dólares, aproximadamente. El total de la ayuda de las Naciones Unidas, incluida la de la Unesco, para el fomento de la educación, la ciencia y la cultura en ese continente alcanzó la cifra de 300 millones de dólares. Hacia fines de ese decenio, la asistencia de todo tipo, gubernamental y no gubernamental, pública y privada, multilateral y bilateral, se calculaba en 150 millones de dólares al año.

► En agosto de 1970 se celebró, por primera vez en la historia, una gran conferencia internacional para estudiar los problemas de la política cultural en el mundo moderno. A la reunión, que fue convocada por la Unesco y que tuvo lugar en Venecia, por invitación del gobierno italiano, asistieron 88 Estados, de los cuales cerca de la mitad estuvieron representados por sus ministros correspondientes.

► El Centro de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, creado con ayuda de la Unesco en 1959, en Quito, por iniciativa del gobierno de Ecuador y de la Universidad Central de ese país, desempeña un papel fundamental en la formación independiente de periodistas y otros profesionales de la información del continente.

► Como parte del programa para salvar la ciudad de Venecia, la Unesco ha establecido un fichero de más de 22.000 obras de arte y un inventario de unos 600 palacios y templos que habrá que conservar y restaurar.

► Desde 1964, la Unesco ha prestado asistencia técnica para la construcción de miles de escuelas que han permitido acoger a 92.000 alumnos, distribuidos de la siguiente manera: 42.000 en la enseñanza primaria, 26.000 en la secundaria, 20.000 en la superior y 5.000 en las escuelas normales.

► Desde hace cinco años, con la ayuda de expertos internacionales, la Unesco está realizando un vasto estudio sobre las culturas de América Latina. El estudio, la publicación de cuyos resultados comenzará antes de que termine el año en curso, tiene por objeto la literatura, las artes plásticas, la música, la arquitectura y el urbanismo, las artes del espectáculo y la historia de las ideas, así como la influencia recíproca entre estas disciplinas y la sociedad en evolución.

► Con el propósito de estimular el desarrollo de los medios de comunicación en África, la Unesco ha contribuido a crear en Nairobi (Kenia) un Instituto de Información para los países de habla inglesa de la región. En cuanto a los países de lengua francesa, la Organización ha contribuido a crear un Centro de Estudios sobre Ciencias y Técnicas de la Información en Dakar (Senegal). Por otra parte, en la Universidad de Lagos (Nigeria) se ha fundado un Instituto de Información cuya misión es formar a especialistas en técnicas audiovisuales.

► Entre los monumentos y lugares históricos y artísticos más prestigiosos del mundo a cuya conservación la Unesco ha prestado su concurso figuran los siguientes: el Partenón (Grecia), las ruinas de Capadocia y de la región de Esmirna (Turquía), Mohenjo-Daro (Paquistán), las grutas de Ajanta (India), los restos de Persépolis y de Pasargade (Irán), las ruinas de Palmira y el Krak de los Caballeros (Siria), los lugares de Ctesifonte y de Nínive (Irak), las ruinas de Baalbek (Libano), las estatuas colosales de la Isla de Pascua (Chile), el templo maya de Bonampak (México) y los palacios reales de Abomey (Dahomey). La primera misión que la Unesco envió con vistas a proteger monumentos en peligro fue organizada a raíz del terremoto de 1950 que destruyó gran parte de la ciudad de Cuzco, en el Perú.

— Los lectores nos escriben

LA SUPERPOBLACION,

PELIGRO GRAVISIMO

Estoy suscrito desde hace cinco años a *El Correo* que, en general, me parece interesante. Sin embargo, creo que han estado ustedes menos acertados en el número de junio de 1971, dedicado al «fabuloso mundo de la química moderna».

Permitanme hacer algunas observaciones a los artículos y a las notas que acompañan a las fotografías de ese número.

Creo que, en general, hay que aceptar los materiales sintéticos. A menudo sucede que, si se los «mezcla» con fibras naturales, se obtienen productos de innegable utilidad. En cambio, empleadas sin mezcla, las fibras sintéticas son incompatibles con el bienestar fisiológico y con la comodidad. Las fibras elásticas o «spandex» a que se refiere el artículo de Gene Gregory han tenido en la práctica poco éxito y su importancia industrial es mínima.

La misma observación puede hacerse a propósito de la espuma de poliuretano. Es indudable que con ella pueden fabricarse toda clase de productos útiles, pero no debería insistirse demasiado en el empleo de estas materias sintéticas porosas. Bastaría recordar, como advertencia, el incendio que se produjo recientemente en una sala de baile cerca de Grenoble (Francia). En el incendio perecieron más de un centenar de jóvenes debido a la rapidez y a la facilidad con que se inflamaron los elementos de espuma sintética, desprendiendo al arder gas cianógeno.

Con respecto al problema más vasto de la superpoblación de la tierra en el año 2000, con sus 7.000 millones de habitantes, mucho me temo que hayamos de lamentar un hambre espantosa antes de que termine este siglo.

Me parece una ligereza mayúscula calcular friamente que la tierra podrá alimentar a 7.000 millones de personas gracias a la «revolución verde», la cual resultará irrealizable, ya que para entonces no se dispondrá de ninguna fuente de energía, ni siquiera la atómica, capaz de generar la que se necesitaría simplemente para suministrar el agua de riego indispensable.

Con probidad muy digna de encomio, el padre de la revolución verde, N. E. Borlaug, ha reiterado las palabras que pronunció cuando se le hizo entrega del Premio Nobel: precisamente por no creer en los milagros de la química, puso al auditorio en guardia contra los peligros de una población en crecimiento constante que podría llegar a destruir el mundo.

Con la misma franqueza, los químicos creadores de las proteínas sintéticas a base de derivados del petróleo han declarado en numerosas ocasiones que su descubrimiento, interesante en sí mismo, no puede tener efecto alguno si el crecimiento de la población continúa al mismo ritmo que ahora.

En cuanto al aprovechamiento de los mares, sólo podrá proporcionar un complemento útil y necesario, incluso

indispensable, antes de que alcancemos la cifra de 7.000 millones de habitantes del planeta.

Jean Pilisi
Paris, Francia

¿ MARAVILLAS DE LA QUIMICA

O MARAVILLAS

DE LA NATURALEZA ?

Hace poco pudimos ver personalmente como, debido a la aireación casual de los tanques de amoníaco de un buque que pasaba por el estrecho de Lillebelt, en Dinamarca, el bosque contiguo se volvió negro como el carbón y se abarquillaron sus hojas de la noche a la mañana.

Después de esto, inquieta que un consejero industrial emplee, en las primeras páginas del último número de *El Correo*, frases como ésta: «Muchos consideran que la química es responsable de los aspectos más negativos de la vida moderna». Este tecnócrata con anteojeras tiene evidentemente menos sentido de la ecología que cualquier ama de casa campesina.

Teniendo en cuenta que la contaminación aumenta anualmente en un 20 por ciento desde 1960, sobre todo a causa de las maravillas de la industria petroquímica o de las resinas plásticas, productos de alto poder contaminador y que requieren para su fabricación un enorme consumo de energía; considerando que los peces se están muriendo en centenares de lagos del sur de Noruega debido a las lluvias cargadas de ácido, y que el número de renos de Hardangervidda ha disminuido bruscamente de 14.000 a 5.000 (el DDT, la dieldrina y otros productos similares arrastrados por los vientos se concentran con una rapidez inusitada en los musgos y líquenes de que se alimentan esos animales), no debe caber la menor duda de que para la supervivencia del hombre son más importantes las maravillas de la naturaleza que el prestigio de la industria química.

Son los químicos los causantes de la situación precaria de hoy. Y a menos que se movilicen inmediatamente, bajo la estricta vigilancia de los ecólogos, para salvar la biosfera, serán execrados en lugar de merecer nuestra gratitud. El envenenamiento de los océanos se está llevando a cabo con el mismo sigilo con que se asfixió con gases a seis millones de judíos.

Ulf Christensen y Gloria Newton
Oslo, Noruega

LOS PELIGROS DEL CALZADO

DE PLASTICO

Soy desde hace algunos años suscriptor de *El Correo de la Unesco* y me interesan los artículos siempre instructivos que en él se publican.

Esta carta se refiere al número correspondiente a junio de 1971 y a la nota de la página 7, titulada «Carreteras de fibras sintéticas y zapatos de plástico». Según el autor, el material de ese tipo de calzado, con sus centenares de miles de poros por centímetro cuadrado, tiene

una «ventilación» similar a la del cuero. El desconocimiento de la higiene de los pies por parte de científicos como éste me indigna y me subleva. Soy zapatero de oficio, vale decir que estoy en contacto directo con una clientela que comprueba cada vez más que ese calzado es antihigiénico, provoca la aparición de excrecencias fungosas en la piel, supuración de las magulladuras, transpiración anormal, mala circulación de la sangre y descenso del arco del pie. No estoy en contra de los productos sintéticos que prestan grandes servicios, pero me opongo a ellos cuando se trata de los pies. Me asombra que la Organización Mundial de la Salud, que tan bien enterada está de estos peligros, permanezca casi inactiva y prácticamente no intervenga, sobre todo en favor de los niños que necesitan un calzado apropiado para su formación.

¿No serán tal vez esos niños los peatones de la luna? Si es así, deberán emplear sus pies. Calcémoslos pues con el material noble e higiénico que es el cuero.

Michel Suignet
Maestro zapatero
Saint-Mandé, Francia

LOS NUMEROS DE "EL CORREO",

TEMA DE DEBATE

Los temas de que trata la magnífica revista que es *El Correo de la Unesco* figuran en el orden del día de las reuniones semanales que celebramos profesores y alumnos y a menudo originan animadas discusiones. Permitanme resumir a continuación algunas de las conclusiones a que hemos llegado en nuestras últimas reuniones:

El hombre ¿animal agresivo por esencia? (número de agosto-septiembre de 1970):

La agresividad del hombre, provocada por la aglomeración humana o por el aislamiento, puede ser inmediatamente neutralizada mediante la formación de pequeñas agrupaciones sociales o grupos de estudio en cuyo seno sea posible establecer una comunicación individualizada pero recíproca.

La primera infancia, edad crucial para la inteligencia (artículo de Boris Nikitin publicado en el número de febrero de 1971):

Las experiencias realizadas por el neurobiólogo sueco Holger Hiden que demuestran que «las neuronas privadas de alimentos o de estímulos... no pueden producir las proteínas indispensables... y acaban por atrofiarse», deberían tenerse en cuenta no sólo en relación con los niños sino también con los adultos en edad avanzada, a fin de prevenir la senilidad. Para ello no basta con la actividad social, sino que hay que proporcionarles estímulos intelectuales y emotivos, así como una alimentación adecuada.

¿Qué opina la gente del arte moderno? (número de marzo de 1971):

La encuesta de Toronto ha demostrado que «lo que en materia de violencia y de otras perversiones constituye un lugar común en la televisión, les parece

SIGUE A LA VUELTA

(a los entrevistados) que no debe suministrar también temas a la pintura».

Es probable que esta actitud se deba a que el tema de la violencia en la televisión a menudo evoluciona hacia un final moralizador, mientras que en la obra de arte, donde se la representa de manera estática y definitiva, resulta insoportable.

Dr. Herbert Rona
Salt Lake City, EUA

HAY MUSEOS...

Dado que pertenezco al mundo de los museos, la lectura del artículo de Duncan F. Cameron, «Nuevos museos para nuestra época» (*El Correo de la Unesco* de octubre de 1970) me sumió en un estado de euforia.

El gran mérito del autor consiste en ofrecernos un resumen detallado de las tendencias actuales de la museología. Su único defecto es el de presentar el problema de tal manera que, debido al empleo de los verbos en tiempo pasado, las personas no iniciadas en la materia pueden creer que todo cuanto describe pertenece, efectivamente, al pasado. ¿Existe, en verdad, algún país donde las cosas sucedan como indica el autor? Yo no conozco ninguno, por lo menos en la vieja Europa.

Algunas realizaciones espectaculares, bien conocidas del público en general porque siempre se las pone de relieve, hacen olvidar que una gran parte de los museos (e incluso de las instituciones de prestigio internacional) subsisten en condiciones que no son dignas de nuestro tiempo. Ya sea por falta de fondos o por falta de personal, no pueden desempeñar el papel que el público tiene derecho a exigir de ellos.

Sólo nos resta esperar que un porvenir no demasiado lejano nos reserve aquello que Duncan F. Cameron describe en tiempo presente.

George van Deuren
Amberes, Bélgica

...Y MUSEOS

Ante todo, debo admitir que, al referirme a las características tradicionales de los museos, a las tendencias e iniciativas nuevas e incluso al «nuevo rostro» de esas instituciones, incurri en un optimismo exagerado. Es evidente que en el Canadá y los Estados Unidos, al igual que en Europa, gran parte de los museos —entre ellos algunos de los más importantes— siguen regidos por criterios seculares.

Cabe señalar, además, que la «modernización» de varios museos de América del Norte se limita a ciertos remiendos elementales, a un enlucido superficial, a la introducción de algunos «juguetes» audiovisuales y al lanzamiento de una intensa campaña de relaciones públicas, todo ello injertado en una filosofía deteriorada.

Desde luego, sería injusto decir que no existe conciencia de la necesidad de reformar el museo como institución

en la sociedad norteamericana. Los remiendos citados anteriormente son una de las formas en que se reacciona a esa necesidad, pero existe otra que debo mencionar: la tendencia a confiar los puestos claves de los museos a profesionales de otras actividades.

No es raro que un joven funcionario llegue a ser conservador principal de un museo o que a un especialista en publicidad se le nombre director de los servicios educativos y de relaciones con el público. Esto quiere decir no solamente que la profesión de la museología es incapaz de reformarse por sí misma sino que además carece de personal calificado.

De mi artículo se desprende claramente que considero indispensable una profunda reorganización del museo y que a la larga el público tendrá que participar en la adopción de las decisiones de carácter administrativo. Algunas instituciones reaccionarias han preferido ignorar el nuevo papel que podría desempeñar el museo en la sociedad y se circunscriben a las funciones tradicionales y académicas del mismo sin preocuparse de servir al público. Tenemos que encontrar el justo medio entre la democratización y el servicio al público, por una parte, y la obligación moral de la preservación y de la investigación con miras a las generaciones futuras, por otra.

Duncan F. Cameron
Director Nacional de la
Canadian Conference of Arts
Toronto, Canadá

LOS NIÑOS

SORDOS DE BARCELONA

He leído con sumo interés el artículo sobre la educación de los niños ciegos, publicado en *El Correo de la Unesco* de mayo de 1971. Creo que sería igualmente interesante que alguna vez se ocuparan ustedes de la educación de los niños sordos.

A este respecto me permito señalar la magnífica iniciativa de la Municipalidad de Barcelona que, con ocasión del Año Internacional de la Educación, ha creado una de las escuelas más modernas, en la que se emplea material pedagógico e instrumentos electroacústicos especiales para la educación de los niños sordos. Creo que este esfuerzo merece ser mencionado en *El Correo*.

J. Perelló
Director Médico
Centro Municipal Fonoaudiológico
Barcelona, España

¿ES EL NIÑO UN ADULTO INCOMPLETO?

El artículo de Boris Nikitin «La primera infancia, edad crucial para la inteligencia», publicado en *El Correo de la Unesco* de febrero de 1971, ofrece unas conclusiones interesantes y, en general, convincentes relacionadas con las investigaciones en materia de educa-

ción. Sin embargo, considero que cabe discutir algunas de sus afirmaciones.

Según el autor, «en casi todos los trabajos se apela cada vez más a la inteligencia y la invención. De ahí que la tarea esencial de la educación sea desarrollar el intelecto y las facultades creadoras del niño.»

¿Quiere esto decir que la función fundamental de la educación consiste en modelar al niño, desde su más tierna edad, conforme a las necesidades de su futura profesión?

Refiriéndose a su experiencia familiar el autor del artículo dice: «Decidimos ampliar el universo de nuestros hijos... a fin de que tuvieran acceso a todo cuanto constituye el mundo de los adultos: materiales, herramientas, instrumentos y otros objetos...».

¿Por qué se apresuran tanto los adultos a proyectar su mundo sobre el de los niños? Estos tienen, indudablemente, sus propias ocupaciones (como los juegos desprovistos de toda utilidad) y debería dejárseles disfrutar de ellas. ¿Hasta qué punto debe ser «total» la educación? Y el mundo de los adultos, cualquiera que éste sea, ¿es enteramente satisfactorio? ¿Por qué nosotros, los «grandes», debemos imponer a los «pequeños» nuestro propio mundo, el mundo del utilitarismo, el mundo del racionalismo frío del ingeniero?

Ingo Knap
Ingeniero
Wettingen, Suiza

LA RISA, REMEDIO CONTRA

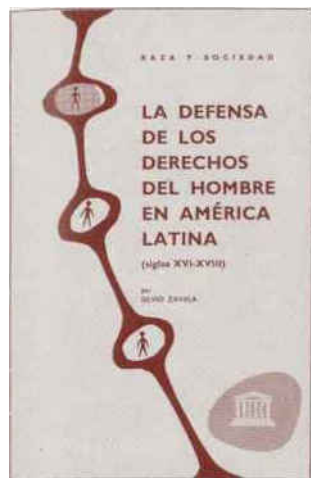
LA AGRESIVIDAD

Frente a las manifestaciones cotidianas de la violencia, uno se pregunta de qué manera podría encauzarse la agresividad del hombre. De ahí el interés particular del número de *El Correo* de agosto-septiembre de 1970, que nos da una idea de las investigaciones científicas sobre los problemas de la agresividad.

Es cierto que el hombre puede ser extremadamente agresivo, un «animal peligroso». Pero también es verdad que el hombre es la única criatura capaz de reír, el «animal que ríe». La risa puede servir para neutralizar los impulsos agresivos, pero ¿aprovechamos realmente al máximo esta ventaja? El etólogo Konrad Lorenz demuestra en su libro *Sobre la agresión. Historia natural del mal* que la actitud agresiva puede convertirse, por efecto de una transferencia, en rito de cortesía. Señala Lorenz que la risa humana, en su forma original, constituyó ya una ceremonia de apaciguamiento y de saludo. «Yo creo —concluye— que deberíamos tomar más en serio el humor, ya que podría ser para nosotros de una ayuda preciosa».

En efecto, se trata de un remedio al alcance de todos, que debería encontrarse en cualquier botiquín, para curar los accesos de fiebre agresiva. Y *El Correo de la Unesco* podría incluso dedicar un número al tema tan serio del humor.

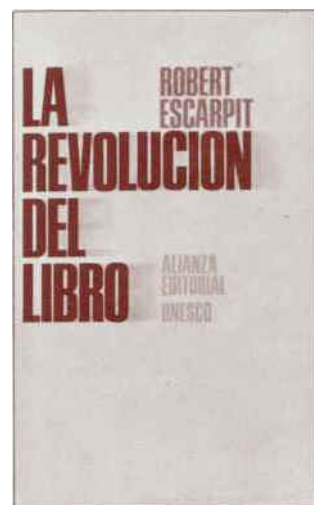
Sonja Kipfer
Zollikofen, Suiza



CINCO EXITOS EDITORIALES DE LA UNESCO

LA REVOLUCION DEL LIBRO

por el profesor Robert Escarpit
Análisis de uno de los fenómenos más
significativos de los últimos años
3,50 francos franceses



LA DEFENSA DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE EN AMERICA LATINA (siglos XVI al XVIII)

por el profesor Silvio Zavala

Los teólogos y juristas españoles clásicos
contra el racismo
2,50 francos franceses

ASPECTOS SOCIALES DEL DESARROLLO ECONÓMICO EN AMERICA LATINA

Una obra de gran envergadura sobre el
subdesarrollo latinoamericano y sus soluciones
Vol. I : 17,50 francos franceses
Vol. II : 11,50 francos franceses

METODO PARA LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFIA

Publicación conjunta Unesco-Teide
(distribución exclusiva en España : Editorial Teide,
Viladomat 291, Barcelona)
11,50 francos franceses

FUNDAMENTOS DE LA EDUCACION

Visión teórica de este problema capital del mundo moderno
Publicación conjunta Unesco-Editorial Universitaria
de Buenos Aires (distribución exclusiva en Argentina :
Editorial Universitaria, Viamonte 640, Buenos Aires)
16 francos franceses

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. (Fl. 5,25). — **ARGENTINA.** Editorial Losada, S.A., Alsina 1131, Buenos Aires. — **ALEMANIA.** Todas las publicaciones: Verlag Dokumentation Postfach 148, Jaiserstrasse 13, 8023 München-Pullach. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 12). — **BOLIVIA.** Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — **BRASIL.** Livraria de la Fundação Getulio Vargas. Serviço de Publicações, Caixa postal 21120, Praia de Botafogo, 188, Rio de Janeiro, GB. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Apartado aéreo 4956 Bogotá; Distrilibras Ltda., Pío Alfonso García, Carrera

4a 36-119, Cartagena; J. Germán Rodríguez N. Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Editorial Losada, calle 18 A Nos. 7-37, apartado aéreo 5829, apartado nacional 931, Bogotá; y sucursales: Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín; calle 37 Nos. 14-73, Oficina 305, Bucaramanga; Edificio Zaccour, Oficina 736, Cali. — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200, San José. — **CUBA.** Distribuidora Nacional de Publicaciones. Neptuno 674, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., Casilla 10 220, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a Calle Oriente No. 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Todas las publicaciones: Ediciones Iberoamericanas, S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid 20; Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 16, Madrid 6; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egiptacas, 15, Barcelona. Para «El Correo» solamente: Ediciones Liber, Apartado 17, Ondárroa (Vizcaya) (200 ptas). — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unesco Publications Center, P. O. Box 433, Nueva York N.Y. 10016 (US \$5.00). — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P. O. Box 632 Manila. D. 404. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, Place de Fontenoy, París, 7^e, C.C.P. París 12.598-48

(12 F). — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a Calle 9.27 Zona 1, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie «Aux belles images», 281, avenue Mohammed-V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente; Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45). — **MÉXICO.** Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. (\$ 30). — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — **NICARAGUA.** Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — **PARAGUAY.** Melchor García, Eligio Ayala, 1650, Asunción. — **PERU.** Únicamente «El Correo»: Editorial Losada Peruana, apartado 472, Lima, Otras publicaciones: Distribuidora Inca S.A., Emilio Althaus 470, Linco, casilla 3115, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Lda., Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres. S.E.1. (20/-). — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguay S.A. Librería Losada, Maldonado 1092, Colonia 1340, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería Historia, Monjas a Padre Sierra Edificio Oeste 2, N° 6 (Frente al Capitolio), Apartado de correos 7320, Caracas.

